

JANE MACKENNA

Lady
SARAH

LIBRO 2



Lady Sarah

El amor nos salvó

Jane Mackenna

Título: *Lady Sarah*

©Jane Mackenna

©Dolce Books

Primera edición: octubre 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



Dedicatoria

A mi madre, mi norte y mi guía.
Se que sigues guiándome, sigues a mi lado.
El cielo tiene una estrella más.

Agradecimientos

A mis buenas amigas Leidy Garcia y Emisellys Sanchez por haber creído en mí, cuando yo misma no lo hacía. Si he llegado hasta aquí es por vosotras, mil gracias compañeras.

Y a Dolce Book por confiar en mí, me han abierto las puertas para cumplir mi sueño.

Índice

[Índice](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo VX](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo IXX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Epílogo](#)

Capítulo I

Abadía de Melmesbury, Inglaterra 1467.

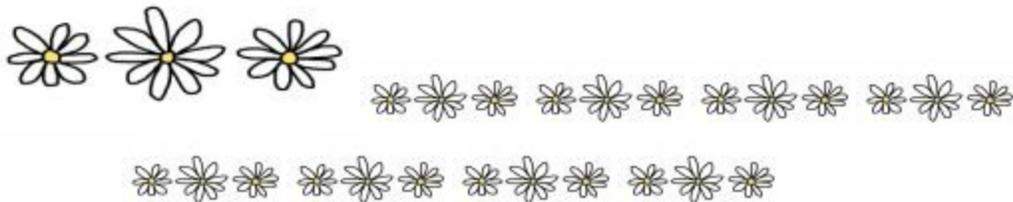
Querida hermana, deseo que, a la llegada de esta carta, tanto tú como mis sobrinos gocen de buena salud, esta misiva tiene un motivo y es informarte de que dentro de un mes finalmente me ordenarán monja, dejaré de ser una novicia para consagrar mi vida a Dios, nuestro señor.

Deseo expiar todos mis pecados. Solo tú y el señor saben por el infierno que pase junto a mi difunto marido.

Es mi deseo ver a mi familia antes de mi ordenación, ya que después de ese momento no poder volver a verlos nunca más, ese es mi mayor dolor.

Espero una pronta respuesta, te quiero Brianna, te debo mi vida y durante lo que me quede de ella, rezaré por ti y tu familia.

Sarah MacFerson.



—¡Todo esto es tu maldita culpa, James! – grita mi cuñada cuando acaba de leer la carta.

Yo la miro sin saber de que demonios habla, rompe en llanto y se marcha dejando la misiva encima de la mesa. Mi hermano se marcha tras ella intentando calmarla, en su estado no es bueno que se altere.

Se que no debo, pero si no leo la noticia que la ha puesto así no sabré de que me culpa, me sorprende cuando leo de dónde proviene y más quien la escribe ¿Sarah? Su hermana Sarah está en un convento ¿desde cuándo?

¿difunto marido? ¿Qué demonios es todo esto?

Mentiría si dijera que durante estos cinco años no he pensado en la pequeña Sarah. Cuando la conocí apenas tenía quince años, yo ya había conocido a mi esposa Helen y a partir de ese instante nada ni nadie importó más.

Ella con la ingenuidad de la niñez se me declaró, me sentí alagado y debo reconocer que no fui muy acertado en mis palabras; era joven y no pensé en el dolor que podía causarle. Ahora, después de tanto tiempo, me pregunto que ha sido de su vida, porque está a punto de ordenarse monja de clausura, ¿de que pecados habla? Esas respuestas solo las tiene Brianna y estoy dispuesto a escuchar que ha sido de Sarah MacFerson en todo este tiempo.

—¡No, Alexander! No pidas que me calme, tú no sabes lo que llevo callando todos estos años, no sabes lo que presencié cuando fui a ver a mi pequeña hermana a la casa de MacFerson – gritaba furiosa mi pequeña cuñada.

—Pues cuéntame eso que llevas callando durante cinco años, ¿crees que no me di cuenta? Después de volver de visitar a tu hermana algo había cambiado, te conozco Brianna – responde mi hermano.

—Apoyo a mi hermano, Brianna – digo entrando en la biblioteca donde los dos se habían refugiado.

—Tú no tienes ningún derecho a exigir nada, durante cinco malditos años no te ha importado la vida de mi hermana, que siga siendo así.

—Tienes razón, pero quiero saber por qué hace cinco años perdí a una hermana – desde que me casé con Helen el trato de Brianna hacia mí cambió para siempre.

—Mi afecto por ti cambió en el momento que destrozaste el corazón de mi hermana, obligándola a casarse con un hombre veinte años mayor que ella, cambió en el momento que vi a mi hermana maniatada mientras su marido permitía a su hijo violarla, cambió en el momento que tuve que matar a ese bastardo – dijo mortalmente calmada.

—¡Dios mío! – susurra horrorizado mi hermano. Intenta acercarse a su esposa, pero ella no se lo permite.

—¡No me miréis así! —grita ella —¡Era mi hermana la que estaba

siendo violada! —rompe a llorar desconsolada y yo creo que jamás volveré a ser el mismo después de oír tan terrible confesión.

—Yo no sabía nada de esto – susurro, como si eso fuera una excusa.

—¡Claro que no! Estabas demasiado feliz con tu amada Helen – se burla cruelmente.

—La odiabas, ¿verdad? – pregunto.

—No pude odiarla y sentí mucho su muerte, no soy tan desalmada James Mackencie.

Mi amada Helen, solo pude estar a su lado durante un año, murió dando a luz a nuestro primer hijo y, desgraciadamente, el bebe también murió dejándome completamente solo.

—Esposa ¿Por qué no me lo dijiste? – pregunta horrorizado mi hermano, el que tantas batallas ha luchado, pero pensar en el infierno que una pobre niña tuvo que pasar....

—¿Para que? Ya lo había matado, su hijo no pudo demostrar nada, además sabe que no le conviene hablar – dice con desprecio.

—Yo habría acabado con él, por ti, por Sarah – responde Alexander.

—Tú no estabas en ese momento, no viste lo que yo vi. Juro por Dios que no me pude contener – solloza de nuevo.

Finalmente deja que mi hermano la abrace y le dé consuelo. Siento culpabilidad por el calvario que han debido de pasar las dos hermanas, por guardar silencio durante tantos años.

—¿Por qué Sarah ingresó en un convento? – pregunto.

Los dos me miran como si fuera estúpido, y sí, puede que lo sea, pero quiero saberlo todo.

—Ella se siente culpable – escupe a regañadientes.

—¿Culpable? – no entiendo nada.

—Sí, culpable, es un sentimiento que tú desconoces, desde luego.

—Cuéntanos esposa – ordena Alex, él sabe que yo deseo saber todo lo ocurrido.

—Le rogué que no se casara, que llegaría el día que James sería solo un recuerdo, pero no me hizo caso.

Cuando cumplió quince años, Donald MacFerson le propuso matrimonio, él ya contaba con treinta y cinco años, no me escuchó y aceptó. Un mes después estaba casada.

Muy bien sabes que ni siquiera pude asistir a la boda. Mis hermanas ya estaban casadas y solo fue mi madre; ella estaba igual de preocupada al respecto.

Cuando finalmente dejaste que fuera a visitarla, llevaba casi un año casada con ese monstruo.

Al verla, solo reconocí una cáscara vacía de lo que antaño fue mi hermana: Sarah estaba delgada hasta parecer enferma, su alegría había desaparecido por completo, ella no me contó nada, por supuesto.

Cada vez que veía a MacFerson la piel se me erizaba, sentía repulsión y me avergonzaba sentir eso por el marido de mi hermana, pero aquella terrible noche todo cambió para siempre.

Escuchaba sollozos y golpes y un terrible presentimiento se apoderó de mí. Caminé despacio por el oscuro pasillo hasta que llegué a lo que supongo era la habitación de Cecil y lo que vi allí dentro. Se me ha quedado grabado en la memoria, aún tengo pesadillas al respecto.

Tenían a mi pequeña hermana atada a un poste de la cama, ella estaba sobre sus piernas y brazos, completamente desnuda, tiritando de frío, llorando y amordazada para que nadie pudiera oír sus gritos de dolor. El hijo de Donald, William, estaba violando cruelmente a Sarah, había sangre por todas partes, estaban lastimándola y disfrutaban de ello. No temí por mi vida y entré en ese cuarto gritando lo desgraciados que eran. El cobarde de William salió corriendo y solo quedamos Donald, Sarah y yo.

Corriendo me acerqué y solté de sus amarres a Sarah y la abracé fuertemente contra mí. Donald no paraba de gritarme obscenidades y Sarah solo me suplicaba que la salvará, que no la dejara con ese demonio. Ser tu esposa daba algo de poder Alexander, pues solo tuve que recordarle quién era mi marido para que el muy cobarde abandonara la habitación.

Me llevé a mi hermana a mi alcoba y me dispuse a bañarla y curarla,

estaba desgarrada Alex. Sangraba y no podía hacer nada, dormí a su lado para protegerla de todo mal y estaba decidida a llevármela de allí cuando saliera el Sol. Nadie me lo podía impedir.

Al despuntar el alba, la desperté y preparé todo para salir de esa casa de locos, estaba dispuesta a traerla aquí, aunque ella se negaba y yo sabía el motivo ¡Tú James, tú eras el maldito motivo! Mientras tu vivías malditamente feliz, mi hermana vivía un infierno.

—¿Yo vivía feliz? ¡Perdí a la mujer que amaba! ¡Perdí a mi hijo! – le grito sin poder contenerme. Mi hermano me lanza una mirada de advertencia.

—¡Y una niña inocente cuyo único pecado fue enamorarse del hombre equivocado, perdió la inocencia de la forma más cruel e inhumana posible! – me grita ella de vuelta.

—Siento todo por lo que Sarah ha tenido que pasar Brianna, pero no puedes culparme por no amarla.

¡Maldita sea, era una niña! Yo ya contaba con veinte años, amaba a Helen – intento que entienda mi postura.

—Lástima que el miserable de MacFerson no tuviera los mismos reparos morales, y una lástima también que tu empezarás a utilizarlos después de años pasando de cama en cama – réplica mordaz.

—Madure Brianna, te conocí a ti, creí amarte y sufrir por ese amor prohibido me cambió la vida – la llegada de ella a mi vida dio sentido a todo lo que anteriormente carecía de ello.

—Te quería como a un hermano, ese que nunca tuve, pero eso quedó atrás James, yo no puedo olvidar – responde sin mirarme siquiera.

—¿Sarah también me odia? – pregunto.

Ella se ríe sin ganas y entonces me mira, puedo ver el infierno por lo que pasaron las dos hermanas, puedo ver el dolor en su mirada y yo solo desearía poder retroceder en el tiempo, no para mentir a Sarah sobre mis sentimientos, pero sí haría las cosas distintas.

—Ella no te odia, no te culpa, según dice nadie puede gobernar el corazón de otra persona – contesta finalmente a mi pregunta.

—¿Cómo mataste a ese bastardo? – pregunta mi hermano,

sorprendiéndome. No me acordaba de su presencia en la habitación.

—Estaba ordenando a uno de los mozos de cuadra que ensillaran dos caballos, cuando el muy desgraciado apareció sin ninguna señal de arrepentimiento o vergüenza, mi hermana estaba aterrada, con solo verlo empezaba a temblar y llorar de terror, aun sangraba por las barbaridades que padeció esa noche y una furia ciega se apoderó de mí. Cuando ese maldito hombre se negó a dejar partir a mi hermana y la cogió del cabello y empezó a arrastrarla lejos de mí, solo podía escuchar sus gritos de auxilio. Me suplicaba que la salvará y no lo pensé, le grité que yo ocuparía el lugar de mi hermana – ella deja de hablar cuando escucha el gruñido de rabia que deja escapar mi hermano.

—Déjala acabar Alexander – le ordeno.

—El mal nacido se relamía al pensar en tenerme en su cama. Soltó a mi hermana y me ordenó seguirla. Mi hermana ahora me gritaba para que no cometiera ninguna locura, pero yo sabía muy bien lo que deseaba hacer y para eso debía tener a Donald a solas. Cuando estuvimos en la misma habitación donde encontré a mi hermana la noche anterior, decidí que ya había llegado la hora de hacerle pagar a ese bastardo. Alex, ¿recuerdas la daga que me regalaste? – pregunta y mi hermano asiente mortalmente serio.

Le apuñalé el corazón con ella – dice sin sentir remordimientos.

Cuando se acercó a mí estaba tan distraído en mirarme el escote y pensar en todas las atrocidades que pensaba hacerme que no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde para él.

Salí del cuarto tranquilamente y encontré a mi hermana siendo víctima de William. Me acerqué hasta él, aun con la daga ensangrentada, y se la puse en la garganta. Creo que casi se orina encima. Le dije que si alguna vez lo volvía a ver seguiría el mismo destino que su maldito padre.

Luego mi hermana y yo nos marchamos de allí y me obligó a dejarla en el convento alegando que sólo necesitaba retirarse por un tiempo. Le concedí su deseo sin saber lo que realmente tenía en mente, y ahora no la volveré a ver jamás – vuelve a llorar y yo no sé que puedo hacer para darle consuelo.

—Yo iré a por tu hermana, la traeré a tu lado – digo sin darme cuenta de que he hablado.

Los dos me miran extrañados, ¿Qué he dicho?

—¿Tú? ¿Qué te hace pensar que Sarah saldrá por propia voluntad del convento y vendrá contigo? – pregunta mi hermano.

—No utilizarás la fuerza, James – me ordena Brianna, como si hubiera leído mi mente.

—Escríbele una carta, miente y ella volverá conmigo.

Me mira como si estuviera pensando en negarse, no le gusta mentir a su hermana para que salga, pero si no lo hace sabe que la perderá para siempre, y no sé porque, pero ese pensamiento no me gusta nada, traeré a casa a Sarah, aunque deba traerla engañada, ella sabrá perdonar y si no es así, viviré con su odio, pero Brianna estará feliz, tal vez así me perdone.

—Lo haré, yo mentiré y tú la traerás de vuelta a mi lado. No me decepciones James Mackencie – y así sin más abandona la habitación dejándome con un hermano perplejo antes todo lo que acabamos de oír.

Tengo una misión y la llevaré a cabo. Sarah MacFerson, es hora de volver a casa, ya te has escondido del mundo durante muchísimo tiempo.

Voy a por ti...

Capítulo II

Abadía Melmesbury, Inglaterra 1467.

(Sarah MacFerson)

Estoy corriendo, huyendo de él, del Demonio...

Por más que corro no logro salir del laberinto en el que me encuentro, grito pidiendo ayuda, llamo a los gritos a James.

—¡James! —grito una vez más —¿Dónde estás? Te necesito —rompo a llorar presa del terror.

Cuando escucho unos ruidos detrás de mí, comienzo a correr de nuevo, pero mi perseguidor me atrapa, grito, me retuerzo, suplico, pero no me suelta. Apesta a whisky y sudor, me dan náuseas solo con pensar en lo que me va a hacer.

—Te tengo, zorra. —me susurra en el oído —Vas a volver a ser mía.

Me despierto gritando presa del terror más absoluto. Estoy sudando, pero estoy helada.

He vuelto a soñar con él, con Satanás en persona. He vuelto a soñar con Donald MacFerson, mi difunto esposo.

El miedo no me abandona, aunque sé que ese hombre está muerto, siento que está conmigo, me acompaña allá a donde voy. El recuerdo del calvario que viví junto a él aún me atormenta, después de casi cinco años, hay veces que ni entre las paredes del convento me siento segura.

Dentro de dos semanas seré ordenada monja de clausura y ya no volveré a ver el mundo exterior nunca más, lo único que me apena es no volver a ver a mi familia. Todas mis hermanas están casadas y con hijos, mi madre vive con mi hermana Jane desde que hace dos años murió mi padre. Esa fue la última vez que salí, fui al entierro para despedirme del hombre que me crió con tanto

amor, del hombre que me amó al igual que a todas sus hijas.

La muerte de mi padre fue otro duro golpe para mí, mi pobre madre no se ha recuperado del duro revés que supuso perder al amor de su vida. Parece ser que las mujeres De Clarence estamos destinadas a amar a un solo hombre en la vida.

Mi madre amó con locura a mi padre, Brianna se enamoró contra todo pronóstico de su salvaje escocés. No os engañéis, quiero a mi cuñado, y tanto Jane como Clarisse aman a sus esposos, son buenos y atentos con ellas.

¿Y yo? Qué puedo decir... me enamoré de James Mackencie la primera vez que lo vi, como si mi alma lo reconociera como suyo. Yo era una jovencita de quince años que poco sabía entonces de lo cruel que puede ser la vida, nunca he culpado a James de que no me correspondiera, tal vez con la inmadurez de mi juventud en un principio fue así, pero no lo culpo por mi infernal matrimonio, ni de lo que allí viví.

Me culpo a mí misma, a mi ceguera y estupidez. Brianna me suplicó millones de veces que no lo hiciera, no la quise escuchar y ambas pagamos un precio muy alto, yo viví un infierno por casi dos años, y ella tiene que vivir con el peso de haber matado a mi esposo. Rezo todos los días por su alma, porque Dios debe saber que no lo hizo por maldad, lo hizo por amor, me ama tanto que no le importó condenar su alma al infierno con tal de salvarme, la vida no me alcanzará para pagarle tal sacrificio.

Yo no soy tan fuerte como ella, siempre lo supe, ella consiguió superar las adversidades y ganarse el amor de su esposo, yo nunca conseguí tal cosa, ni lo deseaba, solo quería encontrar una vía de escape al dolor que sentía por no poder tener al hombre que mi corazón había escogido.

Hace más de cinco años que no lo veo, la última vez que lo vi fue en la boda de mi hermana, ya que Alexander quiso darles una sorpresa y mando a varios de sus hombres para llevarnos a todos a Escocia, quedé enamorada de esa bella tierra, la tierra de James. Verlo con Helen fue una pesadilla, pero me sirvió para entender que por mucho que lo persiguiera, nunca sería mío.

Además, cuando conocí a Helen no pude ni quise odiarla, ella es una mujer hermosa, tranquila y amable, miraba con tanto amor a James que me sentí una mujer malvada por haber intentado atraer la atención del hombre aun sabiendo que estaba casado.

Fue allí cuando tomé la decisión de casarme, quise darle y darme a mí misma la oportunidad a Donald, sin saber que ese hombre era el ser más malvado sobre la faz de la Tierra. Él, junto a su hijo William, me destruyeron por completo, me hicieron cosas con las que jamás llegué a imaginar, me arrebataron a la fuerza mi virginidad, mi niñez, mi inocencia.

Han dejado cicatrices en mi cuerpo, en mi mente y en mi alma, es rara la noche que no tenga pesadillas sobre ellos, donde una vez más no puedo escapar, donde vuelven a hacerme daño mientras se burlan de mí y despierto como hoy: sudando y llorando atemorizada. Después ya no consigo dormir por temor a volver a esa terrible pesadilla, es ahí donde me refugio en la oración, intentando alejar de mí el demonio que se niegan a abandonarme.

Me levanto finalmente y dejo de compadecerme. Me lavo el sudor y me visto, lo primero que necesito hacer es rezarle a Dios. Y así lo hago: me arrodillo y el tiempo pasa volando. Cuando me doy cuenta, las campanas están sonando, anunciando el desayuno. Aquí en el convento madrugamos mucho, porque hay mucho que hacer.

Salgo de mi pequeña habitación y me dirijo al comedor donde todas desayunamos juntas antes de empezar las labores del día.

—Buenos días, Sor Miranda —saludo a una de las más jóvenes monjas.

—Buenos días Sarah, ¿dormiste bien? —pregunta amable.

—Descansé bien, gracias hermana —respondo, sin dar más explicaciones.

Sé que ella duerme al otro lado de mi cuarto y que, muy posiblemente, escucha mis gritos y sollozos durante la noche, pero si ella o cualquiera de las que aquí viven les contará lo que he vivido, se echarían las manos a la cabeza horrorizadas, y no es para menos.

El desayuno es simple, consiste normalmente en gachas, aunque intentamos variar siempre que podemos.

Comemos en relativo silencio, antes de comenzar por supuesto damos gracias al Señor por los alimentos que nos proporciona.

No tengo demasiado apetito, pero hoy estoy encargada del huerto y la faena pesada al Sol, requiere energías. Hago mi mejor esfuerzo y me termino todo lo que tengo en el cuenco antes de marcharme para empezar mi jornada,

ya que ya ha salido el Sol. Pregunto a Sor Constantina si no ha llegado carta para mí, ella me responde negativamente y me deja un poco preocupada, ya que la carta de Brianna ya debería haber llegado; nunca demora en contestar mis cartas.

Intento no desesperar y me dirijo al huerto, hoy debo quitar las malas hierbas, recoger las hortalizas que ya estén buenas y plantar algunas más.

Cuando ya llevaba casi medio huerto limpio de las malas hierbas, me sorprende la hermana Isabel corriendo, espero a que llegue a mi lado y recupere el aliento para que me explique que es tan urgente como para que venga corriendo como si la persiguiera el mismo demonio.

—Sarah, la Madre Superiora quiere que vayas enseguida a su despacho —dice casi sin aliento.

—¿La Madre Superiora? ¿Por qué? —pregunto asustada —¡Yo no he hecho nada! —exclamo.

—No creo que sea nada malo, ha llegado un forastero hace poco más de una hora y ella ha mandado llamarte —me intenta tranquilizar.

—¿Un forastero? —pregunto sin poder creerlo — Bueno, pues voy a ver que desea la Madre superiora.

De camino al despacho, intento quitarme la tierra de las ropas y de la cara. No he logrado mucho pero como bien dice la hermana: Agustina, la vanidad es un pecado.

Respiro hondo y toco dos veces a la gran puerta de roble oscuro que me separa del despacho de nuestra Superiora. Enseguida escucho su voz dándome el permiso para entrar a su dominio.

—Madre Superiora, ¿quería verme? —pregunto entrando y cerrando la puerta a mis espaldas.

—Pasa Sarah, yo te he mandado llamar porque un caballero desea verte —me informa.

—¿Un caballero? ¿Quién, madre? —pregunto extrañada.

—Yo —escucho esa ronca voz, que proviene de la parte más alejada del despacho, donde hay un gran ventanal. Tan nerviosa estaba que ni me di cuenta de que había alguien más en la habitación.

Cuando el hombre se gira y se acerca no puedo evitar soltar un jadeo, no puedo creer que después de tantos años, tenga a James Mackencie frente a mí.

—Volvemos a vernos Sarah de Clarence —se inclina y hace el intento de coger mi mano para besarla, pero me aparto presurosa.

—MacFerson, Sarah MacFerson —respondo.

—Cierto, creciste Sarah —dice sonriendo, pero puedo ver una sombra que antes no se cernía sobre él.

—Y tú envejeciste Mackencie —respondo sin querer hablar si quiera con él.

—¡Sarah! —reprende la superiora.

—No importa Madre, Sarah no ha dicho ninguna mentira, desde la última vez que nos vimos ambos hemos cambiado —responde sin dejar de mirarme.

—¿Que te ha traído a visitarme, James? —pregunto.

—Les dejo solas para que puedan hablar —se levanta dispuesta a irse.

—No es necesario Madre —le digo asustada de quedarme a solas con él.

—Se lo agradezco Madre, no nos llevará mucho tiempo —dice James. Ella se marcha dejándome sola con un hombre por primera vez en casi seis años.

Los dos nos miramos en silencio, el tiempo ha pasado para ambos, ahora James es un hombre, se parece más a su hermano.

Ahora lleva su pelo más largo y una barba de varios días que le hace parecer mayor de los veinticinco o veintiséis años que debe tener ahora mismo.

Parece que él está comparando a la niña que dejo atrás. Soy consciente de mis cambios, al dejar atrás la niñez mi cuerpo se llenó de curvas, soy un poco ancha de caderas y tengo los pechos pequeños y firmes, mi pelo sigue igual tal vez más corto y menos cuidado, por lo demás no hay muchos cambios para apreciar.

—¿Vas a decirme de una vez que haces tan lejos de tu hogar? —no me

gusta que nadie me mire, y mucho menos un hombre.

—Brianna —dice solamente, y a mí el alma se me cae al suelo, imaginando cualquier mala noticia para que él esté aquí.

—¿Que le ha ocurrido a mi hermana? —pregunta ansiosa por saber, me siento estúpida por no haber pensado antes en la posibilidad de que algo malo habría pasado a mi familia.

—Aun nada —dice serio —Ten, esta carta te la envía ella, léela y después hablamos —me tiende la carta que yo le arrebató de las manos rápidamente.

Queridísima Sarah:

Recibí tu carta y no puedo mentirte, me duele en el alma que desees permanecer encerrada de por vida.

Quiero que dejes de sentirte culpable, yo volvería a matar a ese bastardo mil veces más para rescatarte de sus garras, tú no eres culpable de nada, eras solo una niña que no entendía nada de la vida. Que no se merecía las barbaridades que le hicieron, quiero que por favor olvides ese infierno, aunque sé que te pido un imposible.

He enviado a James por un motivo, vuelvo a estar en cinta hermana, pero bien sabes que mis partos nunca han sido fáciles, con Valentina estuve a punto de morir y con los gemelos tardé mucho en recuperarme, ahora soy más vieja y temo no poder resistir este próximo parto.

Por eso te imploro que vengas a mi hogar, quiero pasar tiempo contigo, que tú disfrutes de tu familia y si Dios me llama a su lado en el momento que dé a luz, yo me iré feliz de haber disfrutado de mi hermana durante ese tiempo y

entonces si podrás volver al convento y si es tu deseo convertirte en monja, pero te suplicó un poco de tu tiempo, necesito tranquilizar mi alma por si mi vida se acaba.

Suplico que vuelvas a Eilean Donan con James, él no te hará nada.

Por favor, vuelve a mi lado.

Brianna Mackencie

Cuando acabo de leer la carta estoy sollozando, no puedo aceptar que tal vez mi hermana no sobreviva a otro parto, no resistiría su muerte, gustosa daría la vida por ella, pues bien sabe Dios que yo no tengo nada que me dé ganas de seguir soportando esta vida, pero ella tiene una familia que la ama y necesita. Mi madre no soportaría otra pérdida.

—¿Porque tu hermano ha permitido esto? —pregunto furiosa.

—¿Me estas preguntando por qué mi hermano se acuesta con su esposa? —pregunta alzando una ceja burlón.

—Asqueroso —escupo avergonzada.

—Discúlpame —dice serio, algo avergonzado.

—Yo no puedo irme James, comprenderás que un convento no es un burdel donde entras y sales cuando quieres —me duele en el alma las palabras de mi hermana, pero creo que el miedo que siento a salir al exterior es mayor que mi amor por ella, ¡que Dios me perdone!

—¿No vas a complacer a la petición de tu hermana? —pregunta con desagrado —Puede que no sobreviva al parto, todos en casa estamos muy preocupados.

—Me duele en el alma no poder acompañarla en este trance tan amargo, pero si me marcho, no podré volver, al menos para convertirme en monja —digo con pesar, siento angustia porque debo elegir, entre mi amor a Brianna o el temor a salir de estos muros.

—No sabía que fueras tan egoísta Sarah. Son unos meses, después puedes continuar tu vida de encierro, si no es en esta abadía, yo mismo te

llevaré a una en Escocia.

—¡No soy egoísta! —grito furiosa conmigo misma, porque sé que él tiene razón.

—¿Entiendes por lo que están pasando mi hermano y tu hermana? La alegría y a la vez el temor, la sombra de la muerte se cierne sobre ellos —me dice mortalmente serio.

—¡Lo entiendo! —grito —¿Crees que no me duele, sentir temor y no poder acudir al llamado de mi hermana? —digo llorando.

—Parece que no te duele lo suficiente —dice con desprecio. —¿Así le pagas a tu hermana lo que hizo por ti? —pregunta, y al comprender que él sabe lo de mi marido, hace que desee morir.

—¿Que es lo que sabes? —pregunto avergonzada.

—Todo.

—¿Todo? —pregunto a punto de estallar —No lo creo James Mackencie, ¿ves esto? —pregunto mientras le enseño mis blancas muñecas. —¿Ves estos cortes? Los hice la primera vez que William y Donald me violaron, ¡los dos a la vez! —grito presa del odio, del dolor que llevo dentro.

El solo me mira con lástima y eso es lo que más odio.

—Siento mucho lo que te ha pasado Sarah, eras una niña —dice acercándose a mí, yo retrocedo.

—¡No te acerques! —le ordeno —No soporto tener a ningún maldito hombre a mi lado —el solo se queda quieto, esperando por mí.

—Sarah, tanto mis hombres como yo estamos cansados —dice sin acercarse —Mañana al despuntar el alba, partiremos hacia Eilean Donan. Si no sales, daré por sentado que tu hermana no significa nada para ti y me marchare, pero juro que yo jamás podré perdonarte.

Se da la vuelta para salir del despacho y dejarme sola, sus palabras se me han clavado en el corazón.

—¿Que me importa tu odio? Al menos sentirías algo por mí.... durante todos estos años he sido invisible para ti —digo desolada.

—Eso no es cierto Sarah —dice sin volverse a mirarme, sale y me deja

sola una vez más.

No soporto más el dolor y me dejo caer de rodillas llorando como una loca, llorando por todo lo vivido, por Brianna, por mis sobrinos, por James... pero sobre todo por todos los demonios que aún están dentro de mí, matándome cada día un poco más.



(James Mackencie)

¿Qué me importa tu odio? Al menos sentirías algo por mí...

Esas palabras de Sarah no salen de mi cabeza, como tampoco sale de mi mente lo que he visto de ella.

La Sarah que está ahí dentro no es la chiquilla risueña y alocada que conocí, me duele ver que en sus ojos ya no brilla esa hermosa luz, que en su rostro ya no hay color, que no ríe.

Es un cascarón vacío, como ya me advirtió Brianna, lo que estoy convencido que ella no sabe ni la mitad de lo que su pequeña hermana vivió con los MacFerson, saber que ella se intentó quitar la vida me ha revuelto el estómago.

Me siento culpable, sé que no fui yo quien la obligo a casarse, pero ella lo hizo con la esperanza de escapar de un amor al que yo no podía corresponder, al menos no como ella quería, cinco años después debo reconocer que, si yo no hubiera conocido a Helen antes que a Sarah, no sé que hubiera pasado. Esa pequeña loca tocó una parte de mi corazón, aunque me negué durante mucho tiempo a reconocerlo.

Pero amaba a Helen, no puedes amar a dos mujeres a la vez, ¿no?

Además, Sarah era una niña, yo estaba seguro de mi amor por mi prometida, Helen me aportaba seguridad, tranquilidad, Sarah era el fuego, Helen el agua.

Sarah en ese tiempo era la locura personificada, y yo ya estaba cansado de locuras, quería tranquilidad y un hogar lleno de niños, pensé conseguirlo y solo conseguí quedarme solo, Helen y mi hijo hace casi cuatro años que están muertos, y su muerte pesa sobre mi conciencia, es algo que nunca podré olvidar. Ella no se merecía morir, tan joven, tan buena, y mi pequeño hijo, lloré durante días. Yo mismo me encargué de enterrar a ambos. Están juntos, como debe ser, y algún día yo me reuniré con ellos.

El tiempo ha pasado y el dolor ha menguado, pero nunca los olvidaré, no he vuelto a casarme ni tengo pensado hacerlo, Alex es el Laird y ya tiene herederos, así que yo no tengo ningún problema, todo lo que tengo será también para mis sobrinos, todo quedará dentro del clan Mackencie.

Casi está anocheciendo, y tanto mis hombres como yo debemos descansar, el viaje ha sido largo, espero que Sarah venga conmigo, si no Brianna va a matarme, aunque pensándolo bien si no lo hace ella, lo hará Sarah cuando descubra que le he mentado para sacarla del convento, aunque espero que entienda que es por su bien, ella era una mujer tan llena de vida que me dan ganas de matar a esos bastardos por todo lo que le han hecho. Lástima que Brianna mató al miserable de Donald, aunque William sigue vivo y es algo que tengo intención de remediar.

Voy a matar a William MacFerson.

Después de cenar, todos nos disponemos a dormir unas horas antes de emprender el viaje de vuelta. Deseo llegar otra vez a mi hogar, pero quiero hacerlo con Sarah a mi lado.... por Brianna, claro.

Finalmente me duermo, pero sueño con alguien que hacía tiempo no aparecía en mis sueños.

—James —me llaman en un susurro —James, despierta.

Abro los ojos y veo a mi amada Helen sonriéndome.

—Helen, mi amada Helen —le digo intentando tocarla, cuando lo consigo, ella solo me mira con ternura en sus ojos.

—Mi amado James, debes dejar de culparte, tú no eres el culpable de mi muerte, ni la de nuestro hijo —dice seria —El señor nos llamó a su lado, porque ya era nuestra hora.

—No es justo Helen —le digo furioso.

—Muchas cosas no son justas querido —sonríe triste —Estamos bien, saca de tu corazón la pena y la culpa, ella te necesita.

—¿Ella? ¿Quién? —pregunto extrañado.

—Ella te necesita desde hace mucho tiempo, y tú a ella —dice triste.

—¿Quién me necesita? Yo solo te necesitaba a ti.

—Puede que en algún momento fuera así, pero tú y ella estáis destinados a estar juntos, desde hace mucho tiempo, yo solo fui un desvío en tu camino, tú fuiste mi alma gemela, pero yo no soy la tuya —dice triste de nuevo.

—No digas tonterías Helen, tú fuiste la mujer que más amé y a la que amaré hasta la muerte —digo convencido.

—Me amaste, sí, pero hay muchos tipos de amor... tú amarás de nuevo con una pasión y una fuerza que jamás pudiste imaginar —lo dice tan segura que me asusta.

—¡Jamás! —grito.

—Lo harás —dice firme —Júrame que lo harás, déjame ir.... Cuida de ella, rescátala del infierno en el que vive constantemente —me súplica.

—Helen no, no quiero amar de nuevo...

Ella parece que está desvaneciéndose....

—Ya lo haces, siempre lo has hecho, deja de pelear contigo mismo, ¡sálvala! —grita cuando ya se ha desvanecido ante mis ojos.

Despierto de golpe bañado en sudor, miro a mi alrededor, pero nada está pasando, todos están dormidos, el Sol está a punto de salir y yo ya no voy a poder pegar ojo. Decido levantarme y prepararme.

Miro hacia la gran puerta del convento, está cerrada y no sé si se abrirá antes de tener que partir.

Lo hará... me parece escuchar, me giro y nadie está a mi lado, definitivamente estoy volviéndome loco.

Despierto a mis hombres, preparamos los caballos.No queda mucho por

hacer, no puedo retrasar mi partida, le di tiempo suficiente para que pensará y decidiera lo que su corazón deseaba. Estoy asustado, espero un rato más, pero es en vano, nadie abre la puerta así que completamente desilusionado ordeno a mis hombres partir, monto a mi caballo y cuando me dispongo a espolearlo, escucho un fuerte ruido a mis espaldas.

—¡Espera James! —oigo gritar, me giro y en la puerta está Sarah, vestida igual que ayer.

Desmonto y me dirijo hacia ella, ella aún no ha salido hacia fuera. La veo aterrada.

—Vamos Sarah, sal —la animo. Ella está temblando y odio verla así.

—No puedo James, juro por Dios que lo estoy intentando —llora.

—¿Me dejas acercarme? —sé que no quiere que ningún hombre la toque y respeto su miedo.

—¡No! —grita —ya salgo...

Ella suelta la puerta y da varios pasos hacia mí, se detiene mira hacia atrás, respira profundamente y sigue andando hacia adelante, y yo no puedo sentirme más orgulloso de ella. Está aterrada, pero sigue hacia delante.

—Trae un caballo para Lady Sarah —ordeno a Seth.

Cuando lo traen, ella acaricia la cabeza del animal sonriendo y me encanta ver esa sonrisa en sus labios.

—¿Te ayudo a montar? —sabiendo cuál será su respuesta.

—No hace falta, gracias —dice mientras monta como si no hubiera pasado tanto tiempo en el convento.

Monto a mi caballo y cuando estamos los dos juntos la miro a sus ojos llenos de miedo, pero también de decisión.

—Volvamos a casa Sarah, con la familia —ella solo asiente y yo emprendo la marcha.

Capítulo III

(Sarah MacFerson)

Despunta el alba y yo estoy sentada en mi camastro, nerviosa, aterrorizada.

Ayer hablé con la Madre Superiora, me dio su bendición, soy libre de marchar, pero no es lo que yo deseaba, al menos hasta saber que mi querida hermana está en peligro.

Después de horas de pensar y de intentar convencerme a mí misma que yo soy lo suficientemente fuerte para enfrentarme a la vida fuera de estos muros, sigo aquí, sentada, aferrada a mi bolsa con las pocas pertenencias que poseo. Sé que debo moverme, salir de aquí, porque si no será demasiado tarde y James partirá pensando que no amo lo suficiente a Brianna.

Me levanto de golpe y sin pensarlo mucho más, lanzó una última mirada a estas cuatro paredes que me han protegido durante años, las que han sido testigos de mis más terribles pesadillas, las que en el silencio de la noche han sido espectadoras mudas de mis sollozos y carceleras de mis demonios. Salgo y echo a correr por el largo y silencioso pasillo, llego hacia la gran puerta cerrada y la abro de golpe, rezando por no llegar demasiado tarde.

—¡James espera! —grito asustada al verlo dispuesto a partir.

Él, al oírme, se gira a verme y puedo apreciar una sonrisa de alivio, escucho como da la orden de esperar a sus hombres, desmonta y se acerca a mí.

Necesito el valor para cruzar este umbral, pero tampoco quiero que me toque, no soporto si quiera que se acerque demasiado

—¡No! —digo demasiado alto, el solo se detiene —Ya salgo...

Cuando salgo finalmente por la puerta, respiro hondo intentando calmar mi corazón, giro para ver por última vez la hermosa abadía que ha sido mi hogar durante tanto tiempo y me despido de todo y todas, siempre estarán en

mi corazón y en mis oraciones.

Traen un caballo para mí y, aunque James se ofrece a ayudarme, declino la oferta, subo a un gran caballo pardo que me ha enamorado y me encanta la sensación de volver a estar sobre un animal tan noble.

—Volvamos a casa Sarah —dice James.

Casa... hace años que dejé de tener un hogar al que volver, no sé en que momento ocurrió, pero ya no siento que pertenezca a ningún lugar.

—Yo no tengo hogar, Mackencie —respondo enfadada de repente con él, con el destino, conmigo misma.

—Tu hogar es donde esté tu familia, al ser inglesa no comprendes lo que eso significa, claro —dice tranquilo ante mi arrebato de ira.

—Soy inglesa y no por eso amo menos a mi familia que tú a la tuya. — sigue enfadándose.

—Tal vez... yo amo a mi hermano, a la tuya y a mis sobrinos —dice mirándome serio, ante la mención de que él no quiera a su familia tanto como yo.

—¿Helen y tus hijos no entran en tus afectos? —pregunto burlona, para intentar esconder los celos.

Él me mira con una furia inmensa, hasta me asusta su mirada, aunque sé que él no me hará daño o eso creo.

—No vuelvas a nombrarlos —me ordena con un gruñido, yo solo aparto la vista de él y emprendo la marcha un poco más hacia delante, pero sin acercarme a los demás hombres.

El tiempo pasa, las millas son recorridas. Estoy cansada, pero no pienso pedirle que paremos, me niego a hablar con un demente, no entiendo porque se mostró tan furioso por solo recordarle a Helen y sus hijos, ni volveré a preguntarle nada más, solo espero que al llegar al hogar de mi hermana me deje allí y se marche al suyo, debe echar de menos el lecho marital, pienso con asco.

—Sarah —me llama el estúpido que ocupa mis pensamientos.

Lo ignoro, escucho como suspira irritado y hasta me produce un poco de gracia, aunque intento no reírme. Parece un niño pequeño con una pataleta.

—Sarah —vuelve a llamarme perdiendo la paciencia —, ¡detente! —me ordena. Vuelvo a hacer oídos sordos a sus órdenes.

Escucho como espolea su caballo y se pone a mi lado, coge las riendas de mi caballo y lo detiene bruscamente.

—¿Pero qué demonios haces irascible patán? —grito asustada y furiosa.

—Vaya, Lady Sarah, para ser casi una novicia tiene la lengua como una cortesana —dice alzando la ceja burlón.

—¡Dios mío, perdóname! —exclamo alzando la vista hacia el cielo azul, despejado de nubes.

—Sarah, debes cabalgar conmigo, sé que no estás cómoda con tanto hombre a tu alrededor, créeme que lo comprendo —dice en tono tranquilizador.

—¿Lo comprendes? Lo dudo James, dudo que comprendas hasta que punto estoy destruida —le digo cansada de ver en sus ojos esa mirada de pena.

—Sarah, ¿has pensado en hablar con alguien sobre todo lo que te hace daño? —pregunta.

—¿Y con quién sugieres que lo haga? ¿Con las monjas? Tal vez si les hubiera contado todas las cosas que me han hecho, me habrían tachado de loca, porque nadie en su sano juicio se imagina las atrocidades que cometieron conmigo —le contesto a su estúpida pregunta.

—Con ellas no, las hubieras matado del susto, pero puedes hablar conmigo —se ofrece solícito.

—No sabía que eras de esos hombres, James... —le digo burlona.

Él maldice, enfadado otra vez, me encanta sacarlo de sus casillas.

—¡Maldita sea mujer! No soy un maldito cerdo, me produce asco pensar en todo lo que te hicieron ese par de miserables, ¡solo quiero ayudarte! —dice alzando la voz.

—¿Quién dice que solo fueron dos? —pregunto. Veo la cara de desconcierto —James llegas años tarde, ahora no necesito tu ayuda. Si te sirve de consuelo, llevo años escribiendo un diario, tal vez algún día te deje leerlo.

Le arrebató las riendas y espoleo a mi caballo, no me acerco a los demás, pero necesito distancia entre James y yo, estar a su lado, verlo tan cerca despierta en mí sentimientos que pensé habían muerto años atrás.

Sé que estoy siendo irracional, debería haber aceptado ya el hecho de que, aunque yo siento que mi alma le pertenece a James, él se la entregó a Helen. He salido del convento para estar con mi hermana y eso es lo único que debe importarme. Debo intentar superar mis miedos y debo sacar a mis demonios y que me dejen vivir en paz el tiempo que me quede de vida.



(James Mackencie)

Sigue siendo tan cabezota como siempre, en eso no ha cambiado.

Sé que hace un rato me he comportado como un patán al hablarle de ese modo, sé que ella no sabe que soy viudo y que seguramente no ha preguntado con maldad, pero al nombrar a Helen me ha hecho darme cuenta que hace tiempo que no pienso en ella, y sé desde cuando he sido consciente de ello, desde el momento que supe lo que le había ocurrido a Sarah mis pensamientos han sido para ella, por ello he reaccionado así, siento que estoy traicionando a mi mujer, a su recuerdo.

No quiere hablar conmigo, no es por que desee saber los detalles escabrosos sobre sus abusos ¡Por Dios! De solo pensarlo veo rojo, deseo matarlos, lo que yo quiero es encontrar a la Sarah de antaño, aunque sé que eso es imposible, aunque ella algún día llegue a superar su pasado, aquella Sarah fue destruida de la peor forma y me duele saber que no puedo traerla de vuelta.

Ahora comprendo un poco más a Brianna. Durante todos estos años ha sido distante conmigo, siempre intenté hablar con ella del asunto, pero nunca conseguí nada, ahora sé sus motivos.

Y ahora me doy cuenta de que todo empeoró cuando volvió de las

tierras de MacFerson, entonces sin nosotras saberlo ella ya había matado a Donald y había descubierto el calvario de su hermana, desde ese momento yo casi era invisible para ella. En ese momento me enfadé con ella porque no entendía sus motivos para tratarme de ese modo. Ahora que lo sé todo, la comprendo y ya no existe resentimiento por mi parte hacia ella.

En su momento me dolió, no entendí por qué perdí a la hermana que jamás tuve, sobre todo cuando Helen murió, necesitaba a mi mejor amiga y no la tuve, entiendo ahora sus motivos, pero no por ello duele menos. Sé que ella me culpa del destino de Sarah y el motivo es que el dolor la ciega, no le deja ver que yo no obligue a Sarah a casarse, mi único pecado fue no amarla o mejor dicho tener miedo de amarla demasiado, aunque me lo negué miles de veces en ese entonces, estoy seguro que si Helen no hubiera estado ya en mi vida, Sarah me habría puesto de rodillas ante ella.

Eso me asustó, por ello fui brusco con ella, me asustó lo que esa muchacha despertaba en mí, me horrorizo al pensar que tal vez podría serle infiel a Helen.

Ahora que he conseguido que dejé el convento, me preocupa cómo afrontará la vida fuera de esos muros, la veo tensa encima del caballo, no pierde de vista a los hombres y procura estar lo más lejos posible de ellos. Puedo ver cuánto daño le hicieron esos miserables, no sé cómo tomará el engaño de Brianna, ni siquiera sé si su hermana conseguirá salvarla de los miedos que la atormentan.

Otro de los problemas que se pueden dar es que el Rey, al saber que Sarah ha salido del convento, desee volver a casarla. Debo hablar con Alexander, porque creo que lo mejor es mantener en secreto que ella ha salido de allí; la muchacha no aguantará otro matrimonio, no creo que jamás deje que un hombre se le acerque lo suficiente.

Y si soy sincero conmigo mismo, tampoco quiero que ninguno lo haga, no quiero que nadie vuelva a dañarla. ¿Solo es por eso? Claro que solo es por eso, yo no siento nada por ella, más que el cariño por ser la hermana de Brianna y porque, cuando la conocí, tocó algo dentro de mí, algo que hoy día aún no sé lo que es.

—Sarah, ¿necesitas descansar? —pregunto solícito.

—Si solo es por mi por lo que deseas hacer un alto, puedo esperar —

dice orgullosa.

No puedo evitar reír, sé que está deseando bajar del caballo, está dolorida y lo noto en su postura tan rígida.

—Vamos a descansar un rato —ordeno —¡Hombres deteneos! — hago saber a los míos.

Todos vamos bajando de los animales, ellos también necesitan un descanso y refrescarse, sé que por aquí cerca hay un pequeño lago, donde todos podremos refrescarnos y así se lo hago saber a Sarah.

—Yo iré la última, que tus hombres vayan primero —dice mirándolos asustada.

—Sarah, estás ofendiéndome a mí y a mis hombres, ninguno de nosotros vamos a dañarte —me enfurece que tenga tanta poca confianza en mí y los míos.

—No pretendo ofender a nadie —dice apenada —. Solo quiero estar sola.

—De acuerdo, irás la última —decido ir con los demás, de esa forma después puedo proteger a Sarah.

Ella se sienta bajo un gran árbol que proporciona protección contra el Sol de Agosto, el verano escoces no es caluroso en demasía, pero este año es bastante más caluroso de lo normal.

Damos de beber a los caballos y los refrescamos, después todos nos damos un baño en el lago de agua bastante helada, pero deseo quitarme el sudor del cuerpo. Lo hago rápido, porque no me gusta perder de vista a Sarah mucho tiempo. Aunque ya estamos en tierras escocesas, aún estamos bastante cerca de Inglaterra, no confío en los escoceses que viven por aquí, hasta que no llegue a las Tierras Altas no estaré tranquilo.

La encuentro donde la deje al irme, está mirando hacia el horizonte, pero tal parece que no está contemplando el paisaje, parece que está muy lejos de aquí y me pregunto que será lo que ronda por su mente, ¿tendrá miedo? ¿estará ansiosa por ver a su hermana y sobrinos? No sé qué hacer o decirle para traerla de vuelta, ella no confía en mí, y yo tampoco confío en mí mismo, tiene el poder de sacarme de mis casillas en minutos, es testaruda y no acepta mi ayuda para nada, mi preocupación es sobre esta noche, ¿cómo vamos a

dormir? Tanto yo como mis hombres no vamos a irnos muy lejos de ella, y no creo que se sienta cómoda con la situación si ni siquiera soporta cabalgar cerca de nosotros, ¡esto es un maldito problema! La entiendo, juro que lo hago, pero me desespera el miedo que ella siente, yo nunca permitiría que la dañaran, no de nuevo.

—Sarah, puedes ir a bañarte —le digo y ella se sobresalta.

No dice nada, solo asiente y se marcha. Está claro que no voy a dejarla sola, no voy a importunarla, pero dejarla sola en el lago es una locura, me aseguro de que todos mis hombres estén en el campamento, ya que he decidido pasar la noche aquí y continuar el viaje al amanecer. Ellos se quedan preparando un buen fuego y la cena y yo me voy acercando hacia donde esta Sarah. Veo cómo va desnudándose, no quiero ver nada, pero cuando estoy a punto de girarme y darle algo de privacidad, lo que veo me deja horrorizado. En la espalda tiene algo que a leguas se nota que ha sido marcado a fuego, parecen letras y cuando ella se mete en el agua y se aparta su largo cabello puedo ver mejor que es lo que significan, mi sangre hierve de rabia, ¡ese maldito bastardo la marco con sus iniciales! ¡Dios mío! ¿Qué te hicieron muchacha?

Me alejo un poco para darle privacidad, pero no puedo dejar de pensar en todo el infierno que esa pobre mujer tuvo que pasar, si yo hubiera sabido algo de eso, yo mismo hubiera ido a rescatarla, ¿por qué no pidió ayuda? Eso me enfurece, si hubiera pedido ayuda tanto yo como Alexander hubiéramos ido en su busca, pero ella no lo hizo, ¿por qué? Pienso mientras le doy una fuerte patada a una piedra. Esperó hasta que Brianna fue de visita y estoy seguro de que no habría contado nada si mi cuñada no llega a ver lo que vio seguramente Sarah seguiría allí, torturada y violada cada día, o mucho peor, muerta.

Está tardando demasiado, pero cuando me dispongo a volver, ella ya viene de camino, se detiene bruscamente al verme y en sus ojos vuelve a aparecer el recelo.

—¿Desde cuándo estás aquí? —pregunta.

—No he ido hasta el lago, tranquila —miento —Pero no podía dejarte sola, aún no estamos en Tierras Altas.

—Está bien.... —se dispone a pasar de largo por mi lado.

—¿Porque nunca pediste ayuda? —ella se detiene, pero no me mira.

—Era mi castigo por no amar a mi esposo —y sigue su camino dejándome con la boca abierta por tal tontería.

¿Quién demonios le lleno la cabeza de estupideces? El no amar a su marido no les daba derecho a tratarla como lo hicieron, y ella parece que no comprende. Seguro se le hizo muy fácil manipular a una niña. Cada vez los odio más.

Cuando vuelvo al claro donde hemos acampado, no la veo por ningún lado, pero Liam me señala el árbol donde horas antes estuvo sentada y, efectivamente, allí está, lo más alejada posible de los hombres, aunque ello signifique estar lejos del fuego.

—Sarah, acércate al fuego —ordeno furioso por su comportamiento.

Ella se tensa y me mira desafiante.

—Aquí estoy bien, gracias —dice con los dientes apretados.

—La noche va a refrescar, debes descansar al lado del fuego —intento razonar con ella.

—No voy a dormir rodeada de hombres, James —dice a punto de perder el control.

—¡Te he dicho que no vamos a hacerte daño, mujer! —grito.

Baja la cabeza y por un momento pienso que no va a levantarse, pero si lo hace, dejándome asombrado, pasa por mi lado teniendo cuidado de no tocarme siquiera y se sienta en el fuego.

Mis hombres intentan no incomodarla, yo me acerco y le doy un poco de carne y cerveza. Ella la acepta y come en silencio, yo me pongo a hablar con los míos, intentando que ella se tranquilice al ver que nadie está prestándole atención, sé que le incomoda que la miren y mis hombres y yo respetamos eso.

Después de la cena, preparo para Sarah una cama improvisada con pieles y le informo que cuando desee puede dormir. Veo el terror en su mirada y quiero tranquilizarla, siento deseos de abrazarla, pero sé que nunca va a permitir que me acerque lo suficiente.

—Sarah comprende, no puedo dejar que duermas apartada de nosotros, pero por favor deja el miedo que te atormenta, nadie va a tocarte ni a mirarte siquiera —le aseguro.

—Entiendo que no puedo dormir lejos de vosotros —dice seria —
Cuando llegue a Eilean Donan dormiré mejor —afirma.

Se marcha y la veo tumbarse y taparse casi hasta perder de vista su cuerpo. Decido dormir lo más cerca posible sin que la moleste y me dispongo a descansar un rato, el viaje es largo y tener que lidiar con Sarah es una completa batalla.

No sé cuántas horas han pasado cuando un grito de agonía me despierta a mí y a mis hombres. Todos nos levantamos rápido, empuñando nuestras espadas. No hay ninguna amenaza. Corro hacia donde esta Sarah y veo que no hay nadie alrededor, ¿entonces? Me sobresalto cuando vuelvo a escucharlo, ahora más cerca, ya que es Sarah quien grita de esa manera. Se revuelve entre las pieles, su cara es de puto dolor y vuelve a gritar y yo sin poderlo soportar ver cómo sufre. Me inclino hacia ella, zarandeándola.

—¡Sarah, despierta! —le grito — Sarah, solo es una pesadilla.

Ella abre los ojos llenos de terror y lágrimas, al verme se aparta de mí de golpe y no sé qué puedo hacer para ayudarla.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Si, solo ha sido una pesadilla, lo siento si os he despertado —dice sin mirarme.

—¿Con qué soñabas? —pregunto aún preso del malestar que ha provocado verla sufrir de ese modo.

—Lo mismo de siempre, el demonio sigue haciéndome daño —contesta mientras vuelve a acomodarse entre las mantas.

—Sarah... —no sé que decir.

—Vuelve a dormir, James —me da la espalda y yo solo deseo acostarme a su lado y alejar a todos sus demonios para que pueda dormir una noche en paz.

Vuelvo a mi sitio y Liam, que es el que está más cerca de mí, solo mira a Sarah con una lástima infinita. Son más o menos de la misma edad.

—¿Que le hicieron a esa pobre muchacha? —dice apenado.

—Destrozarle la vida —digo con rabia —. Durmamos, queda mucho viaje por delante.

Pasan las horas y yo solo estoy mirando a Sarah, vigilando su sueño, preocupado por si ella vuelve a tener esas horribles pesadillas, pero el amanecer llega sin que en el campamento vuelva a escucharse esos alaridos de pánico.

La despierto y después de desayunar y preparar todo, volvemos a montar a nuestros caballos, dispuestos a llegar a más tardar mañana a Eilean Donan. Suerte que la abadía no estaba muy lejos de la frontera.

—Sarah, mañana llegaremos al hogar —le digo esperando una sonrisa en su bello rostro.

—Sí James, vuelvo al hogar —dice suspirando, pero no dice nada más y sé que no volverá a hablar a menos que yo le pregunte.

Espero que Brianna pueda ayudarla...

Capítulo IV

Cerca de Eilean Donan, Escocia 1467

—¿Falta mucho para llegar? —pregunto cansada. Llevo varias noches durmiendo peor de lo normal, las pesadillas han regresado con más fuerza, son más terroríficas.

—No mucho Sarah, falta poco para que vuelvas a ver a tu hermana — responde contento.

No digo nada más, no porque no esté feliz de reencontrarme con mi querida hermana, sino porque temo por lo que nos depara el futuro, y porque desde que Brianna me rescató de ese infierno no volví a verla. Yo, siendo consciente de que nunca más saldría de la abadía, le pedí que me dejará allí solo por un tiempo, le mentí y ella no se merecía que lo hiciera.

Son tantos los motivos por lo que no merezco el perdón que me siento ahogada de remordimientos y tormentosos recuerdos.

Cada vez estamos más cerca y los nervios hacen presa en mí, además que salir al mundo exterior después de casi cinco años ha sido difícil, añadiendo además que viajo con varios hombres. Debo reconocer que todos son respetuosos y que poco a poco he dejado de sentir ese terror que me domina sin dejar espacio para nada más en mi mente.

Lo que más deseo es ver a Brianna y a mis sobrinos, y poder cuidar de ella, porque mi propósito es que mi querida hermana no muera entre mis brazos, soportará un parto más y yo misma amenazare a Alexander, si vuelve a poner en peligro a mi hermana soy capaz de cualquier cosa.

—Mira allí a lo lejos Sarah, ya se ve la torre de Eilean Donan —me avisa James sacándome de mis pensamientos.

Y es cierto, a lo lejos con los últimos rayos de Sol de fondo, se encuentra Eilean Donan, el hogar de los Mackencie, el hogar de mi querida

hermana, y solo deseo que las millas que nos separan ahora mismo desaparezcan para volver a abrazar a la persona que es capaz de dar todo por mí, y a la que en mi egoísmo no he agradecido bastante lo que hizo por mí en su día, pero pienso remediar eso.

Recorremos el camino con paciencia, algo que no siento en estos momentos, pero sigo el paso que impone James. Él me mira de vez en cuando como si supiera que lo único que deseo es salir a galope y traspasar el puente y las grandes puertas de Eilean Donan.

Cuando finalmente recorremos el gran puente de piedra y cruzamos el portón, puedo ver que toda la familia está esperando por nuestro regreso, puedo ver a mi hermana igual de nerviosa y a su esposo intentando tranquilizarla. Cuando llegamos, no puedo esperar por abrazarla, así que sin esperar que James me ayude a bajar de mi montura, salto del caballo y corro como si el fin del mundo estuviera cerca. Brianna hace lo mismo, suelta la mano de Alexander y corre a mi encuentro. Cuando nuestros cuerpos chocan y nos fundimos en un fuerte abrazo rompemos a llorar, solo nosotras sabemos todo lo que nos une, y no solo por ser familia.

—Mi pequeña Sarah —dice mi hermana sollozando —Ya estás en casa, estás conmigo —me aprieta contra si.

—Hermana —suspiro, siento alivio, como si durante estos años una gran losa me estuviera aplastando el pecho.

Nos separamos y rompemos a reír al mirarnos a la cara. Brianna no ha cambiado nada, sigue igual que la última vez que la vi. Ella me mira intentando leer mi alma, ve en mí los cambios que el destino tenía para mí.

Ya no tengo quince años, ya no desprendo inocencia, mis ojos ya no brillan, ya no río sin preocuparme por nada, ni siquiera encuentro paz durmiendo.

—Aquí te vas a recuperar, quiero a mi hermana Sarah de vuelta —me dice convencida.

—Ya estoy aquí Brianna —respondo sin entender de que habla.

—No, no lo estás... —niega triste —Pero lo estarás.

Niego sin saber a que se refiere, pero los gritos de unos niños nos sacan de nuestra burbuja, y cuando miro por encima del hombro de mi hermana veo a

mis tres sobrinos corriendo hacia nosotras, sonrió feliz al verlos sanos y fuertes.

Valentina es la primera en llegar hasta mí, me abraza y yo a ella, me emociona esta muestra de cariño, ya que para ellos soy una desconocida, Valentina se parece a Alexander, cabello oscuro y ojos azules, aunque la carita me recuerda a Brianna.

Y los gemelos, son como dos gotas de agua, ambos rubios y con los mismos ojos que mi hermana. Los abrazo como hice con mi sobrina, ellos son un poco más reacios a las muestras de afecto, y aunque me duele, no puedo culparlos.

—No se lo tengas en cuenta, mis hijos son guerreros —escucho la voz ronca y profunda de mi cuñado.

Cuando lo miro, veo que el tiempo si ha pasado por él, tiene algunas arrugas que antes no tenía, pero sigue siendo igual de apuesto que antaño.

—Alexander —saludo sin acercarme a él. Él parece que quiere abrazarme y me tenso esperando el contacto que no quiero.

—¡Alexander no! —habla por primera vez James —A Sarah no le gustan los abrazos —que escusa más estúpida, pienso.

—Acaba de abrazar a mi mujer e hijos —responde un poco molesto y yo me avergüenzo, no quiero que piense que tengo algo en contra de él.

—Alexander, James no se ha explicado bien, no me gusta abrazar a los hombres, lo siento —bajo la cabeza muerta de vergüenza y siento a Brianna abrazarme contra ella, sollozando.

—Lo siento Sarah —parece avergonzado —. Se bienvenida a Eilean Donan, tu hogar durante todo el tiempo que lo desees.

—Gracias Alexander —respondo aliviada.

—Llámale Alex, no hace falta tanta formalidad Sarah —dice mi hermana, sonriendo. —Vamos dentro para que te refresques y descanses antes de la cena.

Nos marchamos dejando atrás a los hombres y yo no puedo evitar volver la vista y mirar a James. Está hablando con su hermano y ambos tienen una cara tan seria que asusta, él parece sentir mi mirada, porque sus ojos se

encuentran con los míos, me sonrío como intentando tranquilizarme y yo aparto mi mirada de él y me alejo con mi hermana hablándome sobre todo lo que ha pasado en estos últimos años.

—Sarah esta es tu alcoba —dice abriendo una gran puerta: dentro hay un gran lecho, un tocador, una chimenea, el armario y una gran ventana con una vista hermosa a los campos en flor.

—Gracias Brianna —respondo.

—Espero sea de tu agrado, no es gran cosa, pero....

—Brianna, esta habitación es diez veces mejor que la que tenía en el convento —intento tranquilizarla.

—¿Porque Sarah? —pregunta angustiada —¿Por qué me mentiste?

—¿Me habrías dejado allí? Si te hubiera dicho que mi intención era quedarme en el convento hasta el fin de mis días ¿me habrías dejado? —pregunto sabiendo ya la respuesta.

—No —responde sinceramente, algo que ya sabía.

—Entonces ahí tienes la respuesta hermana —digo tranquila.

—Sarah, esconderte no borrará tu pasado, mereces ser feliz, tener una familia a la que amar —susurra sentándose en el lecho, como si estuviera cansada.

Me arrodillo ante ella, me preocupa su salud, no quiero cargarla con mis demonios, con mis temores y recuerdos.

—Brianna, mi deseo es vivir tranquila lo que me quede de vida, nada más —le digo con sinceridad. —No deseo familia, porque no soy capaz de acostarme con un hombre para tenerla.

—Pero no lo has intentado Sarah, si conocieras un buen hombre y lo amarás...

—No deseo amar de nuevo Brianna —digo levantándome veloz. —Una vez amé con todo mi corazón y ello me produjo un dolor tan grande que me llevó a cometer el mayor error de mi vida, algo que me perseguirá hasta el día de mi muerte.

—¡Por amor de Dios! Tienes veintiún años todavía, muchacha, no

puedes dejar que ese calvario destroce más tu vida —exclama nerviosa y furiosa a la vez.

—Brianna tranquilízate por favor —suplico asustada —No hablemos más de ello, vine para cuidarte y pasar un tiempo con tu familia, cuando no me necesites, volveré al convento y me haré monja de clausura, no hay nada en el mundo que yo deseé disfrutar por el resto de mi vida, allí me siento segura.

Siente como su hermana quiere replicar sus palabras, pero se contiene, asiente con la cabeza de forma brusca y cambian de tema. Brianna le cuenta lo que ha ocurrido en los últimos años, como el amor entre ella y Alex crece cada día, como su matrimonio es lo que siempre soñó y ella no puede sentirse más feliz por ella.

—¿Y madre? ¿y las demás? —pregunto interesada, ya que en el convento no podía tener una correspondencia muy seguida, desconozco muchas cosas.

—Madre vive con Jane cerca de Londres, ya que Jonathan necesita viajar mucho, tienen una casita a las afueras, ya sabes que ambas odian la ciudad —me explica riendo. —Jane tiene dos niños, Jhon y Samuel, y Clarisse solo tiene una niña, por ahora, se llama April.

—Ojalá pudiera verlos a todos —susurro con pena, no solo por ser una extraña para mi propia familia, si no por todo lo que quería y no conseguí. Recuerdo las noches en vela que pasábamos mis hermanas y yo hablando de los hijos que íbamos a tener, de cómo sería nuestro marido, y mis sueños hace años que se convirtieron en pesadillas.

—Los verás —afirma abrazándome de nuevo, como si así quisiera confirmar que estoy aquí, que soy real. —He pedido que te preparen un buen baño, después puedes bajar a cenar, o si estás muy cansada pueden subirte algo aquí —dice mientras se levanta.

—No, por supuesto que bajaré a cenar, que falta de respeto para tu esposo que no lo hiciera —respondo.

—Por Alex no te preocupes, te darás cuenta muy pronto que aquí las cosas son distintas de Inglaterra. Baja cuando estés lista, te estaremos esperando.

Sale dejándome sola por poco tiempo, ya que dos doncellas entran con

la bañera y dos más con cubos de agua humeante, dando órdenes entra una muchacha no mayor que yo, y no puedo evitar mirarla, me recuerda a alguien ¡Marie!

—¡Marie! —grito en el momento que reconozco a la mujer muy embarazada que tengo delante.

—Lady Sarah, estoy encantada de volver a verla —dice sonriendo, con esa sonrisa que la caracteriza.

—¿Como has estado Marie? —pregunto contenta.

—Bueno, puede ver que bastante ocupada —dice señalando su estado avanzado de embarazo.

Ambas reímos y sé que entre ambas hay muchas preguntas, el tiempo que vivió en Inglaterra con nosotros le tomé especial cariño, ambas sufríamos un amor no correspondido y nos hicimos amigas muy rápido.

—Veo que al fin te casaste, ¿quién es el afortunado? —pregunto queriendo saber todo de su vida.

—Es Ian, mi señora... durante mucho tiempo lo rechacé, incluso cuando volví a Eilean Donan, pero él volvió a ganarse mi corazón, nos casamos hace cuatro años, tengo un pequeño de tres años y el que viene en camino —dice sonriente, mientras acaricia su abultado vientre.

—Me alegro mucho Marie, rece mucho porque tú y Brianna encontrarais el camino de la felicidad, siempre supe que Ian volvería a ti —exclamo con júbilo.

—Le ayudo a desvestirse, mi señora —dejo que me ayude porque le tengo confianza, y no me paro a pensar en lo que tanto intento esconder, y no pienso en ello hasta que cuando estoy completamente desnuda ante ella, escucho un jadeo y luego sollozos ahogados, me giro intentando evitar que siga viendo mis cicatrices, aunque el daño ya está hecho.

—¡Por Dios, mi señora! —exclama intentando contener el llanto—¿Que le hicieron?

Se que ha visto mi marca, sé que ha visto las cicatrices de los latigazos, me avergüenzo, pero no puedo hacer nada por ocultar algo que ya ha sido visto.

—Me mataron en vida Marie, me arrebataron mis sueños y esperanzas, me arrancaron lo máspreciado, y aún me siguen persiguiendo los recuerdos — digo metiéndome en la tina.

—Sarah... —sé que está verdaderamente afectada o no me llamaría por mi nombre de pila —Siento tanto todo el infierno que has tenido que pasar — rompe en llanto y yo solo quiero desaparecer, eso es lo que más odio: la compasión.

—Márchate Marie, no es bueno que en tu estado te pongas así de nerviosa, te ruego no le digas nada a Brianna, nadie ha visto los horrores que aún carga mi cuerpo y no quiero que nadie más sepa —le ordeno con brusquedad.

—Sí, mi señora. Siento mucho si la he incomodado, no diré nada —se marcha rauda. Sé que ella tenía tantas ganas de marcharse como yo de que lo hiciera.

Me baño rápidamente, no soporto siquiera tocarme yo, me visto con un vestido violeta que me han traído las criadas, supongo que es de mi hermana. Me queda un poco grande, estoy más delgada que cuando era más joven y eso se me nota, ya que siempre pude compartir ropa con mis hermanas sin ningún problema.

Bajo sin mucho ánimo a lo que creo que es el salón, en él se encuentra mi cuñado y James. Al verlo me da un vuelco el corazón: pensé que se marcharía a su hogar rauda para ver a su familia. Quiero correr otra vez a la protección de mi recámara, pero sé que es demasiado tarde cuando Alex me ve y con una franca sonrisa me invita a unirme a ellos. No puedo hacer nada por declinar la invitación, así que le ofrezco la mejor sonrisa y me acerco al fuego, él me ofrece cerveza o whisky para beber. Acepto la cerveza; el whisky es demasiado fuerte para mí, y más el escocés.

—Sarah, ¿son de tu agrado tus aposentos? —pregunta mi cuñado.

—Oh sí, por supuesto Alex.

—Brianna se pasó una semana arreglando todo para tu llegada —dice con una sonrisa que refleja todo el amor que siente por mi hermana.

—Estoy feliz de estar aquí —respondo y lo digo de verdad.

—Y nosotros de que lo estés —dice mirando a su hermano. James no ha

hablado en ningún momento, solo me mira y eso me está poniendo nerviosa. — He visto que Marie ha salido de tu alcoba algo afligida, ¿te ha molestado de algún modo? —pregunta serio.

—¡No! —exclamo horrorizada. —Por supuesto que no, solo que ella vio algo que la espantó, eso es todo —no quiero dar muchos detalles, pero tampoco deseo que Marie sea castigada por mi culpa.

—¿Que fue lo que vio? —pregunta extrañado, aun sin entender que tan malo ha sido lo que Marie ha visto.

—Tengo unas marcas algo feas en la espalda eso, es todo, fue un accidente —intento que no le dé importancia, no puedo mirarlo a la cara, James tiene un semblante que por un momento llega a asustarme, ¿que es lo que he dicho para enfurecerlo de ese modo?

Se levanta brusco y soltando maldiciones en gaélico se marcha sin mirar atrás, yo me siento horrible, siento que llegué a esta casa a perturbar la paz de todos.

—Disculpa al imbécil de mi hermano —espeta Alex enfadado —En ocasiones me arrepiento de no haberle zurrado cuando era más pequeño.

—¡Aquí estás, Sarah! Fui a buscarte y me asuste al no verte en la habitación —entra rauda mi hermana. Alexander la sienta sobre sus rodillas para besarla, yo aparto la mirada incomoda.

—¿Y James, esposo? —pregunta extrañada.

—Se fue hace unos minutos, necesitaba tomar aire —responde mi cuñado, yo le agradezco con la mirada su silencio y el solo asiente con una sonrisa.

—James cada vez está más raro, con los años empeora —dice Brianna con el entrecejo fruncido.

—¿Pasa mucho tiempo en Eilean Donan? ¿Helen no lo echa de menos? —pregunto sin poder contener ya mi curiosidad.

—¿No le contaste nada? —pregunta Alexander confundido.

—Durante estos años hemos hablado poco, y siempre he procurado no nombrarle a tu hermano...

—¿Qué es lo que debería haberme dicho? —exclamo ansiosa.

—Que soy viudo desde hace cuatro años —responde la voz grave de James desde la puerta.

Todos lo miramos, Alexander con pena, Brianna también y algo que no sé reconocer, y yo no puedo creer lo que acabo de escuchar, ¿Helen muerta? ¿Por qué? ¿Y el niño? No sé qué decir, nunca pude odiar a esa mujer y saberla muerta me entristece, era tan dulce y gentil...

—Lo siento James, ¿y tu hijo? —pregunto con miedo.

—Muerto —responde seco —¿Vamos a cenar de una vez? —se gira y se dirige hacia la gran mesa donde ya está todo servido.

Durante un buen rato nadie habla, estamos en silencio, yo estoy incomoda, solo quiero irme a mi alcoba y no salir hasta mañana, pero la llegada de Ian y Marie rompe esta tensión tan horrible.

—Buenas noches —saluda Ian, lo veo igual que la última vez que nos vimos, aunque puedo notar que su brazo no quedó bien del todo. —Lady Sarah, un placer volver a verla —dice inclinando su cabeza hacia mí.

—El placer es mío Ian, me alegro de ver que estas bien y que finalmente formaste una hermosa familia junto a mi adorada Marie.

Todos reímos, todos menos James, que está cenando en silencio, como si estuviera muy lejos de aquí. Me siento mal por él, perder al amor de tu vida es horrible, que la muerte te lo arrebató debe ser un golpe difícil de superar.

La cena pasa entre anécdotas y charlas amenas. James participa poco en las conversaciones. Cuando acabamos todos, nos sentamos frente a la chimenea. Los hombres beben y Brianna y Marie empiezan un bonito bordado. Yo no tengo nada que hacer y estoy muy cansada y así se lo hago saber a los presentes, me despido y me dirijo a mis habitaciones.

Ya dentro de ellas, me desvisto y me coloco el camisón, rezo mis oraciones. Esta noche rezo por el alma de Helen y su hijo. Estoy segura de que están en un lugar mejor, si alguien se merecía llegar al cielo, esa era Helen.

Me acuesto en la gran cama y rápidamente el sueño se apodera de mí.....

Estoy escondida en el pequeño armario de la cocina, sé que tarde o temprano me encontrará, no está lo suficiente borracho como para caer

dormido, y esa será mi condena.

—¡Sarah! —escucho que William grita mi nombre —¡maldita zorra! ¿Dónde te escondes? Sabes que cuando te encuentre será peor —ríe y yo sólo puedo temblar e intentar contener mis sollozos.

De repente la puerta del pequeño armario se abre, y aparece ante mi William, el discípulo de Satán, su sonrisa me deja saber lo que me espera, puedo ver que ya está excitado, hacerme daño le provoca un gran placer.

—Aquí estas maldita puta —escupe, mientras me coge fuertemente del cabello y me saca a rastras del armario. Yo grito y lloro, pero sé que no voy a encontrar un ápice de compasión en él.

Sé a donde me lleva, a esa habitación creada para la depravación, donde me encadenará y azotará casi hasta matarme, para luego violarme salvajemente.

—¡Entra! —me empuja y cierra la puerta, sé que no importa lo que grite, nadie me salvará. —Vas a pagar esta estúpida persecución, te azotaré cincuenta veces y luego follaré tu culo —se relame solo de pensarlo.

Me encadena con los brazos en alto, me arranca las ropas, dejándome desnuda, puedo escuchar cómo se desnuda él, siento la bilis subir por mi garganta.

El primer golpe llega fuerte y rápido, grito sin poderlo evitar.

El segundo siento como me hace brotar la sangre...

El tercero me hace gritar aún más fuerte, el solo ríe...

El cuarto vuelve a sacarme sangre, William se acerca a mi espalda y siento su lengua probando mi sangre.

—Deliciosa, como siempre pequeña zorra, mi padre hizo bien en traerte aquí —siento su miembro rozando mis nalgas y me aparto —¿Cuántas veces te tengo que decir que no te apartes? —sisea enfadado.

Me coge fuerte del cabello y siento como su miembro busca entrar en mí, sin ninguna piedad me penetra por detrás provocándome un dolor atroz, siento como si me partiera en dos...

¡No! —grito —¡Detente por favor! ¡Piedad! —grito hasta que mis cuerdas vocales no pueden más. Él no se detiene, entra en mi cada vez más,

brusco y rápido.

—¡Noooo! ¡me duele! —vuelvo a gritar...

Algo me está zarandeando, me saca de esta terrible pesadilla...

—¡Sarah, por amor a Dios! —escucho a mi ¿hermana?

Abro finalmente los ojos y veo que estoy en Eilean Donan, el hogar de Brianna.

En mi alcoba esta toda la familia, incluso mis sobrinos con sus semblantes asustados por mis gritos.

—Sarah, ¿que ha ocurrido? —pregunta ella sentándose a mi lado.

—Una pesadilla, lo siento por haberos despertado —susurro avergonzada.

—Eso no importa muchacha, nos asustaste, te retorcías como si te estuvieran matando, pedías piedad a gritos —espeta brusco Alex. —¿En qué demonios soñabas? —pregunta.

—Con el diablo —respondo como en trance. El recuerdo de la pesadilla aún me tiene presa del asco y del dolor.

—Mi niña, ¿qué es lo que te hicieron? —pregunta mi hermana angustiada. —No te salvé lo suficientemente pronto, ¿verdad? Ya te habían destruido.

—No importa Brianna, me salvaste y eso es lo que importa, esto es con lo que tengo que vivir —respondo, intentando tranquilizarla.

—Esto no es vivir, tal vez si hablaras de lo que te pasó... —habla por primera vez James, haciéndome ver que él también ha llegado hasta aquí por mis gritos.—No son solo pesadillas, son recuerdos, y te ocurre casi todas las noches, ¡demonios, temes hasta dormir! —espeta nervioso.

—¡Basta James! —ordena Alexander —¿Podrás volver a dormir?

—No lo creo, pero vosotros regresad a vuestras habitaciones, dormid que aún es temprano —solo quiero estar sola.

—Tía Sarah, nosotros podemos dormir contigo, si alguien se atreve a hacerte daño se arrepentirá —dice uno de los gemelos, todos soltamos unas risas al escuchar al valiente guerrero.

No puedo evitar sentir ternura por esas pequeñas criaturas...

—De acuerdo, si mis valientes guerreros desean custodiar mi sueño, no puedo negarme —digo sonriendo.

Ambos saltan a mi cama, y cada uno se tiende a un lado, quedando yo en el medio. Brianna nos mira con ojos empañados, aunque sonriente.

—Mis valientes hijos te protegerán querida hermana —salen todos uno a uno, el último en hacerlo es James. Su mirada es tan profunda y oculta tantas cosas que un escalofrío recorre mi cuerpo.

—Buenas noches mis guerreros —les digo.

—Buenas noches tía, duerme tranquila, nada ni nadie volverá a dañarte, palabra de Mackencie —responde Kaylan.

Se acurrucan contra mí y así, calentitos y seguros en la cama, dormimos los tres, y por primera vez en mucho tiempo mis demonios se mantienen lejos de mí.

Capítulo V

Eilean Donan, Escocia 1467.

(James Mackenzie)

Escuchar sus gritos pidiendo piedad, esos gritos de dolor atroz, me desgarran el corazón.

Aunque sé que no tengo nada que ver en lo referente a todo lo que vivió en casa de los McFerson, la culpa me invade, me corroe el alma.

Ella se refugió en una propuesta de matrimonio para escapar del dolor que le producía mi indiferencia y parece que es una broma cruel del destino, porque yo no era totalmente indiferente ante ella.

Brianna me dijo que odiaba verme feliz junto a Helen, sabiendo que su hermana sufría, y cuando fue testigo de los horrores a los que durante meses fue sometida, fue algo que no me pudo perdonar. Yo no entendía en ese entonces el porqué, ahora lo entiendo perfectamente, y hasta a mí me cuesta perdonarme.

¿Fui feliz con Helen? Sí, por supuesto...

¿La amé? Sí, locamente.

¿Entonces por qué una chiquilla me llamó tanto la atención?

Reconozco que cuando la vi por última vez en la segunda boda de mi hermano. No me gustó nada saber de su intención de casarse. Después el tiempo pasó y enterré los sentimientos encontrados que sentía por ella en los más profundo de mi mente, no me permitía recordarla y cuando murió Helen y mi hijo no quedo nada.

Me sentí vacío por mucho tiempo, ni siquiera volví a recordarla, ahora la tengo más cerca que nunca, pero tan diferente a la muchacha vivaz y alocada

del pasado. Recuerdo que siempre me seguía, intentando ganarse mi interés, muchas veces fui cruel con ella, pero no se rendía, tenía coraje y seguridad en si misma, ahora ya no queda nada de todo eso, ese fuego se apagó.

Lo apagaron a la fuerza, a base de abusos, golpes e insultos.

Aún no le he comunicado a Alexander, pero voy a matar a William MacFerson, alguien debe hacerle pagar todo el daño que le hizo a Sarah. Su padre ya está muerto y me alegra que Brianna matará a ese cerdo.

Se que Alex quiere encargarse él mismo, es el Laird, el cabeza de familia, pero no me importa ir contra sus deseos, el placer de matar a ese bastardo nadie puede arrebatármelo.

Pienso en cómo podría ayudar a esa pobre alma torturada. Brianna no sabe aún hasta que punto está dañada, va a ser una ardua tarea devolverle la paz a Sarah.

Es tan joven... no debieron arrebatarle a la fuerza la pureza, ni la inocencia de formas tan atroces. No es la primera mujer ni será la última a la que violan, pero por las pesadillas que la atormentan por el miedo a los hombres, puedo hacerme a la idea del calvario que ha debido pasar.

—Deja de culparte, James —ordena mi hermano, que me ha seguido cuando todos hemos salido de la habitación dejando a los gemelos con Sarah.

—¿Has visto como sufre por sus pesadillas? Durante el viaje, las noches fueron así, ni siquiera dormía porque no se fiaba de mí ni de mis hombres. He visto su espalda, tiene cicatrices, y ¡está marcada! —gruño si poder controlar mi furia —Ese miserable la marco con sus iniciales, ¡como si fuera ganado!

—Ese miserable ya está muerto y sabes que me encargaré de William, nadie daña a mi familia y vive para contarlo —y sé que lo que dice es cierto, años atrás mató a Isabella, la que fue su amante por muchos años.

—De eso quería hablarte, William es mío, quiero ser yo quien acabe con ese gusano —digo sinceramente.

—Sabes que eso no es posible, yo soy el cabeza de familia, tú no eres familia de Sarah ni su marido, nada te une a ella —responde lo que yo ya sabía.

—Sabes que nadie tiene porque saber que fui yo, de todas formas, no estoy pidiéndote permiso, solo te informo de un hecho, nada más ¡ese bastardo morirá por mi espada! —sentencio.

—No vamos a hablar más del tema —ordena perdiendo la paciencia, y yo sé cuándo debo guardar silencio, no por ello he cambiado de idea, tarde o temprano mataré a William MacFerson.

—Brianna tiene un largo camino para ayudar a su hermana, tal vez debería haberla dejado en la abadía —digo no muy seguro de si yo mismo le hubiera permitido encerrarse de por vida.

—Será largo, pero lo conseguiré, no dudes jamás del poder del amor, eso es algo que me demostró mi esposa hace años —dice sonriendo melancólico.

—Sarah necesita hablar, lleva todo el peso de sus recuerdos en la mente, y sé que nunca hablará con su hermana, no quiere hacerla sufrir —es algo que nunca pasará.

—Probaré yo a hablar con ella —responde mi hermano.

—No, ella te tiene miedo, no hablará contigo —estoy seguro de ello, pero existe otra razón por la que me niego, yo solo quiero saber que le hicieron esos animales.

—¿Me teme? ¿Por qué demonios? —exclama ofendido —¡James nunca le haría daño! —dice contrariado.

—Lo sé, Brianna lo sabe, pero Sarah teme a los hombres, y tú hermano asustas —respondo riendo, intentando que no se sienta mal por los temores infundados de Sarah, es algo que ella no puede controlar, al menos no aún.

—No creo que tú seas su persona favorita. Bueno, recorreremos el camino poco a poco, yo vuelvo a la cama con mi mujer, que estoy seguro estará culpándose, y tengo un buen método para hacerla olvidar hasta su nombre —dice riendo, yo me uno a su risa, me alegra verle así de feliz.

—Buenas noches hermano —lo veo alejarse y yo me quedo un largo rato mirando a la nada, pensando en todo y sin encontrar solución a el dolor de Sarah, y eso me está matando.

Cuando la mañana llega, casi no he dormido. He tenido una pesadilla

donde Sarah volvía a sufrir abusos por culpa de William y he despertado bañado en sudor y con una furia que no he podido aplacar. Me siento impotente ante todo lo que no puedo cambiar y me siento un traidor a la memoria y al amor de Helen, porque no sé si sabiendo todo lo que ocurriría por mi decisión, mi vida no hubiera sido distinta.

—Buenos días lindas damas —digo cuando veo a mi cuñada y a Sarah ya sentadas desayunando.

—Buenos días James, tienes mal aspecto ¿te sientes bien? —pregunta Brianna.

—Si claro, nada importante cuñadita, solo que no dormí muy bien.

Sarah ni siquiera dirige una mirada hacia mí. Está callada, atrapada en su mundo, esto es peor que cuando viajamos hasta aquí, al menos al día siguiente después de una noche de pesadillas no se encerraba en si misma, siempre tenía alguna pregunta que hacer, o yo tenía algo que explicarle, pero aquí es distinto, estamos rodeados de más personas.

—Hermana, los gemelos dicen que durmieron como angelitos contigo —Brianna intenta que su hermana despierte de su letargo.

—Sí, la verdad es que dormimos los tres muy tranquilos —hace el intento de sonreír sin conseguirlo.

—Siempre, que lo necesites, mis valientes guerreros están a tu disposición.

—Gracias —responde como si estuviera en trance ¿Qué demonios le ocurre?

—Sarah ¿te gustaría ver a los nuevos potrillos? Nacieron hace pocos días —ahora soy yo quien intenta hacerla reaccionar.

Me mira y, por un momento, la veo dudar. Quiere negarse, pero algo en mi mirada la convence de lo contrario.

—Me gustaría mucho, gracias por ofrecerte James —dice levantándose —Voy a prepararme, espérame.

—Aquí estaré —le digo con una sonrisa.

La vemos alejarse. Apenas ha probado bocado, veo el dolor y la pena en los ojos de Brianna.

—Creí que sería más fácil —susurra derrotada.

—Y será mucho más difícil cuando le digas la verdad —eso es algo que me preocupa aún más, que descubra que salió del convento por una mentira.

—Bueno, creo que no voy a tener que decirle nada —parece nerviosa.

—¿Como que no? Dentro de nada se dará cuenta que no engordas...

—James, creo que vuelvo a estar embarazada —susurra asustada.

—¿Crees? ¿Estás loca? Sabes lo que te dijo la partera cuando nacieron los gemelos, ¿en qué demonios piensa Alexander? —estoy asustado y furioso. Brianna sabe que sus partos son difíciles.

—Estoy feliz James, pero también asustada, ya no tengo dieciocho años, aún no se lo he dicho a nadie —me cuenta. Veo felicidad y temor en su mirada.

—Esto es una maldita locura, ¡dile a mi hermano que mantenga su tartán en el sitio! ¡Maldita sea! —me levanto y salgo hacia las caballerizas, espero que Sarah me busqué allí, aunque ahora mismo no soy muy buena compañía.

Odio los partos, les temo. Helen y mi hijo murieron luchando, Helen por darle la vida y mi pequeño por salir al mundo.

Aún recuerdo sus gritos de dolor, la sangre y su mirada de derrota cuando el niño nació muerto, eso acabó con las pocas fuerzas que le quedaban en su pequeño cuerpo. La sostuve contra mí durante horas, mientras se desangraba lentamente... verla morir fue lo más doloroso que he presenciado nunca. Los enterré juntos en mis tierras y siempre me aseguro de que tengan flores frescas. A Helen le encantaba la primavera, decía que el olor de las flores era lo más hermoso que había oído nunca.

Era una joven sencilla, pero valiente a la vez. Su muerte me devastó y ahora puedo enfrentarme a perder a otra mujer importante en mi vida, amo a Brianna, la hermana que nunca tuve, y estos meses van a ser un maldito infierno.

—¿James? —escucho que me llama Sarah —Brianna me dijo que te encontraría aquí.

—Sí... los caballos me tranquilizan desde que soy un muchacho. Ven, acércate —le pido intentando espantar los fantasmas del pasado.

Ella lo hace, asegurándose de dejar suficiente espacio entre ambos.

—Sarah, necesito que hables conmigo... los recuerdos te están destrozando, no hace falta que me cuentes todo, ni los detalles, ¡por amor de Dios! No soy un depravado, pero todos estamos preocupados y sabes que para tu hermana eso no es bueno —intento que me dé su confianza.

Ella se queda en silencio, mira sin ver al frente, acaricia a mi yegua preferida sin saberlo. Pasan los minutos y creo que es una causa perdida cuando de repente empieza a hablar.

—La primera vez que me golpeó fue en la noche de bodas, quería que le hiciera cosas asquerosas y que su hijo mirara.

Malcom no era capaz de acostarse con una mujer sin infligir dolor, le encantaba ver cómo William me violaba y me azotaba.

Esa noche Malcom no me tocó más que para darme una gran paliza. Fue William quien se encargó de consumar el matrimonio como ellos dijeron.

Nunca he sentido un dolor más atroz en mi vida, sentía que me estaba partiendo en dos, estuve casi una semana sin poder siquiera andar. Esa primera vez me quedé embarazada, cuando estaba en el cuarto mes de embarazo, Malcom me tiró por las escaleras, perdí el niño y que Dios me perdone, pero no lo sentí.

—Basta Sarah, desahógate poco a poco —le ordeno que se calle, porque no puedo seguir escuchando sin vomitar y no quiero que piense que ella me da asco.

Su maldita noche de bodas fue tan diferente a la mía con Helen. Yo, por supuesto que no era virgen, pero Helen sí y fui paciente con ella, ya que la primera vez duele, no puedo imaginar cómo sufriría esta muchacha en manos de esos miserables.

—No pienses que por contarte todo esto desaparecerán los recuerdos, nunca lo harán, me atormentaran hasta mi muerte —dice intentando contener el llanto.

—No tiene por qué ser así. Eres fuerte, debes luchar por enterrar todo eso en el fondo de tu mente, deja de atormentarte por tu pasado —le ordeno impotente. Sé que no es su culpa, pero no poder hacer nada por borrar esos recuerdos me producen más sentimiento de culpa.

—Eso es muy fácil de decir James Mackencie —escupe furiosa. —

¡Deja de mirarme con lástima! ¡No necesito tu maldita lastima, ni tus malditos consejos! Tú no has sido violado de mil formas distintas, no tienes cicatrices que jamás desaparecerán, no has gritado mil veces mi nombre clamando por ayuda —grita y creo que no es consciente de todo lo que ha confesado, pero a mí sus últimas palabras me han atravesado el corazón.

—¿Me llamabas? —pregunto casi sin poder hablar.

—Si, lo hice muchas veces, pero al final solo aguantaba sin hacer el menor sonido. Cuanto más chillaba o más te llamaré, más violentos eran ellos —contesta avergonzada.

—Si me hubieras escrito por ayuda, yo hubiera ido a tu rescate.

—¿Crees que quería verte, James? —pregunta —¿Crees que quería ver al hombre que amaba, el hombre que ya estaba casado con la mujer que le había robado el corazón?

—Entonces a Alexander, ¿no te merecías nada de todo eso! ¡Eras una niña! —grito ya fuera de mí.

—Deje de ser una niña en el momento que me arrebataron lo máspreciado a la fuerza, deje de ser una niña el día que mi marido permitió que su hijo me violara mientras él miraba con una sonrisa en el rostro —me contesta con violencia.

—¡Basta! —le ordeno derrotado, a mi mente llegan imágenes horribles —Por favor no te hagas esto, por favor lucha por superar esto, hazlo por tu familia, hazlo por ti.

—James deja de intentar algo que no tiene arreglo, ¡déjame en paz! Y sigue con tu vida, lo has hecho durante seis años, que siga siendo así —ella se dispone a marcharse, pero se lo impido.

—No entiendes nada, ¡maldita sea! —exclamo frustrado, pero no puedo explicar algo que ni yo mismo entiendo.

—¡Suéltame! —ordena —Sabes que odio que me toquen —lo hago porque no quiero hacerla sentir peor y ella aprovecha para irse lo más rápido posible, dejándome solo con los caballos.

Solo... solo... solo.

Como siempre he estado, como lo estoy desde que Helen murió.



(Sarah MacFerson)

¡Lo odio!

Odio lo que me hace sentir, odio que me haga recordar mis peores pesadillas, odio que sea el único que puede tocarme sin producir en mí esa sensación de asco que puede llegar a hacerme vomitar.

¡Odio a James Mackencie!

Después de una noche tranquila gracias a mis sobrinos, en el desayuno estaba avergonzada y un poco atrapada en mis recuerdos, pero James, como si en cada momento supiera como rescatarme, me ofrece salir a ver los caballos. Me encantan, así que aprovecho la ocasión para escapar de la mirada dolida e interrogante de mi hermana.

No sé que ha podido ocurrir en mi ausencia, solo sé que Brianna aún tiene más aspecto preocupado y que James no está en su asiento. Ella me informa dónde puedo encontrarlo y por su voz apagada sé que han debido discutir, no es el motivo, solo espero que no sea por mi causa, no parece que este ayudando mucho desde que llegué y ese no es mi propósito.

Pensé que su oferta no tenía nada que ver con lo de practicar su idea de contarle mi infierno, pero me equivoqué, y él también lo hace, no siento ningún alivio hablando de mi pasado, no siento que mis recuerdos desaparezcan por arte de brujería solo porque los expreso en voz alta.

Ahora me alejo lo más rauda posible de él, de su cercanía, de su tacto, de su mirada compasiva, no quiero nada de él.

Un día quise todo de ese hombre, pero el destino tenía sus cartas puestas ya sobre la mesa, ahora no quiero saber nada sobre el amor, y mucho menos sobre los hombres.

Voy tan rápido que no veo a mi cuñado y choco contra su fuerte cuerpo.

Me aparto como si me quemará y él intenta sujetarme para que no caiga de bruces al suelo.

—¡Sarah! ¡Tranquilízate! — ordena. Me quedo quieta y él me suelta.

—Lo siento Alexander, no te vi —me disculpo intentando seguir mi camino.

—Detente Sarah, conmigo no te servirá huir, yo no soy James —su potente voz me detiene. Lo miro y él me hace un gesto para que lo siga.

Lo hago, quedando unos pasos detrás de él. Alex no dice nada, solo camina y yo estoy cada vez más nerviosa.

Al fin se detiene. Estamos algo alejados de la entrada principal, parece que estamos ante una ¿capilla? Lo miro extrañada.

—La hice construir cuando Brianna volvió del clan de los MacFerson. Yo no sabía que había ocurrido, solo la veía rezar noche y día. Perdió peso y casi enfermó. Me enfurecí con ella, como siempre hago cuando algo se escapa de mi control, le pregunté qué demonios podía hacer para que volviera a ser la mujer de la que me había enamorado, ¿y sabes lo que me pidió? — me pregunta. — Una capilla, una pequeña capilla donde poder rezar, no la entendí.

—Ahora lo hago, rezaba por su alma, ella había asesinado a un maldito bastardo por salvarte, rezaba por ti, porque algún día volvieras junto a ella — dice sin mirarme. Yo estoy llorando, la culpa me corroe el alma y me deja en carne viva

—Lo siento tanto Alexander —digo casi sin voz.

—No tienes porque disculparte, ¡maldita sea, muchacha! ¡No es culpa tuya! —espeta furioso. Sé que intenta controlarse para no asustarme.

—Siento todo lo que Brianna ha tenido que pasar para salvarme —y lo digo de corazón, yo hubiera preferido seguir en ese infierno con tal de que mi hermana estuviera tranquila y feliz.

—Yo viole a tu hermana, Sarah —confiesa mirándome a los ojos. En ellos veo el arrepentimiento y la vergüenza.

—¿Qué? —pregunto sin poder creer tal barbaridad.

—Fue en las primeras semanas de nuestro matrimonio, yo estaba convencido de que la odiaba, de que me había arrebatado la oportunidad de

ser feliz con Isabella, y, en medio de una discusión por celos y reproches, la violé.

Me arrepiento cada día, me arrepentí incluso en el mismo momento, pero la deseaba, me hacía sentir cosas que incluso mi amante, a la que yo creía amar no era capaz de despertar en mí.

Ella me perdonó hace años, yo nunca podré perdonármelo a mí mismo. Te cuento esto para que entiendas que cada uno de nosotros tenemos demonios, cosas que queremos olvidar. Por ello, luchamos para superarlas, escondernos del mundo no nos hace cambiar el pasado.

—Entiendo lo que dices Alex, y comprenderás que esto que me has confesado es algo que jamás podré perdonarte. Hiciste daño a la persona que más amo, incluso más que a mi propia madre.

Yo que sé lo que es una violación, no puedo perdonarte esa acción contra Brianna.

Pero para mí sigues siendo el mismo hombre, que ama a su familia, un gran Laird, un gran guerrero.

—Gracias Sarah, entiendo tu postura. —dice algo avergonzado. —Y créeme que nadie me odia más que yo mismo.

—Creo en tu arrepentimiento, en tu dolor, lo veo en tus ojos, pero para una mujer violada eso no repara el daño, ¿cómo hicisteis para volver a compartir el lecho? —pregunto sin entender.

—Simplemente pasó, tu hermana me ha repetido hasta la saciedad que no se siente violada. En esos momentos sí sintió así, pero pasado un tiempo entendió que yo no le causaba repulsión, lo que la hirió es que la tomará por la fuerza, sin preocuparme por su dolor o por su placer, más aún después de nuestra noche de bodas, ya que fue mágica.

—Entiendo. Debería hablar con ella sobre eso, tal vez me ayude, ¿no crees? —pregunto sin muchas esperanzas. El caso de mi hermana y el mío son completamente distintos.

—Tal vez, habla con ella, lo necesita y tú también —sonríe y mira a la capilla. —Sé que te gustaría venir aquí a rezar, hazlo siempre que quieras, este es tu hogar pequeña Sarah.

—¡No soy pequeña! —respondo ofendida.

—Para mí lo eres, aún te recuerdo como la primera vez que te vi. Sigues siendo esa niña inocente, pero sin su hermosa sonrisa —dice triste.

—Ya no soy esa niña inocente, Alexander —estoy harta de que me comparen con la persona que fui hace años.

—Sigues siendo inocente, ya que la inocencia te la arrebataron, no la diste a alguien digno de ella. Aún sigue en ti, por mucha depravación que hayas vivido, ahora, si me permites, debo entrenar a mis hombres —se despide y me deja frente a esta pequeña, pero hermosa, capilla. Entro dispuesta a rezar un poco antes de ir en busca de mi hermana.

Rezo durante mucho tiempo, pidiendo perdón por muchas cosas, y rezando por nuestras almas. Después de mi ritual, me siento un poco mejor, dispuesta a empezar una nueva vida, a luchar y dejar a los demonios enterrados, donde deben estar.

Capítulo VI

Corte de Edimburgo, Escocia 1467.

—Mi señor, solicito la mano de Lady Sarah MacFerson, la viuda de mi amado padre —William MacFerson reza para que el Rey dé la orden que sabe que Sarah no podrá negarse a cumplir.

—¿Porque deseas casarte con la que fue mujer de tu difunto padre? —pregunta mientras bebe de su cerveza.

—La amo, mi señor —miento, miento porque sé que de esa forma no se negará, soy uno de sus mejores guerreros.

—De acuerdo, William MacFerson. Te concedo la mano de Lady Sarah, hoy mismo enviaré la orden, ¿dónde vive ahora mismo?

—Con los Mackencie, mi señor —respondo con toda la humildad que soy capaz. Él no debe saber cuáles son mis planes para esa zorra.

—Sea.... hoy mismo enviaré a mis hombres y dentro de tres semanas te casarás con ella.

—Gracias, mi señor —le hago una reverencia que no merece y me retiro a mis aposentos, donde Sebastien me espera. Maldito muchacho, aún no he conseguido doblegarlo.

—Sebastien, dentro de tres semanas volverás a ver a Lady Sarah. ¿No te alegra, pequeño bastardo? —pregunto cuando entro a mis habitaciones y encuentro a mi hijo en un rincón, protegiendo entre sus brazos a mi hija Marian. Ambos son bastardos, su madre una puta gitana que los abandonó pensando que yo les daría mejor trato, que equivocada estaba Elda, así se llamaba.

Una gitana irlandesa que llegó a Escocia con la esperanza de una vida mejor y acabó siendo solamente una puta que se vendía al mejor postor.

No obtengo respuesta de él, el miserable tiene una fortaleza digna de un guerrero escocés. Tan solo tiene doce años, pero se defiende como un animal salvaje, y la pequeña Marian, con tan solo nueve años, es un bocadito muy dulce que quiero probar, pero su protector hermano y yo hicimos un trato, yo dejo en paz a la mocosa y él hace todo lo que yo quiero, aunque hasta el momento no lo ha cumplido, y creo que es hora de reclamar lo que me pertenece.

—Deja a la mocosa en la otra habitación y ven aquí —Le ordeno mientras siento que mi miembro despierta.

Él no se mueve, solo abraza más fuerte a su hermana, pero sé perfectamente cómo puedo hacerlo reaccionar.

—Si no obedeces, tendré que divertirme con Marian, sabes que es un bocado más apetecible que tú —digo acercándome a ellos.

La reacción no se hace esperar, se levanta rápido y deja a su hermana en la otra habitación...

—Cierra la puerta, no quiero interrupciones —digo brusco.

Él duda, pero finalmente hace lo que le pido y sonrió complacido. Voy a disfrutar de este maldito bastardo, voy a disfrutar arrebatándole todo.

Tendré que disfrutar de Sebastien mientras espero a tener a la dulce Sarah en mi poder de nuevo. Voy a hacerle pagar por la muerte de mi padre y por los años que me ha privado de su delicioso cuerpo.

Voy a destrozarla... y cuando ya no me sirva, la mataré lentamente...



Eilean Donan, Escocia 1467.

—Brianna —llamo a mi hermana, que está en el huerto junto a algunas mujeres del clan —¿Podemos hablar?

—Claro Sarah. Señoras, discúlpeme —se despide de ellas y ambas

emprendemos el camino de vuelta al castillo.

—Me acaba de contar Alexander que al principio de nuestro te violó — le digo directamente porque no sé cómo sacar el tema.

Ella se queda en silencio, mirándome fijamente.

—¿Como ha sido capaz? Sabiendo por lo que has pasado, ¡voy a matarlo! —grita histérica.

—¡Brianna! —grito yo a su vez para que me escuche, para que se calme —Él me lo contó para que ambas habláramos, no debes culparlo.

—Sarah, esto es difícil para mí, yo me sentí violada en ese momento, pero lo que me dolió más fue que el destrozara el recuerdo de nuestra primera noche juntos, yo aún no sabía que lo amaba y mi cuerpo ya le pertenecía. Sus caricias me encendían, su cuerpo me llamaba, pero ese día solo se preocupó por su placer, por castigarme y eso fue lo que me dolió. Mi marido no me violó no en el sentido de la palabra, pero él aún carga con esa culpa, y nada de lo que yo diga o haga borrará eso.

—No puedo entender lo que dices, porque nunca he sentido más que asco y dolor cuando un hombre me ha tocado —le digo sorprendida por sus palabras.

—Y no sabes cuánto lo siento. Ojalá llegue el hombre que haga que tu cuerpo tiemble por sus caricias, que haga que te consumas de placer y tú lo hagas sentir igual.

—No lo creo posible, solo de pensar que un hombre puede tocarme siento náuseas —el solo pensamiento me enferma.

—¿Nunca me contarás qué te hicieron? —pregunta triste.

—Hay dolores tan grandes que no son posibles describir con palabras, y yo no quiero que tú sufras más de lo que ya lo has hecho —respondo firme.

—Ojalá hubiera ido antes a visitarte, pero el embarazo y parto de los gemelos me lo impidió durante mucho tiempo —sé que se siente culpable.

—Tú no tomaste la decisión de casarte con un hombre que podría ser tu padre, del que no sabías nada, yo buscaba huir del dolor por un amor no correspondido y encontré uno mucho peor.

—No sé cómo ayudarte —susurra impotente, con lágrimas en sus ojos

verdes.

—Solo sé feliz, vive la vida que yo no podré vivir —sonrió y la abrazo porque durante todos estos años separadas eché de menos refugiarme en sus brazos, donde desde pequeña encontraba consuelo.

—Prométeme que serás fuerte, que nunca te rendirás sin importar lo que ocurra —me súplica.

—Lo prometo —no muy convencida, pero por hacerla feliz soy capaz de todo.

—Vamos a buscar a los niños y vamos al lago, es precioso, podemos bañarnos allí. Siempre que podemos, Alex y yo vamos, es nuestro lugar preferido —sonríe contenta.

—De acuerdo, vamos, enséñame ese lago de ensueño —corremos como niñas riendo, buscando a los más pequeños de la familia.

Los encontramos jugando subidos a un árbol enorme. Yo me asusto mucho, pero mi hermana parece que está acostumbrada ya que solo les grita como loca y ellos obedecen una vez han oído que vamos al lago a nadar. Los cinco nos dirigimos acompañados por dos hombres Mackencie, uno es Ian, pero el otro no lo conozco y me pone nerviosa su mirada. Es joven, tal vez más que yo, y sé distinguir la lujuria cuando la veo, lo quiero lo más lejos posible de mí.

—Brianna ¿quién es el joven que acompaña a Ian? —pregunto asqueada.

—Es Artur, es un jovencito al que ya están entrenando, creo que es primo o algo así de Ian —responde —¿Por qué? ¿Te gusta? —pregunta esperanzada.

—¡No! —respondo demasiado alto —Es solo que me incomoda su mirada —le confieso.

—¿Su mirada? —pregunta sin entender

—Me mira con lujuria Brianna, y siento escalofríos solo de verlo —ella debe darse cuenta de mi temor, porque se detiene y mira a ambos hombres.

—¿Algún problema Brianna? —pregunta Ian alerta.

—Sí, dile a tu primo que no mire a mi hermana, no lo quiero cerca de

ella —ordena furiosa. El joven enrojece de golpe e Ian lo mira enfadado.

—Descuiden bellas damas, Artur vuelve ahora mismo a la fortaleza —ordena y el muchacho se marcha, no sin antes dirigirme una mirada asesina.

—Lo siento, no quiero causar problemas, pero me sentía muy incómoda —me disculpo avergonzada.

—Nada de eso hermana, no voy a permitir que nadie te haga sentir mal en mi propio hogar —me tranquiliza. —Sigamos, vamos a disfrutar de tan bello día.

Cuando llegamos a nuestro destino, la belleza del lugar me deja atónita, parece el paraíso.

Los niños sin pensárselo se lanzan al agua, con Ian vigilando y Brianna y yo nos sentamos en la orilla, el agua baña mis pies y esta deliciosa.

—Es hermosa tu patria, Brianna —le digo feliz de estar aquí.

—Sí, no echo de menos Inglaterra, echo de menos a mamá y a las demás, pero desde que papá murió ya no considero Inglaterra mi patria.

El recuerdo de mi padre me entristece, lo echo de menos cada día, amo a mi madre, pero para mí, mi padre era mi todo.

Al irse el algo de mí se fue con él, la poca cordura que me quedaba desapareció el día que recibí la noticia de que mi amado padre había muerto. Recuerdo que pasé días enteros llorando, casi sin comer, y esa fue la última vez que salí del convento hasta ahora. Su muerte fue el motivo que me decidió a ordenarme monja.

—Lo echo de menos, Brianna —susurro mirando al cielo, porque sé que es allí donde se encuentra.

—Eras la luz de sus ojos, nos adoraba —ella también mira hacia el azul del cielo.

—Él era mi todo, el hombre al que más he amado, ojalá todos fueran como él —digo pensando en todos los miserables que aún siguen con vida.

—Madre ya no es la misma, papá era su pilar, su gran amor —dice preocupada.

—Supongo que cuando pasas toda una vida con el mismo hombre, su

partida debe dejarte perdida. Ellos se amaban, desafiaron al mismísimo Rey y se casaron, me encantaba cuando nos contaban su propia historia como si fuera un cuento de hadas —sonrió al recordar mi infancia.

—Sí, no me imagino mi vida sin Alexander, no quiero ser quien le entierre primero —dice seria.

—No pienses en tonterías hermana, aún quedan muchos años por delante, no vais a morir ninguno de los dos.

Ella sólo asiente, pero noto en su mirada la preocupación, aún no hemos hablado sobre su embarazo, sobre el peligro que corre.

Las horas pasan volando y sin darnos cuenta está oscureciendo. Regresamos al castillo con los gemelos dormidos: Kaylan en mis brazos y su hermano en los brazos de Brianna, Valentina ha seguido el ejemplo de sus hermanos y duerme en brazos de Ian. Los pobres no quieren ni cenar, mi hermana me tranquiliza diciendo que Marie les llevará leche un poco más tarde.

Nuestra cena transcurre más o menos como la noche anterior. James es el más silencioso de todos, pero yo estoy dispuesta a integrarme más en esta maravillosa familia y no quiero pasarme la noche pendiente de él. Él libra sus propias batallas con sus demonios y yo las mías, pero ya que me han dado una tregua quiero disfrutarla.

Brianna está cansada y es la primera en retirarse. Alex se marcha con ella, de modo que solo quedamos Ian, Marie, James y yo.

—Ian ¿cómo conseguiste que Marie se casara contigo? —pregunto riendo, ya que me encanta ver los felices que son.

—Bueno Sarah, me costó bastante, mi mujercita es testaruda, y yo le había roto el corazón —dice con dolor en sus ojos. —Por ello me esfuerzo cada día por hacerla feliz.

—Lo estás haciendo muy bien guerrero —dice ella riendo, mientras lo besa. —Creo que es mejor que vayamos a dormir, mañana debemos madrugar.

—Buenas noches —me despido de ellos, dispuesta a marcharme yo también.

—No te vayas —su voz me sobresalta, ya que casi no ha hablado en

toda la noche. —Echas de menos lo que tienen ellos, ¿verdad? —me pregunta sin mirarme.

—No puedo echar de menos lo que nunca he conocido —contesto obvia —¿Y tú?

—Sí, lo echo de menos, a veces verlos juntos me mata, pero me alegro por ellos —escucharle decir que echa de menos a Helen me duele, y me enfado conmigo misma por sentir tal sentimiento.

—Lo siento, siento que Helen muriera y siento lo de tu hijo también — lo digo sinceramente —Ojalá hubiera muerto yo, yo no dejaba nada atrás, nadie a quien yo le importará.

—¡No vuelvas a decir eso! —se levanta furioso y yo retrocedo asustada —¿Crees que Brianna y tu familia no hubieran llorado tu muerte? —pregunta acercándose a mí.

—Sí, pero el tiempo hubiera calmado el dolor, más sin embargo yo no hubiera dejado ningún marido destrozado atrás, ¿o crees que Malcom hubiera llorado mi muerte? —Pregunto burlona.

—No seas estúpida —réplica alejándose por fin de mí. Siento alivio y a la vez desilusión.

—¡No me insultes! —le ordeno —Me marcho a dormir, no tengo porque soportarte —dispuesta a marcharme empiezo a caminar, pero su voz vuelve a detenerme.

—¿Sarah, puedo besarte? —pregunta y yo por un momento dejo de respirar.

—¿Que? —pregunto sin poder creer lo que he escuchado. —¿Porque querrías besarme?

—Porque llevo muchos años queriendo hacerlo, queriendo saber que se siente —me explica mientras vuelve a acercarse a mí. Yo retrocedo por instinto, aunque no quiero hacerlo.

Él está muy cerca, nuestros cuerpos se rozan. Siento su mano en mi mejilla, acariciándome. Tiemblo, pero no de miedo.

—No tengas miedo, nunca te obligaría a hacer nada que no quisieras, no voy a hacerte daño —me dice con sus labios rozando los míos. Mi corazón

quiere salirse de mi pecho, mi piel se eriza con su contacto y finalmente me besa, suave y tranquilo, sé que no quiere asustarme, pero no siento miedo, quiero más.....

Yo correspondo a su beso sin saber muy bien que hacer, paso mis brazos por su cuello y él me abraza fuertemente contra su cuerpo. Me pierdo en las sensaciones que me provoca, siento que estoy flotando, nunca había sentido esto ni sabía que era posible, y las palabras de Brianna llegan a mi cabeza... ¿se refería a esto?

Cuando James se mueve para rozarse contra mí es cuando vuelvo a la realidad, siento su dureza contra mí y eso me asusta, me hace recordar cosas que deseo olvidar y me aparto como si quemará.

Los dos jadeamos por falta de aire, nos miramos casi sin reconocernos, sin entender que es lo que ha pasado.

—Sarah... yo —sé lo que va a decir, que ha sido un error y no quiero escucharlo.

—No quiero escuchar nada James, buenas noches —salgo corriendo como la cobarde que soy.

Llego a mis habitaciones y en trance me desnudo y preparo para irme a dormir, pero solo doy vueltas y más vueltas en la cama.

¿Cómo he dejado que me besara? ¿Porque no me ha producido asco? ¿Él estaría pensando en Helen? Ese pensamiento me duele, ha sido el único hombre que me ha pedido permiso para tocarme, el único que no me ha dado asco su cercanía, al contrario, yo he sido la que lo ha abrazado buscando su contacto, su calor.

No sé qué hacer, no sé qué sentir....

Solo quiero dormir... y casi al amanecer lo consigo, sin pesadillas.

Han pasado varios días en los que he evitado a James, no ha sido muy difícil porque él tampoco se ha esforzado mucho en intentar hablar conmigo.

Si Brianna o Alex han notado algo, no han querido meterse por el medio.

Yo disfruto de mis sobrinos y de mi hermana. Me siento libre, llevo

noches sin despertar atemorizada y eso no me ocurría en años. Tal vez esto era lo que necesitaba, dejar de esconderme.

Estoy planeando ir a visitar a mi madre, ya que le envié una carta informándole de mi decisión de salir del convento y de que estaba con Brianna. Espero su contestación y mi deseo es verlos a todos pronto.

—Alexander, ha llegado carta de la corte —informa Ian. Mi cuñado nos mira confuso, pero se levanta de la mesa donde estamos desayunando y se marcha hacia donde está su segundo al mando.

No sé lo que contiene esa carta, pero sea lo que sea es malo. Mira hacia nosotros y con un gesto llama a James, él se levanta deprisa y acude a su encuentro. Sea lo que sea que pone en la carta hace que brome furioso y golpee su puño contra la pared.

—¡Hijo de puta! —grita colérico. Nunca lo había visto así.

—¿Qué es lo que ocurre Alexander? —pregunta preocupada mi hermana.

Yo no sé por qué, empiezo a temblar, es como un mal presentimiento. Estoy asustada, el corazón amenaza con estallarme en el pecho, ¿qué es lo que puede hacer que James reaccione así?

—Esto no lo pensamos cuando decidimos ir por ella, Alexander —exclama frustrado mientras se pasa las manos por su cabello castaño.

¿Ella? ¿Se refiere a mí? Un escalofrío recorre mi espalda y Brianna coge fuerte mi mano. Nos miramos asustadas aún sin comprender muy bien que es lo que ocurre.

Los dos hombres se acercan, puedo ver y sentir su furia apenas controlada. Alexander me mira con verdadera lástima y es cuando entiendo que tiene que ver conmigo, que la carta de la corte es sobre mí y empiezo a sentir náuseas.

—Brianna, es una carta de nuestro Rey, en ella nos explica que un guerrero ha solicitado la mano de Sarah —explica mi cuñado.

—¿Cómo es eso posible? Ella es inglesa —pregunta nerviosa.

—Al casarse con MacFerson, el Rey la considera súbdita escocesa —habla ahora James entre dientes, con puños apretados.

—¿Quién es el caballero? —pregunto yo casi sin voz, ya que el nudo que tengo no me permite casi ni respirar.

—William MacFerson —Dice de golpe —El Rey ordena que debes casarte con él en menos de tres semanas.

De repente se crea el caos, mi hermana grita como loca que no permitirá que ese cerdo vuelva a tocarme, Alex intenta calmarla, James amenaza con matarlo, Ian lo apoya, Marie se acerca a mi esperando mi reacción.

Mi reacción es... desmayarme.

Todo es negro, no escucho nada, pero alguien está zarandeándome para que despierte. Yo solo sé que no quiero hacerlo, si lo hago me obligarán a volver con William y no podría soportar ni un día más con ese miserable.

—¿Sarah? —abro los ojos y veo a todos a mi alrededor —¡Gracias a Dios! —es mi hermana quien me estaba llamando.

Estoy en mi habitación y ni siquiera sé cómo he llegado aquí.

—Llevas casi dos horas inconsciente, me has asustado mucho —explica.

—Estoy bien —intento calmarla —No ha sido una pesadilla, ¿verdad?

Nadie responde, pero por sus caras sé la respuesta.

No puedo, no podré soportarlo, no debí salir del convento, allí estaba a salvo.

—No te casarás con ese bastardo, iré a Edimburgo y hablaré con el rey —dice Alexander.

—Sabes que eso es inútil. William cuenta con el favor de Jacobo —responde Ian.

—Entonces tendremos que matarlo —habla James, tan mortalmente serio, que sé que lo dice en serio.

—¿Estás loco? ¿Acaso no me has escuchado? Es uno de los favoritos del Rey.

Pelean entre sí y yo no deseo causar problemas en el clan con su propio monarca.

—¡Basta! —grito —Nadie va a matar a William, ahora dejadme sola — ordeno.

Todos me miran como si estuviera loca, pero obedecen, al última en salir es mi hermana.

—Encontraremos una solución, no voy a permitir que te lleven —me promete. —Si tengo que matarlo igual que hice con su padre, lo haré —Sé que lo dice enserio. ——Descansa un poco.

Sale, dejándome al fin sola, y rompo a llorar de terror. No quiero volver a vivir ese infierno, sé que William quiere hacerme pagar por la muerte de su padre y lo hará de mil formas distintas. No soy capaz de soportarlo, de solo pensarlo quiero morir.

La muerte sería una salvación...

Capítulo VII

Castillo Eilean Donan, Escocia 1467.

(James Mackencie)

¡Esto es una maldita locura!

Jacobo ha ordenado que Sarah se casé con ese bastardo en menos de tres semanas, y me niego a pensar que no podemos hacer algo.

—No lo voy a permitir. Lo siento Alex, pero nunca permitiré que mi hermana vuelva al clan de los MacFerson —dice Brianna con la voz rota por las lágrimas.

—Mujer, ¿crees que yo permitiré tal cosa? —pregunta enfadado mi hermano —Hoy mismo salgo para Edimburgo, hablaré con Jacobo, que no olvide que soy uno de los Lairds que controla las fronteras.

—No servirá de nada, igual que no sirvió cuando os ordenaron casaros —respondo yo como en trance.

—¡Debemos hacer algo! Si mi hermana vuelve allí, ¡no lo resistirá! —grita —¿Crees que voy a dejar que se marche con él, sabiendo todo lo que le va a hacer? —pregunta acercándose a mi furiosa.

—¡Basta! —ordena Alexander a los gritos —¡Yo arreglaré esto! Si debo pagar a Jacobo lo haré, Sarah no volverá con los MacFerson —sentencia.

Se marcha a preparar todo para su viaje. Brianna parece esperanzada, pero yo conozco a Jacobo, me he pasado media vida en la corte. Él no va a dar su brazo a torcer.

Sarah se casará con William si alguien no lo mata antes.

Brianna rompe a llorar y yo intento consolarla, pero no sé qué decirle.

Soy consciente que Alex no logrará nada. Entonces, ¿qué podemos hacer? Incumplir una orden real se paga muy caro, aunque me atrevo a decir que Brianna sería capaz de todo por Sarah, al igual que yo.

—No puedo permitir que ella vuelva con él, ¡no puedo! —me mira a los ojos impotente, asustada, enfadada —Debí matarlo igual que al bastardo de su padre —maldice furiosa.

—No permitiré que se lleven a Sarah, Brianna, te lo juro —y lo digo muy enserio.

—¿Pero qué podemos hacer? —pregunta angustiada

—Primero esperaremos a ver si Alexander consigue convencer a Jacobo, si no, encontraremos otra solución, Sarah no abandonará Eilean Donan —sentencio.

—Júralo James Mackencie —me suplica con sus hermosos ojos rojos de tanto llorar, se me parte el corazón verla así.

—Lo juro Brianna, Sarah no saldrá de Eilean Donan, no se casará con William MacFerson —y eso es una promesa.

Dejo que Brianna se marche a sus habitaciones para tranquilizarse y me marcho para hablar con mi hermano. Esto es serio y estoy muy preocupado.

Lo encuentro en el patio de armas, dando órdenes a sus hombres y dejando al mando a Ian.

—Alexander, debemos hablar —le digo serio. —Sabes que ir a Edimburgo es una pérdida de tiempo, tiempo con el que no contamos.

—Hablaré con Jacobo, le contaré todo lo que Sarah sufrió en manos de William —responde casi sin mirarme.

—¡Eso no funcionará! —exclamo perdiendo la paciencia. —William no muestra su verdadera cara en la corte, no va a creerte.

—¿Y qué propones? —pregunta cansado.

—Matarlo —digo mortalmente enserio.

—¿A Jacobo? —pregunta extrañado.

—¡No imbécil! —estoy a punto de golpearlo —A William.

—Sabes que eso desatará una guerra entre los clanes, no podemos hacer eso —la voz de la razón ha hablado.

—No nos queda otra maldita opción. Si salimos ahora, podemos llegar allí al amanecer —estoy totalmente convencido.

—¡No voy a matarlo! —grita —No por ahora...

—¿Qué harías si fuera Valentina la que debe volver a las garras del bastardo que la destruyó? —pregunto sabiendo ya la respuesta.

Él no contesta, sabe tan bien como yo que, si ese fuera el caso, ese bastardo ya no estaría respirando.

—¿Porque te importa tanto? —pregunta.

—Le hice una promesa a Brianna —aparto la mirada...

—Creo que no es solo por eso. Voy a ir a Edimburgo, si Jacobo no me escucha, me veré obligado a empezar una guerra —se aleja y yo pego una patada a una piedra furioso.

Ian ha escuchado todo en silencio, me mira y yo solo siento ganas de molerlo a golpes.

—¿Qué demonios miras Ian? —espeto rabioso.

—Tu estupidez —sonríe cuando paro de andar en círculos, para asesinarlo con mi mirada.

—¿Quieres que te parta la cara? —pregunto molesto.

—Quiero ver cómo lo intentas niño —se burla —¿Cómo no te das cuenta de que esa niña siempre te importó?

—Deja de decir estupideces, solo me preocupo por Brianna, nadie se merece lo que Sarah ha sufrido —le digo intentando encontrar una forma de marcharme, odio que me mire como estúpido.

—Sigue mintiéndote a ti mismo, pero yo estuve a tu lado la primera vez que la viste —dice sonriendo.

—¡Amaba a Helen! —grito.

—No digo que no amaras a tu mujer, solo que Sarah siempre estuvo dentro de ti, quieras reconocerlo o no —y se marcha sin decir nada más.

¡Maldito idiota! Solo sabe decir estupideces, no sé cómo se atreve a insinuar que yo no amaba a Helen totalmente.

La amaba, su muerte casi me mato, fue el amor de mi vida y punto. Me niego a que sus tonterías me llenen la cabeza de pensamientos estúpidos.

Necesito tranquilizarme así que voy en busca de mi caballo y cuando lo preparo, salgo a galope de allí, necesito correr lejos, sentir el viento golpear mi rostro, necesito sentir la libertad.

Corremos largo tiempo, casi hasta salir de las tierras de los Mackencie. Estoy más relajado, pero el temor no desaparece y siento como un mal presentimiento, así que me dirijo de nuevo hacia Eilean Donan.

Cuando llego, veo a Brianna corriendo por el patio de armas, preguntando a todos los hombres algo que no logro escuchar, me acerco raudo hacia ella para que me explique qué ocurre.

—Brianna ¿qué pasa? —pregunto.

—¡Es Sarah! ¡No la encuentro! —grita histérica.

—¿Cómo que no la encuentras? —¿Dónde estará esa maldita chiquilla?

—No, no está en su habitación, ni en ningún lugar de la casa, y nadie la ha visto salir de la fortaleza —me explica nerviosa.

—Entonces no ha podido ir muy lejos —intento tranquilizarla. —Vamos a por un caballo para ti y te acompaño a buscarla, seguro habrá ido a pasear o al lago.

Ella asiente no muy convencida, se dirige deprisa hacia las caballerizas y yo ordeno a varios hombres que empiecen a buscar a Sarah, hasta que escucho sus gritos llamándome.

—¡Jameeeees! —grita fuertemente —¡Jameeeess, ayuda!

Corro con Ian y otros detrás de mí, con sus armas preparadas, pero cuando entro y veo la escena el corazón se me paraliza.

¿Qué hiciste Sarah?



(Sarah Mackencie)

Otra vez no...

No voy a resistir ese infierno otra vez.

Lloro durante horas, recuerdo cada una de las cosas que sufrí allí.

El simple hecho de pensar en que William puede tenerme en su poder de nuevo me revuelve el estómago, vomito todo lo que comí en el desayuno. Me siento enferma.

Se que, si no consiguen detener mi boda con él, me matará.

Pero primero me hará sufrir, me golpeará, tendré que sentir sus manos y labios sobre mi cuerpo, tendré que soportar ser violada por él de mil maneras horribles.

¿Qué habrá sido de Sebastien y Marian? Pobres niños, son los bastardos de William. Su madre, una gitana que fue amante de él, malvada y egoísta, dejó a sus hijos atrás cuando se dio cuenta que William nunca se casaría con ella.

Miles de veces intenté ayudarlos a escapar, aunque solo eran niños muy pequeños, vivir solos era mejor que hacerlo con su padre y con su abuelo, pero por desgracia jamás lo conseguí.

William estaba obsesionado con Marian y sé que Sebastien la protegía. Yo, muchas veces, ocupé su lugar, no estaba dispuesta que arruinara otra vida, yo ya estaba acabada y por ello siempre que podía me entrometía entre William y Marian o entre William y Sebastien.

El día que logré escapar gracias a mi hermana, estaba tan mal herida y tan asustada que ni pensé en ellos, otro pecado que cargo sobre mi conciencia. aquella última noche, la violación por parte de William fue más brutal que de costumbre porque impedí que violará a Marian. ¡Por amor de Dios! Solo era una niña, Sebastien estaba tendido en el suelo casi muerto por una paliza que había recibido por intentar salvar a su pequeña hermana, así que yo saqué el

valor que no sabía que aún conservaba y no le permití cometer semejante barbaridad. Él se enfureció y, después de golpearme, me violó desgarrándome el cuerpo. Yo solo pensaba que al menos no era Marian la que estaba en mi lugar, lo que más me avergüenza no es que solo mi hermana viera mi situación, si no que Sebastien fue testigo de todo, su abuelo lo obligó a mirar, y si no lo hacía, lo golpeaban más. Él solo lloraba y me miraba pidiendo perdón, por no poder ayudarme, yo en medio del dolor y la vergüenza con la mirada solo podía transmitirle coraje. Solo tenía siete u ocho años cuando pasó y Marian cuatro. No volví a verlos.

Pero no por ello dejé de pensar en ellos, de rezar porque les vaya bien, porque estén vivos y hayan podido escapar de su padre.

Mientras yo he estado escondida del mundo, ellos han debido enfrentar al mismo demonio, pobres criaturas, pero ni por ellos puedo volver allí. Que Dios me perdone, pero soy una egoísta que no tiene el valor suficiente para volver a esa casa, por ello llevo horas con un loco pensamiento.

Prefiero morir antes que volver al clan de los MacFerson...

Prefiero morir antes de volver a estar bajo el yugo de William.

Debo acabar con mi vida.....

Pero no puedo hacerlo sin despedirme, así que me dirijo hacia el cuarto de juegos de mis sobrinos y los encuentro jugando ajenos a todo mal.

—¡Hola niños! —exclamo feliz de verlos —¿A qué jugáis? —pregunto.

—A princesas y guerreros, tía Sarah —responde Valentina.

—¡Qué bien niños! —aplauzo —Estoy feliz de verlos tan bien y felices, debéis estar siempre unidos, debéis amaros y cuidaros ¿de acuerdo?

—Claro tía Sarah, nosotros seremos los guerreros más temidos de toda Escocia, protegeremos a Valentina con nuestra vida —responde el valiente Kaylan.

—Sé que lo seréis, sois Mackencie, los guerreros más feroces de las Tierras Altas.

Ellos asienten orgullosos, me besan y salen corriendo, yo contengo las lágrimas ya que será la última vez que los vea.

Valentina se acerca a mí y me acaricia la mejilla...

—¿Qué te ocurre tía Sarah? ¿Por qué siempre estás triste? ¿Es porque extrañas al abuelo? —pregunta con sus hermosos ojos mirándome fijamente.

—Sí extraño al abuelo, pero él siempre está conmigo, con todos nosotros —le digo abrazándola, rompiendo a llorar.

—Tía Sarah, no me gusta verte triste, tío James también llora a veces —dice en mi oído. —Echa de menos a tía Helen, ella también está en el cielo con el abuelo.

—Lo sé, la gente que está en el cielo no nos abandona completamente Valentina, no lo olvides —le digo, porque no es como decirle que yo también me iré pronto, aunque dudo que sea a al cielo.

—Te quiero tía Sarah —me abraza y yo a ella. Por un momento dudo de lo que voy a hacer, pero solo es un segundo.

—Y yo a ti Valentina, recuérdame siempre con amor, ¿vale? Yo siempre estaré contigo, cuida de tu madre y de tu padre y cuando veas al tío James llorar, dale un abrazo como este —sonríó y ella frunce sus cejas sin entender muy bien por qué le digo todo esto.

—Lo prometo tía Sarah —yo sonrió y la dejo seguir jugando...

Salgo del cuarto y me dirijo al mío para escribir una nota simple, sé que si veo a mi hermana o a James se darán cuenta de mis intenciones y eso es algo que no me puedo permitir.

Querida hermana, sé que probablemente no podrás perdonarme lo que voy a hacer,

pero no soy lo suficientemente valiente para volver a aquel infierno. Sé que tanto tú como Alexander harán lo posible por evitar lo inevitable.

Y yo no quiero luchar más, llevo muchos años luchando con los demonios que me atormentan, y estoy cansada.

Soy feliz de haber pasado estos días en vuestra compañía, dile a nuestras hermanas y a madre que las quiero y que lo siento mucho.

Dile a James que se perdone por todo el pasado y que deje descansar a Helen y a su hijo, el señor los llamó a su lado, donde ya no sufren dolor ni pena.

Espero que tengas una larga y perfecta vida, te deseo toda la felicidad del mundo, no me recuerdes con tristeza, no te culpes.

No te pido que no llores porque sé que lo harás, pero piensa que donde voy es un lugar mejor, incluso si ese sitio es el infierno.

Perdóname por favor...

Hasta que volvamos a vernos querida Brianna

Te quiero

Sarah

Estoy temblando y estoy asustada, pero decidida.

Me encamino hacia las caballerizas, donde el otro día vi unas vigas de madera fuertes, suficiente para soportar mi peso.

Tengo suerte y encuentro una cuerda lo bastante larga para mi propósito, lo preparo todo y en pocos minutos estoy lista para acabar con este calvario.

Busco una caja o taburete donde poder subirme y lo encuentro. Me subo sobre él y me coloco la soga al cuello. Rezo una última vez por mi alma, pidiéndole al señor que me perdone y logré entender por qué prefiero suicidarme antes que volver y casarme con William MacFerson.

Sé que no tengo mucho tiempo, ya escucho a Brianna llamarme y preguntar a los hombres si me han visto. He sido cuidadosa y sé que ellos no podrán ayudarla, pero debo darme prisa, seguramente el primer lugar donde busquen sea aquí.

Respiro aire por última vez, cierro los ojos y...

Salto...

La cuerda se cierra alrededor de mi cuello impidiendo que el aire entre en mis pulmones, siento la necesidad de levantar mis manos y luchar por conseguir respirar, pero me contengo. Mis pies se retuercen buscando el punto de apoyo que antes tenía, las lágrimas caen por mis mejillas porque estoy asustada, morir no es tan fácil como creía, duele...

Escucho a lo lejos como alguien se acerca, veo borroso, pero distingo a mi hermana. Cuando ella me ve, se paraliza por varios segundos, pero

enseguida se recupera y corre hacia mí, siento como me levanta cogiéndome de las piernas y la cuerda deja de ejercer tanta presión sobre mi cuello.

—¡Jameees!—grita mientras lucha contra mi peso —¡James, ayúdame! —vuelve a gritar llorando.

Me duele causarle este dolor y más estando embarazada.

Escucho como James acude al llamado de auxilio, con varios hombres detrás con sus espadas en mano, pensando que alguien estaba atacando a la mujer de su Laird.

—¡Cortad la cuerda! —dice mientras es él quien sostiene mi peso — ¡vamos! —grita, es Ian quien corta la cuerda que me ahoga.

Caigo al suelo casi encima de James, que me sostiene como si quisiera retenerme a su lado. Brianna cae de rodillas a nuestro lado y me da una fuerte bofetada que me gira la cara contra el pecho de James.

—¿Como se te ocurre? —me grita —¿En qué demonios pensabas? — dice zarandeándome.

Yo solo lloro, lloro porque siento alivio de que hayan podido salvarme, lloro porque lo han hecho.

Ella se marcha corriendo, los hombres la siguen por orden de Ian y James también ordena que él se marche quedando nosotros solos.

—No puedes vigilarme siempre, si lo he intentado dos veces, puedo hacerlo una tercera —susurro escondida contra el fuerte pecho de James.

—¿Porque lo has hecho, pequeña? —siento el miedo en su voz, lo noto temblar.

—Prefiero condenarme al fuego eterno, antes de permitir que William me ponga las manos encima.

No dice nada, solo me aprieta más junto a él y yo levanto mis ojos hacia su bello rostro. Él me mira, veo el susto en sus ojos, me mira los labios y sé que quiere besarme, pero también sé que él no lo hará, no sin pedirme permiso.

Así que sacando el valor que me queda, me acerco a él y lo beso, despacio, acariciando sus labios gruesos. Él por un momento no responde, pero finalmente comienza a responderme, acaricia con su lengua mi labio

inferior pidiendo permiso para adentrarse en mi boca y sin pensarlo se lo doy, no siento asco ni deseos de apartarme de su lado, me quedaría así para siempre.

Por desgracia debemos parar para respirar y nos quedamos mirando anonadados, hace unos minutos estaba a punto de suicidarme y ahora estoy en brazos del único hombre que he amado.

—No vuelvas a intentar suicidarte —me ordena, pero veo la súplica en sus ojos.

Cierro los míos, porque es una promesa que no puedo hacer.

—No me casaré con William —aseguro.

—No, ya te dije que no tendrías que hacerlo, debes confiar en mi —me dice mientras me ayuda a levantarme. —Empieza a ponerse morado tu cuello —me acaricia la zona donde mi piel está en carne viva.

Aunque ya estamos de pie, aún no me ha soltado y yo no quiero que lo haga.

—Si otro hombre pidiera tu mano, ¿lo aceptarías? —pregunta de golpe.

—¿Otro hombre? Lo dudo, aunque si ese hombre promete no obligarme a cumplir su derecho en el lecho...

—Si ese hombre prometiera tal desatino, ¿lo harías? —vuelve a preguntar.

—Sí, sí lo haría... a cambio de que él no me molestará jamás, yo no me opondría a que tuviera amantes.

—¿Te da igual que tu marido tenga amantes? —pregunta sin poder creérselo.

—Sí, yo no quiero acostarme con él, pero entiendo que para un hombre es necesario el sexo.

—¿Y el amor? —pregunta.

—Bien sabes que solo he amado una vez en la vida, no quiero saber nada del amor, mi marido tendrá de mi respeto, fidelidad y compañía, nada más.

Me mira como si tuviera algo importante que decidir, y finalmente

asiente.

—Así sea, debo hablar con Alexander antes que marche hacia Edimburgo —se marcha dejándome sola. Yo miro la cuerda que me ahogaba hace un rato, yace cortada casi a mis pies.

Mi posibilidad de suicidarme ha sido anulada por completo, sé que ahora estaré vigilada a todas horas.

Sólo me queda esperar y rezar.

Rezar por un milagro.

Señor ayúdame...

Capítulo VIII

Castillo de Eilean Donan, Escocia. 1467

(James Mackencie)

Cuando escucho los gritos de ayuda de Brianna lo primero que pienso es que nos están atacando, pero ver el cuerpo de Sarah colgar de una de las vigas de las caballerizas. Casi está inconsciente y Brianna la intenta sostener por las piernas para que la cuerda deje de asfixiarla.

Corro y aparto a Brianna un poco más brusco de lo que me gustaría y soy yo quien levanta el peso de Sarah. Ordeno a alguno de los hombres que corten la maldita cuerda, Ian es rápido y obedece enseguida.

Sarah cae sobre mi como un peso muerto. Brianna la golpea presa del miedo y el horror que hemos presenciado ante su intento de suicidio, ella solo llora, no sé si de alivio o de pena por no haber conseguido su cometido.

Brianna sale corriendo después de decirle que no va a permitir cometer semejante cobardía y sin darme cuenta estamos solos. Ella solo habla para decir que si lo ha intentado dos veces puede hacerlo una tercera y eso me hiela la sangre; verla como la he visto hace unos minutos me ha destrozado, saber que esta tan desesperada que no ha encontrado otra salida, más que acabar con su vida.

Si hubiéramos llegado un minuto más tarde ella estaría muerta, nunca más abriría sus hermosos ojos, ni podría verla sonrojarse ante mi mirada, ni siquiera podría escucharla hablar, aunque solo fuera para alejarme de ella, y tal pensamiento me deja helado. El haber estado tan cerca de perderla me ha hecho reaccionar, me ha hecho darme valor y hacer lo que tengo que hacer. Puedo ayudarla y sé cómo.

Voy a casarme con ella.

Cuando le pregunto si estaría dispuesta a casarse con otro hombre que no fuera William me sorprende su respuesta: ¿no le importará que su marido tenga amantes?

Ciertamente a Helen le hubiera roto el corazón si yo hubiera tenido una o varias amantes, pero entiendo que Sarah desee verse libre del deber de complacer a su esposo, ya que ella asocia el sexo con dolor.

Pero yo puedo demostrarle que no es así. Ella aun no lo sabe, pero va a ser mi mujer, solo espero que no se oponga, es la única forma de que Jacob no la obligue a casarse con MacFerson.

La cojo en brazos a pesar de sus protestas y la dejo en su habitación con Marie. Alguien debe vigilarla, no confío en ella.

Busco a Alexander, que debe estar consolando a su mujer, y no me equivoco. En el gran salón, un Alexander con una cara de pesar absoluto abraza fuerte a su mujer, que entre sus brazos haya el consuelo que necesita.

—Voy a casarme con Sarah —les digo nada más entrar.

Ellos me miran como si me hubiera vuelto loco, pero la primera en reaccionar es Brianna. Se levanta del regazo de mi hermano y viene hacia mí, y hace lo que no hacía en mucho tiempo.

Me abraza y solloza de alivio en mis brazos. Yo le devuelvo el gesto, apretándola contra mí y oliendo su aroma a violetas, el olor que siempre asocio a ella.

—Gracias —dice mirándome con una paz increíble —Muchas gracias —sonríe y eso me llena el corazón.

—¿Sarah lo sabe? —rompe el momento la voz de mi hermano.

—No, aún no —respondo mirándolo —La he dejado en su cuarto descansando, lo necesita.

—¿Las has dejado sola? —pregunta asustada Brianna, dispuesta a salir corriendo.

—Tranquila, está con Marie —la detengo. Ella asiente más calmada.

—Sabes que esto significa la guerra con los MacFerson, ¿verdad? —pregunta serio mi hermano.

—Lo sé, y posiblemente Jacobo me quite incluso mis tierras, pero no voy a permitir que Sarah se case con ese monstruo —respondo firme.

—Sea... —asiente Alexander. —Tienes mi apoyo. Si MacFerson quiere guerra, entonces los Mackencie iremos a la guerra.

—Debemos buscar el mejor momento para hablar con ella, ahora mismo es inestable —temo que mi propuesta la asuste aún más.

—Hablaré con ella más tarde, ahora yo también debo calmarme o soy capaz de matarla por cometer semejante estupidez —dice Brianna enfadada. —Claro que tú deberás proponérselo.

—Por supuesto —eso me pone de los nervios.

—No accederá tan fácilmente —argumenta mi hermano.

—Lo sé —suspiro —, pero ella debe entender que es la única solución posible. Además, yo accederé a sus absurdas normas.

—¿Normas? —pregunta extrañada Brianna.

—Si, antes le pregunté que, si se estaría dispuesta a casarse con alguien que no fuera William, y dijo que sí, siempre y cuando su marido tuviera una amante que le diera la libertad de no tener que compartir el lecho conyugal.

—¡Tú no tendrás una maldita amante! —me apunta furiosa con el dedo.

—No la tendré, ¿por quién me tomas? Nunca engañé a Helen y no engañare a Sarah.

—A Helen la amabas, James —dice mi hermano.

—¿Acoso osas Alexander Mackencie, intentar convencer a tu hermano para que sea infiel a la mía? —pregunta mi cuñada echando fuego por sus ojos.

—¡No! —exclama Alex —No me refería a eso, ¡maldita sea! Pero es un hombre, Sarah no será capaz de compartir su lecho con él.

—Puede que con el tiempo... —dice ella no muy convencida.

—Alexander, mi matrimonio será cosa mía, igual que yo no cuestionó el tuyo. Respetaré a mi mujer, y espero lograr que ella algún día me acepte.

—De acuerdo, Sarah es cosa tuya, pero te advierto que este matrimonio

será un infierno —contesta serio.

—¿Igual que lo fue el nuestro, Alexander? —pregunta ahora Brianna

—Deja de sacar conclusiones erróneas, ¡maldita sea mujer! —grita ya exasperado.

—Ni tú ni yo nos amábamos, Sarah siempre amó a James, eso es un comienzo, yo creo que pueden ayudarse mutuamente —responde ella sin inmutarse por los gritos de Alex.

—Pero nos enamoramos, James aun ama el fantasma de su mujer y Sarah tiene miles de demonios que combate cada día, ¿crees que va a ser fácil? —pregunta—Además que todo esto, desatará una guerra, y James puede perderlo todo en el proceso. Entiendo que quieras proteger a tu hermana, entonces entiéndeme a mí, si yo hago lo mismo por el mío —dice enfadado y sale dando un sonoro portazo.

Nos quedamos en silencio, sabiendo que las palabras de Alexander son muy ciertas. Yo puedo perder lo poco que tengo si Jacobo decide que es el pago por desobedecer una orden real.

Además de que estaremos condenando a los Mackencie a una cruda batalla contra los MacFerson. No son unos temibles guerreros, pero son tramposos y nada nobles en la lucha, no atacarán por delante, sino que lo harán a la espalda, donde más nos duele, y entiendo la preocupación de Alexander, ante todo es Laird, y debe proteger a su gente, pero a la vez es cabeza de familia y debe cuidar de Sarah, por no hablar que no quiere que su mujer sufra.

—Alex tiene razón, creo que no debes casarte con ella, podemos encontrar algún otro hombre.

—¿Que esté dispuesto a no acostarse con su mujer? —pregunto con burla.

—Dios santo, esto es mi culpa, seguramente William ha estado esperando todos estos años para reclamar a Sarah, si yo no hubiera sido tan egoísta como para sacarla del convento.... —dice sentándose cansada en una de las sillas.

—No es tu culpa Brianna, ese bastardo debe estar obsesionado con tu hermana, con la idea de vengar a su padre, y sabe que haciéndole daño a ella mata dos pájaros de un tiro.

—No sé qué hacer ¿y si la llevamos a Inglaterra? —pregunta esperanzada.

—Entonces involucrarás a tus hermanas, incluso a tu Rey —intento que entienda.

—Entonces estamos condenados, lo siento James, siento que te veas envuelto en este lío.

—Quiero casarme con Sarah, de alguna manera se lo debo, conmigo no tendrá nada que temer —quiero que entienda que no quiero causarle más daño.

—Rezaré todos los días porque encontréis lo que yo encontré con Alexander, recuerda nuestros comienzos James, recuerda eso cuando todo te parezca perdido —me dice abrazándome. —Voy a hablar con ella, luego deberás hacerlo tú.

Asiento y veo como ella también se marcha, dejándome solo.

Ahora llega el momento de la verdad, solo espero que ella no me rechace, no sé por qué el simple pensamiento de esa posibilidad me asusta.

Sarah, después de tantos años, tu y yo seremos marido y mujer, parece que el destino nos quiere juntos.



(Sarah MacFerson)

Marie no se marcha, no me deja sola, sé que James le ha ordenado no hacerlo.

No confían en mí y lo entiendo.

Me siento agotada, el cuello me duele horrible, ya que la cuerda ha dejado una marca que ya está empezando a volverse morada.

Alguien llama a la puerta y aparece mi hermana. Veo que aún está enfadada conmigo y trae algo entre las manos.

—Te traigo un ungüento para el cuello, se te va a poner morado —me explica, mientras con un gesto me pide que me siente.

Empieza a aplicarlo despacio sobre la zona dañada, me duele, pero aguanto sin hacer ningún gesto que demuestre lo incómoda que me siento ahora mismo.

—Lo siento...—susurro sin mirarla, no quiero ver en sus ojos la decepción.

—¿Por qué Sarah? —pregunta dolida —¿No pensaste en mí, en tus sobrinos? ¿En nuestra madre? ¿Crees que sería capaz de soportar la muerte de una de sus hijas?

—No pensé en eso, solo sentía miedo, terror al pensar que volvería a estar a merced de William —confieso.

—¿Pensaste que sería capaz de dejarte ir? Maté al miserable de Malcom y soy capaz de matar a su hijo —me dice sinceramente.

—¿Y crees que yo permitiría que Jacobo ordenara tu muerte por asesinar a uno de sus Laird preferidos? —es mi turno ahora de preguntar.

Ambas nos miramos con miles de sentimientos entre las dos: el miedo, la decepción, la tristeza.

—No debemos preocuparnos por algo que no pasará —afirma ella.

Yo no sé porque está tan convencida, pero entonces recuerdo las palabras de James y renace en mí las esperanzas Tal vez sí deba casarme para evitar el acoso del Rey y así evitar verme obligada a volver al clan MacFerson, seguramente ningún hombre es peor que William.

Alguien llama a la puerta y, sin esperar respuesta, la gran puerta se abre dejando paso a James. Lo veo un poco nervioso, pero cuando veo que mi hermana se levanta dispuesta a marcharse soy yo la que empieza a temblar, ella le sonrío y se marcha cerrando suavemente la puerta dejándonos solos, y eso no me gusta.

—Espero que estés más calmada —dice dirigiéndose a la ventana.

—Un poco, ¿a qué se debe esta visita James? —pregunto nerviosa.

Él no me responde inmediatamente, y siento deseos de acercarme a él y zarandearlo, pero claro, no lo hago.

—Hace un rato te pregunté si estarías dispuesta a considerar el matrimonio con otro hombre que no fuera ese bastardo —dice sin mirarme.

—Sí y yo te dije mis condiciones —respondo aun sin saber dónde quiere llegar.

—Alguien está interesado en pedir tu mano, incluso ya habló con Alexander —me explica mirándome por fin.

Yo no puedo evitar levantarme de la cama, donde hasta ahora estaba sentada. El miedo vuelve a invadirme.

—Y ¿ese hombre está dispuesto a aceptar mis condiciones? —pregunto preocupada.

—Tal vez... —dice el acercándose más a mí.

—Tal vez no es una maldita respuesta, si ese hombre no jura que jamás me tocará, no consentiré en casarme —exclamo enfadada.

Mi enfado nace del terror más absoluto al hecho de tener que entregarme a otra persona de nuevo, a tener que soportar el dolor y el asco.

—Sarah MacFerson, ¿quieres casarte conmigo? —me pregunta cogiendo suavemente mi mano temblorosa.

Yo no puedo asimilar su pregunta, no puedo creer que finalmente escucho las palabras que tanto deseé escuchar años atrás, pero ahora no producen en mí el mismo efecto. Siempre soñé con este momento, pero en mis sueños yo saltaba de felicidad a sus brazos, besándolo con ardor, deseosa de amarlo y que él me amará.

Ahora todo es distinto, ahora esto es por obligación, él no me ama y jamás lo hizo, y yo ya no soy capaz de sentir algo tan puro y hermoso como es el sentimiento de amar.

Cierto que el aún tiene el poder de estremecerme, tiene el poder de calmarme y desear que entre sus brazos todo desaparezca, pero eso no es amor, ¿verdad? Ese sentimiento murió poco a poco cuando acabaron conmigo entre los muros del castillo MacFerson.

—¿Es una broma, James Mackencie? —pregunto temblorosa.

—¿Crees que es el momento de hacer bromas? —me responde serio.

No, ciertamente no lo es.

—¿Por qué James? —pregunto —¿Por qué tú?

—Porque no tenemos tiempo que perder, porque no soporto la idea de que William pueda ponerte las manos encima, porque te lo debo.

Oír sus palabras me duele, es una respuesta fría, nacida del sentimiento equivocado de culpa que siente James.

—No me debes nada Mckencie, yo decidí casarme, yo solita me metí en la cueva del lobo —respondo enfadada.

—Yo fue demasiado brusco expresando mis sentimientos sobre tu enamoramiento por mí, tal vez si....

—¡Deja los tal vez! —le grito sin dejarle acabar sus estupideces. —Tú amabas a Helen, y mi destino fue enamorarme de ti, al igual que fue vivir el infierno en la Tierra. El pasado no vuelve, ni se puede cambiar, así que por favor te pido que dejes ese maldito sentimiento de culpa —cuando acabo estoy casi sin aliento. James me mira con sus hermosos ojos abiertos de par en par.

—No lo entenderías Sarah, y yo aún no me siento preparado para contarte, ni para analizar a fondo viejos sentimientos, pero la única solución es que nos casemos.

—¿Estás dispuesto a cumplir mis exigencias? —pregunto dudosa. Él seguramente ya tenga una amante, incluso más de una.

Él me mira en silencio, como si estuviera decidiendo que decir o hacer.

—No tengo ninguna amante Sarah.... —dice serio, como si le ofendiera tal cosa.

—Todos los hombres las tenéis, si no es así, búscala, seguro que no será un problema —respondo convencida.

—Dejé esa etapa de mi vida incluso antes de casarme con Helen, le hubiera partido el corazón que le fuera infiel y tú, mi futura esposa, me exige lo contrario —suelta una risotada.

—No me resulta gracioso Mackencie, es la única forma que consentiré en casarme contigo, debes jurar que no compartirás el lecho conmigo —respondo asustada, compartir el lecho con él sería difícil para mí.

—Me pides que no toque a mi esposa Sarah, que no duerma con ella, que no le haga el amor, que no tenga hijos, me pides un imposible, ¿no deseas hijos? —pregunta esperanzado.

Hijos... claro que deseo hijos, pero pasar por el doloroso proceso de crearlos me aterra.

—Me gustan los niños, pero no me gusta lo que debo soportar para crearlos —respondo avergonzada.

—Te propongo una cosa, no te tocaré, pero intentaré cada día de mi vida que superes tus temores y me permitas mostrarte lo hermoso que puede ser. Aún tenemos años por delante para tener hijos.

¿Puedo confiar en su palabra? ¿Puedo aceptar su propuesta?

No sé qué pensar, no sé qué hacer, lo único que sé es que no puedo regresar con William y muy en el fondo de mi corazón sé que James no me dañaría nunca.

—Acepto —digo en un susurro. Incluso creo que James no me ha escuchado, pero cuando lo veo sonreír y acercarse a mí, me doy cuenta de que sí lo ha hecho.

—No te arrepentirás Sarah, te protegeré, nunca te dañaría —en sus ojos veo sinceridad y un alivio enorme.

—Dios quiera que sea así James, no me decepciones —le suplico.

—Nunca pequeña, nunca —y me abraza, y por primera vez no me aparto, no siento la necesidad de poner distancia entre un hombre y yo.

Pero no es un hombre cualquiera, es James, el único hombre al que he amado.

Aún no puedo creerme que vaya a casarme con él, con James Mackencie.

Que Dios me ayude...

Capítulo IV

Hogar de los Mckencie, 1467.

(James Mackencie)

Escuchar a Sarah como acepta mi propuesta me hace soltar un suspiro de alivio, sin darme cuenta estaba conteniendo el aliento, no estaba seguro de poder convencerla, ya que no puedo darle mi palabra de nunca la tocaré.

Pero de algo puede estar segura, nunca la obligaré a nada que no quiera hacer, nunca le haré daño y siempre la protegeré de todo mal. Para mí es muy importante ayudarla a encontrar un poco de paz, y juro por Dios que me dejaré la vida en ello, quiero, no, necesito verla sonreír como lo hacía la primera vez que la vi.

Ahora debemos darnos prisa en organizar la boda, a pesar de las circunstancias, deseo darle una boda bonita, que ella pueda recordar con alegría, y sé que Brianna y Marie se encargarán de eso, pero debemos darnos prisa, a estas horas el mensajero que Alexander ha enviado a Edimburgo debe estar a mitad de camino para informar tanto al Rey como a William. Sé que me juego mucho, Jacobo puede quitarme incluso mis tierras, pero debo arriesgarme y tengo por seguro que William no se quedará de brazos cruzados, pero eso me dará un motivo para acabar con su miserable vida.

Después de hablar con Sarah, voy en busca de mi hermano para darle la noticia de que no me costó tanto convencerla como él afirmaba, sé que él está preocupado por esta decisión, no porque no quiera a Sarah, sino porque soy su hermano y su lealtad es para conmigo.

—Alex, Eilean Donan tendrá una nueva boda —digo entrando a los establos, donde está cepillando a su caballo.

—Entonces que Dios se apiade de nosotros —dice suspirando. — Parece que se avecina una guerra.

—Tal vez no sea así —intento tranquilizarlo.

—¿Crees que William MacFerson va a quedarse tranquilo cuando se enteré que no podrá ponerle las manos encima a Sarah? —pregunta riendo.

—Sé que no y eso me dará el motivo perfecto para atravesarle ese negro corazón —sentencio.

—James, amo a Sarah, ¿cómo no hacerlo? Y me duele en el alma todo lo que ha pasado, pero eres mi hermano, me preocupo por ti, igual que Brianna se preocupa por su hermana.

—Pues deja de hacerlo Alexander, yo protegeré a Sarah —le digo enfadado, ofendido por su temor a que no sea capaz de defender lo que es mío.

Marcho del establo furioso, sé que no soy un guerrero tan formidable y temido como mi hermano, pero estos últimos años aprendí mucho de él y sus hombres, incluso he luchado batallas junto a ellos, después de perder a Helen. Fui temerario buscando la muerte en el campo de batalla, sin embargo quitando de algunas heridas, nunca tuve a la muerte detrás de mí.

No sé dónde dirigirme y siento la imperiosa necesidad de visitar la tumba de Helen y mi hijo, pero para ello debo partir hacia mis tierras. Sarah estará segura aquí y yo volveré en un par de días. Informo a Brianna de mi decisión y algo en su mirada me dice que me comprende. Le pido que informe a Sarah, no soy capaz de despedirme de ella, no solo visitar la tumba de Helen es lo que me impulsa a visitar mi hogar, quiero dejar todo bien dispuesto, a mis hombres preparados para cualquier cosa que pueda ocurrir. Tampoco me despido de Alex ni permito que nadie me acompañe, necesito soledad, necesito despedirme del pasado para poder luchar por el futuro.

Me marcho veloz, con el aire golpeándome la cara y agitando mi pelo largo.

Mis tierras dejaron de ser un hogar la noche que Helen murió, por eso he pasado casi todo el tiempo entre Eilean Donan y las batallas, evitando volver donde aún tengo tantos recuerdos con mi difunta mujer, pero ahora ha llegado el momento de enfrentar los temores y las penas. Sarah merece tener un hogar bonito y que su marido pueda vivir en él sin el pesar de la pérdida sufrida tantos años atrás. No quiero que ella sienta que el fantasma de Helen se interpone entre nosotros, aunque sea así.

Al anochecer, cruzó el gran portón y soy recibido por mis hombres y sus mujeres, todos contentos de mi llegada. Aunque estoy cansado, me reúno con mis guerreros para informarles de lo que pueden esperar, quiero que refuercen la vigilancia y que cuiden muy bien a las mujeres, he decidido que después de la boda, regresaremos aquí. No puedo dejar a mi gente a merced de Jacobo o William y no estar aquí para luchar con ellos. Seguro que Brianna no está conforme con esta decisión, pero sabré convencerla, solo rezo para que Sarah no oponga resistencia, estamos cerca de Eilean Donan y cuando el peligro pase podremos volver al menos hasta que el hijo de Brianna nazca y todo haya salido bien.

Después de informar de mi próximo matrimonio, recibo las felicitaciones de los míos, de todos ellos menos de Glenda.

Glenda fue la criada de confianza de Helen. Incluso después de su muerte no ha querido abandonarla; me pidió permiso para quedarse en mis tierras, no quería volver a su clan, según ella, no le quedaba nada allí. Yo lo permití, fue una amiga leal para Helen, aunque a mí siempre me pareció una mujer un tanto extraña.

Nunca le di importancia, porque Helen la adoraba, incluso pidió que fuera ella quien ayudaría a la partera la noche que ambos murieron. Vi cómo Glenda se consumía poco a poco y no tuve corazón para echarla. En los días que solo me emborrachaba para ahogar el dolor en alcohol, ella era la que me ayudaba a llegar a mi cama, la que a la mañana siguiente tenía un remedio para la resaca esperando por mí, la que lloraba conmigo la pérdida del ser más bueno y hermoso que habíamos conocido.

Pero todo cambió, una noche que, en medio de mi borrachera, comenzamos a besarnos, no sé muy bien quien besó a quien primero, pero estuvimos a punto de cometer una locura. Al día siguiente me marché y no he vuelto mucho desde entonces.

Las pocas veces que he venido, han sido pocos días y Glenda siempre ha intentado hablar sobre aquella noche, pero yo no desee hacerlo. Fue un error que cometí en medio del estupor de la borrachera y no quiero confundirla o dañarla, nunca fue una mujer que me pareciera hermosa. No es fea, pero nunca sentí nada por ella, ni lo hacía entonces, ni lo hago ahora.

—¿No me felicitas por mi próximo matrimonio, Brenda? —pregunto.

—No tengo nada que celebrar mi señor, nunca reconoceré a ninguna nueva señora, mi fidelidad es para Helen Mackencie —responde seria.

—Reconocerás a Sarah como mi esposa —ordeno furioso. —No hagas que me arrepienta de no haberte echado de aquí.

Ella no vuelve a hablar, se marcha sin afirmar que respetará a Sarah y eso me preocupa. No quiero que nadie la haga sentir mal en ningún momento, quiero que la respeten y la ayuden a sentirse querida y valorada en su nuevo hogar.

Si Brenda no obedece, deberé tomar cartas en el asunto, aunque espero recapacite y pueda servir a mi nueva esposa como hizo con Helen hasta el día de su muerte.

Después de resolver todo y antes de que anochezca, me dirijo hacia lo alto de la colina, donde están enterrados mi hijo y Helen. La tumba está limpia y bien cuidada, de ello se encarga Brenda. Las flores están frescas como a Helen le gustaban...

Al leer la lápida se me instala un nudo en la garganta.

Helen y Jamie Mackencie.

Dos nombres que significan tanto para mí... que fueron mi mundo años atrás.

—Siento no visitaros más a menudo, pero he estado enfadado conmigo mismo y con el destino por separaros de mí —les digo arrodillándome. —Voy a volver a casarme, Sarah necesita mi ayuda, no pienses que he dejado de amarte o que voy a hacerlo. Mi corazón es tuyo, mi amada Helen, pero debo seguir adelante, siento que se lo debo a Sarah. Esa niña tambaleó mi mundo desde el primer momento en el que la conocí —le confieso avergonzado. — Pero te juro que jamás te engañé, te amaba y lo seguiré haciendo, cuida de nuestro hijo hasta que nos volvamos a ver —me despido y vuelvo con pasos lentos hacia el hogar.

Ahora que ya he hecho lo que necesitaba hacer, es hora de volver a Eilean Donan para casarme. Mañana, al despuntar el alba, emprenderé el camino para llegar a la hora de la comida, no quiero analizar por qué necesito regresar con tanta premura al hogar de mi hermano, no quiero buscar los motivos, porque temo las respuestas...



Eilean Donan, 1467.

(Sarah MacFerson)

Cuando Brianna me ha informado de que James había partido hacia su hogar para arreglar algunos asuntos, me he sentido abandonada, ni siquiera se ha despedido de mí.

Es la primera vez que nos separamos, desde que vino a por mí a la Abadía. Sé que él está arriesgando demasiado por mí, pues así me lo ha explicado Alexander. Está preocupado por su hermano y lo entiendo, incluso le ofrecí la oportunidad de que al volver James a Eilean Donan hablaría con él para rechazar su oferta de matrimonio, y de esa forma salvarlo de la ira del Rey y de William.

Pero se ha negado en rotundo, él también quiere protegerme, pero siento que estoy conduciéndolos a todos al desastre.

Mi hermana y Marie están eufóricas preparando todo para la boda, las flores, la comida, mi vestido...

Y yo estoy en el limbo.

Todo me parece bien, es como si estuviera en un sueño y aún no pudiera creer que voy a casarme con el único hombre que he amado en mi vida.

Pero tengo miedo, sé que James me ha jurado que nunca me tocará sin mi permiso, pero los hombres son traicioneros, puede mentirme y una vez bajo su yugo hacer conmigo lo que quiera. Sé que él no es igual que los MacFerson, pero es difícil dejar atrás los viejos temores.

Mi mayor miedo es la noche de bodas. Sé que el matrimonio debe consumarse, ¿cómo lograré dejar que me toque? Sabiendo el dolor que me causará, sabiendo que no será a James a quien vea encima de mí. De solo

pensarlo siento ganas de vomitar, sé que la boda es dentro de tres días, sé que mi prometido llegará a tiempo, pero no estoy tan segura de poder cumplir mi deber en la noche de bodas, que Dios me ayude cuando llegue el momento.

—Sarah, ¡debes volver a probarte el vestido, creo que Marie ya hizo los arreglos necesarios y va a quedarte perfecto! —exclama feliz Brianna.

—De acuerdo —digo aun inmersa en mis temores. Ella parece darse cuenta de que algo me preocupa.

—¿Qué ocurre? —pregunta dejando el vestido sobre la cama.

—No voy a poder —susurro dejando que el terror se apodere de mí.

—¿Qué es lo que no vas a poder hacer? ¿casarte? ¡Por amor de Dios, Sarah! —se desespera —¡Es la única manera de salvarte de MacFerson! —grita.

—No es por la boda —respondo avergonzada. Ella me mira sin saber a que me refiero. —No voy a ser capaz de compartir mi lecho con él —confieso.

Ella cierra los ojos con dolor, suspira al comprender mis miedos, se acerca a mi y me abraza. Dejo que sus brazos me tranquilicen, como tantas veces a hecho en el pasado.

—Entiendo tu temor, pero debes saber que James no te obligará a nada lo sabes, ¿verdad? —pregunta preocupada.

—Lo sé, pero soy consciente que el matrimonio debe ser consumado.

Ella asiente, sabe tan bien como yo que así son las cosas y no podemos cambiarlas.

—Habla con él, no tiene por qué ser esa misma noche, podéis mentir, ambos sois viudos, se da por hecho que ninguno es virgen —responde esperanzada.

No sé qué decir, lo que dice es cierto, nadie espera que ninguno sea virgen a estas alturas, ambos hemos estado casados.

—No sé lo que haré cuando llegue el momento Brianna —suspiro cansada.

—Debo preguntarte algo... ¿James te parece atractivo? ¿Te resulta

repulsivo? Una vez lo amaste, tal vez no te sea difícil compartir su lecho.

—Lo amé, sin embargo, ahora ya no soy capaz de sentir ese sentimiento por ningún hombre, y James no me repugna, solo que para mí es prácticamente impensable dejar que me toque, solo pensar en el dolor que me va a causar — digo a punto de romper a llorar.

—Cariño —dice mi hermana con ternura —, no tiene por qué doler, hacer el amor es mágico, alcanzas el cielo, es horrible que esos bastardos te hayan arrebatado algo tanpreciado como conocer el mayor placer del mundo a manos del hombre amado.

—Tú no has conocido las barbaridades que yo he padecido Brianna, y pido a Dios que jamás las conozcas, pero yo no sé nada de lo que hablas.

—Tal vez si le das una oportunidad a James... —no la dejo terminar, porque el miedo y la impotencia se apoderan de mí.

—¡No lo entiendes Brianna! —le grito —¡No puedo! Lo dices como si yo no me esforzaré en superar mi temor. El problema es que en el momento en que James me toque, que se ponga encima de mí, no será a él a quien vea, no será el quien estará poseyendo mi cuerpo.

Ella ha perdido el color de su rostro, tiene el dolor reflejado en sus hermosos ojos y yo me siento culpable por pagar con ella mis frustraciones. Ella esta en estado, además un embarazo con demasiados riesgos y yo le añado más preocupaciones, soy una hermana horrible.

—Solo quería ayudarte —susurra, se da la vuelta dispuesta a marcharse y dejarme sola de nuevo, pero no es lo que quiero, no es lo que necesito.

La detengo y le pido mil veces perdón mientras la abrazo. Ella me devuelve el gesto, ambas pasamos así abrazadas mucho tiempo.

Esa noche mis pequeños sobrinos vuelven a dormir conmigo, las pesadillas regresan más fuertes y reales que nunca. Es como si pudiera oler a William en mí. Lo que más desesperación me causa es que por primera vez en mucho tiempo Sebastien y Marian aparecen en mis pesadillas. Soy testigo de las crueldades que su padre les hace y no puedo hacer nada por ellos, la culpa por abandonarlos no me abandonará jamás.

Dentro de dos días seré Sarah Mackencie y que Dios nos ayude a todos, pues estoy segura de que William no se conformará, sé que quiere matarme,

solo espero que no dañe a nadie de mi familia para llegar hasta a mí.

Solo deseo que el sacrificio de James no sea en vano...

Capítulo X

Eilean Donan, 1467.

Han pasado dos días, James llegó al alba como prometió.

Sé que pretende que después de la boda partamos hacia sus tierras, que quedan al norte no muy lejos de aquí. Él sabe sobre mi preocupación sobre estar lejos de mi hermana y me ha prometido volver mucho antes de que ella dé a luz, porque cuando ese momento llegue quiero estar a su lado dándole fuerzas necesarias para lograr sobrevivir.

El gran día ha llegado, hoy es el día de mi boda. Juré que nunca más volvería a casarme, pero no tengo más remedio, es algo necesario si quiero salvarme, si quiero vivir lo que me quede de vida en paz.

Este día es tan distinto al de mi primera boda... aquel día solo contaba con la compañía de mis padres. Ninguna de mis hermanas pudo venir, ahora estoy rodeada de mujeres Mackencie, de Marie, a la que considero una gran amiga, mis sobrinos y mi hermana. Alexander supongo que está con James, según me ha informado Marie, su esposo Ian también esta con él.

Yo estoy nerviosa, asustada por el futuro incierto, y sé que James también esta preocupado, lo veo en sus ojos, igual que la culpa.

Sé que siente que esta traicionando a Helen, no soy tonta, sé que él no me ama y no lo hará nunca, ¿me duele? Sí, no puedo mentir.

Pero hay otras cosas que causan mayor dolor, ya no soy aquella niña cegada por el dolor de un amor no correspondido.

He madurado a base de golpes y dolor, ahora sé que el amor que se profesaban mis padres o Alex y Brianna es un verdadero regalo, que no siempre es concedido, y yo no estoy destinada a ello.

Respiro hondo y salgo de la tina de agua perfumada que Marie me ha preparado, me seco y me pongo las enaguas y la camisola bordada. Brianna

me ayuda a vestirme parlotando feliz, tanto que solo puedo contestarle con sonrisas, verla feliz me da felicidad a mí.

Mi vestido es sencillo, de color marfil, ya que ya no tengo derecho a llevar el blanco que simboliza pureza. Recuerdo que discutí con James esta cuestión, él se empeñaba en que vistiera de blanco alegando que yo no me entregué por propia voluntad a mi difunto marido, pero no logró convencerme para tal propósito, mi alma atormentada no me lo permite.

Una corona de flores frescas adorna mi cabello cobrizo. Marie lo ha peinado tantas veces que esta suave y brillante, hacia años que no lo llevaba suelto y me llega hasta la parte baja de la espalda.

Ya estoy lista, sé que los invitados están fuera, desde aquí escucho el bullicio de la música y la gente riendo y cantando.

Respiro profundamente, sé que Alex esta esperando para llevarme junto a James. Los nervios me están volviendo loca, pero decido que ya es momento de dejar de esconderse, abro la puerta y como suponía Alexander está esperándome. Con su tartán está muy apuesto.

Para mí esto es un sueño. Caminar hacia él. Si esto hubiera ocurrido hace años, cuando apenas era una niña que no sabia nada de la vida ni del amor, cuando era pura y sin mancha alguna, ahora mi cuerpo carga cicatrices que nunca desaparecerán y mi alma está torturada por los recuerdos de las atroces torturas que sufrí.

Llego hasta él y Alexander me deja a su lado. James me mira intentando tranquilizarme.

—Estás hermosa —susurra en mi oído...

No me da tiempo a contestarle, el sacerdote comienza la ceremonia. Casi no escucho sus palabras, no es hasta que siento que James me sujeta la mano entre las suyas que presto atención, el sacerdote me ha preguntado si acepto a James y todos están esperando mi respuesta ¡qué vergüenza!

—Sí, acepto —digo en voz alta y clara.

Ahora es el turno de James, y sin titubear ni un segundo contesta.

—Acepto —su voz fuerte y clara resuena en mis oídos.

Ya está hecho... somos marido y mujer, soy la esposa de James

Mackencie.

Todos nos dan la enhorabuena. Yo sonrío y asiento no puedo decir nada, aún no me puedo creer que haya vuelto a casarme y estoy asustada de que llegue la noche.

Sé que es mi deber entregarme James, sé que se debe consumir el matrimonio, pero no voy a poder, espero que James cumpla sus promesas.

Brianna y Marie han preparado un gran banquete, la bebida y la comida abunda, todos parecen felices, y yo intento disfrutar de este día, pero mis temores me lo impiden.

—Sarah —me llama mi hermana. Me acerco hasta donde esta con Marie —¿Que es lo que te ocurre?

—Tengo miedo —confieso, porque me están volviendo loca mis pensamientos.

—James no te va a dañar, si no quieres que te toque, no lo hará —sentencia.

—Disfruta de este día Sarah, es algo único en la vida —suspira Marie feliz, mientras se acaricia su vientre abultado.

—¿Como fue tu boda con Ian? —pregunto, intentando olvidar mis preocupaciones.

—Mi boda fue hermosa, Ian estuvo insistiendo durante mucho tiempo, pero yo no era capaz de perdonarle, pero un día pensé que lo perdería para siempre, sabes que su brazo no ha sanado, pero él se empeña en seguir combatiendo. Lo hirieron Sarah, llegó medio muerto y fue cuando me di cuenta de que el amor es más importante que el orgullo. Lo cuidé y acepté ser su mujer, y no me arrepiento de haberlo perdonado, de haber dejado los malos recuerdos y el dolor en el pasado.

—Entiendo, debe ser hermoso amar así y que te correspondan —digo ahora más triste.

—¿De qué hablan mujeres? —me sobresalta la voz de mi cuñado y lo acompaña James, que me mira interrogante.

—Marie le contaba cómo hizo sufrir a Ian por su estupidez —contesta mi hermana, haciendo que ambos hombres suelten una carcajada.

—Esposa, ven —me llama mi ahora marido. —Vamos a bailar.

—No sé bailar esto —pongo como excusa.

—Es fácil, ven —me agarra de la mano y no puedo negarme.

Veo como bailan varias parejas y James sigue los pasos sin problemas, y por increíble que parezca no me cuesta seguirlos a mí tampoco. Por un rato olvido todo y me divierto, río como hacia tiempo no lo hacía. Después de bailar con mi esposo, lo hago con Alex, con Ian, incluso con Brianna y Marie.

Las horas pasan volando y empieza a oscurecer, varios hombres se van al lago que está cerca. Brianna me explica que es tradición hacerlo y me informa que Marie volvió a prepararme un baño, que mientras James se baña en el lago, yo puedo hacerlo en nuestro dormitorio.

Ella me ayuda a desvestirme y me ayuda a lavarme el cabello de nuevo, incluso me ayuda a cepillarlo como cuando era pequeña y me lo cepillaba todas las noches antes de dormir.

—No temas Sarah. Por favor, deja que todo ocurra...si no te sientes preparada, James sabrá entenderte —intenta consolarme.

—Lo intentaré Brianna, te prometo que deseo ser una buena esposa para James, sé que no me ama, que Helen fue y será el único amor de mi esposo.

—¡Eso es una tontería! —exclama —Alex creyó amar a Isabella durante años, pero se enamoró de mí, James amó a Helen, pero puede volver a amar, y él se enamorará de ti.

—Me conformo con que cumpla su palabra —respondo sin querer ilusionarme.

—¿Sarah? —me llama cuando esta por salir de la alcoba —Deja de intentar esconder tus cicatrices, ya las vi.

Sale sin dejar que le responda, no me había dado cuenta de que lo hacía, tal vez es una costumbre.

Ahora estoy sola, vestida con un hermoso camisón bordado, pero su tela es fina y me siento desnuda. No me siento cómoda, decido meterme en la cama, me quedo sentada mirando la puerta, esperando que se abra y aparezca el hombre que hoy tiene el derecho de hacerme suya.

Pasan lo que parecen horas y cuando escucho un golpeteo en la puerta y

cómo esta se abre para ver entrar por fin a mi marido. El corazón se me desboca.

—Sarah... —dice sorprendido de verme despierta —¿Qué haces despierta? —pregunta cerrando la puerta.

—¿Se te olvida que es nuestra noche de bodas, James?

—No, pero pensé que tu no querrías que te tocara —dice indeciso.

—Y no quiero, pero es tu derecho —respondo tensa, no sé por qué me duele que haya pensado en no tocarme, ¿acaso le repugno?

—¿Mi derecho? —pregunta ya acercándose a la cama —Te prometí que nunca te obligaría a aceptarme en tu lecho y tengo intención de cumplir mi promesa, Sarah.

—¿No me deseas? ¿Te doy asco? ¿Es por mis cicatrices? —pregunto dolida.

—¿Que no te deseo? Llevo horas en las frías aguas del lago, intentando mentalizarme, intentando recordar las razones del porque no soportas que un hombre te toque.

—Quiero ser una mujer normal, James —susurro cansada de todo el lastre que cargo a mis espaldas.

—Eres una mujer normal, una mujer hermosa —dice sentándose a mi lado. —Eres mi mujer —susurra ahora en mi oído, acariciando mi espalda, causando escalofríos.

Muy despacio, para no asustarme, se acerca a mis labios y los besa suavemente, sin tocarme, sin aprisionarme. Me da la libertad de elegir si quiero separarme de su contacto, pero no lo hago.

Entonces acerca su cuerpo más al mío y es cuando me doy cuenta de que en algún momento se ha quitado el tartán y está desnudo a mi lado. James tiene un cuerpo grande y musculado, no tanto como su hermano, pero un cuerpo hermoso. Algunas cicatrices marcan su piel morena y en un acto de valentía, de locura, soy yo quien lo acaricia.

Recorro una cicatriz blanquecina que le atraviesa el abdomen. James tiembla, pero sigue besándome el cuello, los hombros... y yo suspiro ante su contacto.

James nota que no opongo resistencia a sus caricias y entonces comienza a recorrer otras partes de mi cuerpo. Cuando apresa entre sus manos mis pechos, me tenso un poco esperando el dolor, pero este nunca llega.

Vuelvo a relajarme y a disfrutar de estas suaves caricias que no causan ni dolor ni repulsión. Me asusto bastante cuando siento el miembro de James rozar mi cadera, desnuda, y que, sin darme cuenta, él me ha quitado el fino camisón que no era barrera alguna para lo que va a ocurrir esta noche.

—Shhh... tranquila no te asustes, aún no voy a penetrarte. Te gusta lo que te voy haciendo, ¿verdad? Dime que pare en el momento que no te sientas cómoda, no guardes silencio por obligación, jamás será una obligación compartir el lecho, ¿de acuerdo? —dice mirándome a los ojos, donde solo veo preocupación y sinceridad. James acaba de darme la libertad de decidir sobre mi propio cuerpo.

—Estoy bien, sigue James —le ordeno, porque si tarda demasiado el valor puede abandonarme.

El solo asiente comprendiendo mi miedo a dejarme vencer a mis demonios.

Sigue acariciando mis pechos. Mis pezones me duelen de deseo por que él los vuelva a acariciar con su lengua, y cuando lo hace no puedo evitar gemir, como si estuviera siendo torturada.

Sus dedos recorren mi vientre, juegan con mi ombligo, y van bajando hacia mi parte íntima, que no sé por qué siento húmeda. Cuando siento sus caricias allí abajo, vuelvo a tensarme esperando un dolor que nunca llega. Suspiro por las hermosas sensaciones que estoy sintiendo. Jamás imaginé poder abandonarme así ante un hombre, un hombre que no me está obligando, que no me está produciendo dolor para conseguir su propio placer. Tal vez Brianna tenía razón: si me dejaba llevar por James todo saldría bien y yo podría tener un matrimonio normal.

Puedo notar que James esta intentando mantener el control, está sudando y se estremece como si estuviera viviendo una agonía, pero sigue pensando en mí, en mis temores, y me siento segura junto a él.

Pero todo se va al traste cuando él se coloca encima de mí, cuando siento su peso sobre mí, aplastándome, impidiendo moverme.

Eso me hace entrar en pánico. De repente no veo a James encima de mí, ¡es William! Me tenso del asco y empiezo a suplicar que se detenga, a golpear su pecho para intentar apartarlo de mí, para impedir que el miembro que intenta abrirse camino entre mis piernas fuertemente apretadas penetre dentro de mí, desgarrándome de nuevo.

—¡Basta Sarah! ¡Soy yo! ¡Soy James! —grita apartándose de mí e intentando calmarme, sacarme de la pesadilla.

Dejo de gritar, de llorar y veo de nuevo a mi esposo, aún excitado, pero sin poder ofrecerle alivio. No puedo dejar que me toque, no hoy. Rompo a llorar por la desolación, por la vergüenza que me produce no poder entregarme a mi marido.

—¡Lo siento! ¡No puedo! ¡Hoy no! —exclamo llorando —Hoy no... susurro acurrucándome en la cama.

James se levanta de la cama, parece furioso y tiene toda la razón para estarlo. He fracasado como mujer, como esposa.

Si decir nada, recoge su tartán y sale por la puerta cerrándola de un portazo. Rompo a llorar aún más fuerte cuando me deja sola.

Sola de nuevo... atrapada en mis propias pesadillas



(James Mackencie)

Salgo furioso de la alcoba, no con Sarah, si no conmigo mismo por no conseguir excitarla lo suficiente como para que olvidará los horrores vividos.

Sabía cuando decidí casarme con ella que no sería fácil para ella, pero es que ahora sé que no será fácil para mí tampoco. La deseo, como no he deseado a ninguna mujer, ni siquiera a Helen. ¡Que Dios me perdone!

Sarah siempre despertó sentimientos en mí, ahora son más fuertes, aunque todo es tan complicado ahora que no sé cómo llegar hasta ella.

Soy consciente que no he sido amable con ella al irme así de la habitación, pero no quería angustiarla más, y así de excitado como estoy es lo único que iba a conseguir. Sé que estará culpándose así misma y odiándome por ser un patán insensible.

Necesito despejarme, relajarme, así que vuelvo al lago. El agua fría templó mi cuerpo. Me siento dolorido del deseo insatisfecho y sé que ninguna mujer será capaz de aliviarme, solo mi esposa, solo Sarah.

Llego al lago en poco tiempo y sin pensármelo me sumerjo en sus heladas aguas. Nado durante horas, hasta agotarme: estoy tan cansado que me tumbo sobre la hierba húmeda de rocío y me quedo dormido.

Los primeros rayos de Sol me despiertan. Debo llegar al castillo o empezarán a preocuparse. Me coloco el tartán y corro hacia allí. Gracias a Dios solo Alex está despierto esperando por mí. Su cara refleja que no está de muy buen humor, el día no podía empezar peor.

—¿Dónde demonios has pasado tu noche de bodas? —pregunta de brazos cruzados.

—Estuve en el lago y me dormí —le digo la verdad, aunque sé que será difícil de aceptar.

—¿En el lago? —pregunta incrédulo.

—Sí, en el lago, ¡maldita sea! Necesitaba calmarme, la noche no fue bien y me sentía furioso.

—¿Con tu esposa? —pregunta.

—¡No! —exclamo —Conmigo mismo. No supe excitarla lo suficiente, fue mi culpa, no la de ella.

—James... —mi hermano me mira con tristeza —Te dije que no sería fácil.

—Lo sé, ¿las mujeres ya despertaron? —pregunto entrando por fin al gran salón.

—No... Brianna no durmió bien por la preocupación, y la verdad que yo tampoco —confiesa.

—¿Te preocupaba que yo le hiciera daño a Sarah? —pregunto ofendido.

—¡Por supuesto que no! —contesta rápidamente. —Pero ambos sabíamos que no sería capaz de acostarse contigo.

—Ya... bueno, anoche tuve tiempo para pensar y hoy partiremos hacia mis tierras, quiero que Sarah conozca a mi gente. —Le informo.

—¿Crees que es lo más prudente? ¿Separarla de Brianna? Recuerda que mi esposa está embarazada —siento la preocupación de mi hermano.

—Creo que es lo mejor, así podremos volver mucho antes de que Brianna entre en labor de parto, necesito tiempo con Sarah, Alex.

Necesito llegar a ella, nos merecemos una oportunidad.

Él solo asiente, no muy convencido....

—Voy a hablar con ella —y salgo directo hacia nuestra habitación.

Solo espero que mi esposa entienda el porqué de mi decisión y no lo vea como un castigo o un modo de vengarme al separarla de su hermana y sus sobrinos.

Llamo a la puerta y cuando escucho su voz dándome el permiso para entrar el corazón parece querer salirse de mi pecho. Abro la puerta y la veo vestida con un vestido violeta que realza el color de su hermoso cabello.

—Tenemos que hablar, Sarah —cierro la puerta dejando todo atrás, ahora solo estamos ella y yo.

Capítulo XI

Rumbo a Tierras de James Mackencie, 1467.

(Sarah Mackencie)

No he dormido casi nada esta noche y cuando mi esposo llegó en la mañana y me dijo que debíamos hablar me asuste, pensando que tal vez me pediría el divorcio o me dejaría aquí y él se marcharía sin mí.

Pero me equivoqué y ahora me encuentro camino a su hogar. No está muy lejos de Eilean Donan y me ha prometido que mucho antes de que mi hermana se ponga de parto, nosotros estaremos allí.

Confío en su palabra, sé que para Brianna ha sido difícil dejarme marchar de nuevo, pero he prometido volver y lo cumpliré.

James no me reprochó nada de la pasada noche y solo me informó de que debía prepararme para marchar lo más pronto posible y así poder llegar antes del anochecer a sus tierras. No me opuse, ya que el tranquilizó mis miedos antes de que los expresará en voz alta.

Aunque él no ha querido hablar de lo que ocurrió anoche, yo no me siento bien, me siento avergonzada, fracasada como mujer. Me odio a mí misma, porque nadie puede entender cómo me siento, las ganas que tengo de poder entregarme a James, el único hombre al que he amado, y al no conseguirlo me siento más infeliz que nunca.

Cabalgo a su lado, pero estamos más lejos que nunca. Seguro que el me culpa de todo lo que ha ocurrido, me odiará por verse atado a mí, ¿dónde habrá pasado la noche? O mejor dicho, ¿con quién?

Esos pensamientos me han tenido despierta por horas, imaginando que otra mujer lo complacía como yo no puedo hacer, y me duele, como si un cuchillo me atravesará el corazón.

Sé que fui yo la que sugerí que tuviera una amante, más bien lo obligué a ello, pero ahora el simple hecho de imaginarlo me destroza.

—Estás muy callada, esposa —me dice sobresaltándose.

—Estoy un poco cansada, James —intento sonreír para evitar que sienta lástima por mí.

—¿Deseas que paremos un poco? —pregunta preocupado.

—¿Queda mucho para llegar a tu hogar? —pregunto de vuelta.

—Nuestro hogar, Sarah. No, no falta mucho.

—Entonces, aguantaré —respondo, aunque lo que más deseo es bajar del caballo y estirar las piernas.

Él no vuelve a hablar hasta mucho rato después. El Sol está empezando a desaparecer tras las altas montañas, cuando lo diviso, no tan grande como Eilean Donan, pero es hermoso por el paisaje que lo rodea, altas montañas, arboles en flor, y de repente siento una sensación extraña. Mi corazón siente como si después de un largo caminar hubiera llegado al hogar, a su lugar en el mundo.

—Sé que no es tan grande como Eilean Donan, pero son mis tierras. Eras consciente que te casabas con el hermano pequeño del gran Laird Alexendar Mackencie —habla como si le avergonzará de tener poco que ofrecerme. Lo que no sabe es que no importa lo poco o mucho que tiene, solo me importa él, siempre ha sido él.

—¿Me has escuchado quejarme, James? —pregunto ofuscada.

—Por si acaso —gruñe en respuesta.

Emprende el galope y yo ordeno a mi montura que lo siga, cruzamos las grandes puertas que dan al patio de armas. Atrás hemos dejado a los pocos hombre y familias que James tiene a cargo, nada que ver con Alexander, pero no por ello lo respeto menos.

James desmonta y me ayuda a mí a hacerlo. Veo que los sirvientes han salido a recibirnos. Todos miran a James con respeto y afecto, pero una muchacha que debe ser criada lo mira diferente, como si fuera una posesión... su posesión, y a mí me mira con un odio imposible de ocultar.

Es hermosa, pelo castaño y ojos dorados, felinos, más alta que yo, pero

no por ello carece de curvas, no parece una simple sirvienta.

James me coge de la mano y juntos nos encaminamos hacia ellos. Me presenta en gaélico, porque algunos de ellos son mayores. Todos me saludan con respeto y yo les correspondo, pero cuando llega el turno de la muchacha castaña, a pesar de la mirada fría de James, no muestra respeto alguno hacia mí. Me molesta, pero no su actitud, si no la de mi marido.

No la reprende o la castiga como debería hacer. Hablan entre ellos en su lengua, que no entiendo y estoy empezando a enfurecerme. Se nota que entre ellos hay una familiaridad que los demás criados no tienen, ¿quién es esta mujer?

—James —lo llamo autoritaria —¿Quién demonios es esta mujer? —pregunto sin molestarme en ocultar mi enfado.

—Es Brenda, ella fue dama de compañía de Helen. Cuando murió no quiso marcharse, ella es muy leal, no se lo tomes en cuenta —intenta tranquilizarme.

Su explicación no logra calmarme, aquí hay algo más. Brenda lo mira como si fuera suyo, como si yo fuera una intrusa. No creo que después de la muerte de Helen, se quedará por lealtad a su antigua señora, se quedó por James. Y no sé hasta que punto él es consciente de ello, o si ha disfrutado de las atenciones que Brenda tan ansiosamente desea ofrecerle.

No digo nada más, pero esa mujer no me gusta, no me fio de ella, y ciertamente no la quiero aquí. Debo hablar con mi esposo para que la envíe de vuelta con su clan, yo no soy Helen y no necesito el odio de nadie en mi propia casa.

Entramos y James me enseña todas las estancias, bien cuidadas y limpias. Lo que termina de enamorarme es el invernadero que está en la parte trasera, esta muy abandonado, pero yo me propongo arreglar la situación.

—Sabía que te gustaría, desde que Helen murió nadie ha vuelto a entrar —me confiesa.

—Yo volveré a darle vida a este hermoso lugar —le digo contenta.

—Estoy convencido de ello —dice sin mirarme.

Salimos de allí, ya que la cena esta servida según nos avisa uno de los

criados. Solo cenamos mi esposo y yo, el silencio se vuelve una pesada carga.

Se me hace raro compartir la mesa solo con él. En Eilean Donan la gran mesa está ocupada por toda la familia, ya lo echo mucho de menos.

Mis pensamientos son interrumpidos cuando aparece Brenda con una bandeja y se sienta en la mesa donde ambos estamos cenando. Yo no puedo evitar mirar a James con una expresión de incredulidad. Él no me mira, como si fuera normal que Brenda comparta su mesa. La rabia me llega de golpe, aprieto mis manos en puños queriendo arrancarle el cabello a esa maldita mujer. No me fío de ella, no sé por qué James la trata con un trato especial.

—James ¿qué hace ella aquí? —pregunto intentando controlarme.

—Brenda ha sido parte de la familia desde que llegó aquí con Helen —explica como si yo estuviera loca por preguntar lo que es más que obvio, no es normal.

—No es normal que los criados coman en la mesa principal —sigo en mis trece.

—¿No comen Ian y Marie con Alex y Brianna? —pregunta con impaciencia.

—Ellos son familia —contesto de vuelta.

—Y yo te acabo de decir que Brenda lo es —espeta.

De repente Brenda interrumpe nuestra discusión, pero le habla en gaélico de modo que yo no pueda entender nada, aunque tengo la sospecha que ella entiende lo que yo digo. No es tan tonta como ella quiere hacer creer.

Yo me siento excluida. La atención de James es para ella, incluso se ríe de algo que ella ha dicho, no recuerdo cuando ha reído conmigo. Un dolor atroz me recorre cuando me doy cuenta de la cruda realidad, Brenda no esta aquí porque sea de la familia, Brenda es la amante de mi marido, y ahora soy yo quien debe aguantar tal indignidad como antaño hizo mi hermana cuando llegó a Eilean Donan.

¿Por qué? ¿Por qué a nosotras?

Me levanto de golpe, provocando que ambos me miren; Brenda con satisfacción. Lo ha hecho para demostrar quién es la mujer que manda aquí. Puede que James no la ame, porque su corazón está enterrado con su adorada

Helen, pero ciertamente es más importante que yo, que su esposa.

Sin decir nada, me marché del salón, humillada y dolida. Escucho a James llamarme, pero no me detengo, al contrario, corro para llegar a la protección de mis habitaciones.

Cierro la puerta con llave, no deseo que me visite esta noche ni ninguna otra. Sé que yo misma le exigí que tuviera una amante con el fin de que me dejará en paz, pero ahora no me veo capaz de aguantar la humillación y el sentimiento de traición que me invade.

—¡Sarah! ¡Sarah Mackencie! —llama a los golpes —¡Abre la maldita puerta! —grita.

Ni siquiera le contesto, me desvisto sin ayuda alguna y me pongo el camisón más viejo que tengo, nada sensual ni agradable de ver, ya que no tengo planeado intentar seducir al traidor de mi esposo.

Sigue llamando a la puerta y yo sin darle contestación alguna, no se la merece, ahora que sé lo que me espera en este matrimonio. Me arrepiento de haber aceptado.

Siempre caigo en algún infierno del que no puedo escapar, y he sellado mi destino, desde el día que entregué mi corazón a un hombre que nunca podrá amarme.

Me duermo llorando, hoy las pesadillas no me atormentan, ya que estoy viviendo una.



(James Mackencie)

—¡Sarah! —sigo gritando —¡Ábreme ahora mismo! —no obtengo respuesta alguna, ni siquiera sé si está bien, ese es mi mayor temor. Es inestable ahora mismo y aun recuerdo cuando intentó acabar con su vida hace poco tiempo.

No me responde, aunque llevo aquí horas. No sé qué demonios le ha pasado para comportarse así, nunca la he visto tratar con desprecio a nadie, sin embargo, desde que llegó ha mostrado odio por Brenda.

Es cierto que ella no le ha mostrado el respeto que merece y por ello la he reprendido en privado y me ha jurado que intentará de ahora en adelante comportarse como debe. Sé que soy indulgente con ella, pero la conozco desde que era una muchacha y llegó aquí con Helen, con ese aspecto desamparado, como si nunca en la vida hubiera conocido el amor o el cariño. Aquí lo encontró y supo corresponder hasta el final de la vida de Helen. La vi llorar como si estuviera muriendo de dolor, fue mi pilar en esos días en los que no me atrevía siquiera a ir a la tumba de mi esposa e hijo.

Y ahora me siento entre la espada y la pared, tal vez Brenda tenga razón y Sarah esté celosa porque ella fue la fiel amiga de Helen, pero hasta eso me parece extraño, ya que Sarah tampoco mostró nunca resentimiento contra mi primera mujer. Ella sabe lo que sentí y lo que siento y sentiré por Helen.

Cansado y seguro de que no obtendré respuesta alguna me marché a mi alcoba, mi cama me parece demasiado grande. Yo hoy esperaba compartirla con mi esposa, aunque solo fuera para dormir sintiendo su calor, sin nada de sexo, pero hasta eso me es negado, ¿se habrá ido así de repente para no tener que compartir el lecho conmigo?

Tantas preguntas y tan pocas respuestas... No duermo prácticamente nada, dándole vueltas a las ideas descabelladas de Brenda y a los actos de locura de mi mujer: por un momento me planteo volver a Eilean Donan, pero no puedo huir de mi hogar cada vez que Sarah tenga una pataleta, debe madurar y afrontar sus miedos de una vez, sus inseguridades y dejar su pasado atrás. Demasiados años ha pasado escudándose en el dolor para no enfrentarse a la vida real.

Y yo me siento cansado de arrastrar su pasado. Sé que estoy siendo egoísta, ¿tal vez? Pero desear ayudar a alguien que no quiere ser ayudado es un trabajo extenuante.

Me siento dolido, quería darle una oportunidad a mi matrimonio y Sarah nos ha condenado a ambos siquiera antes de empezar a vivir juntos. Si lo que ella desea es vivir vidas separadas, le daré el gusto, no voy a seguir intentando rescatarla, cuando ella desea seguir regodeándose en su miseria.

No duermo prácticamente nada, al amanecer decido levantarme y ponerme al día con los asuntos pendientes. No me sorprende encontrar solo a Brenda preparando la mesa, está todo dispuesto para dos, pero Sarah no está por ningún sitio.

—¿Mi esposa aún no ha despertado? —pregunto.

—No lo sé James, llamé a su puerta, pero no recibí respuesta alguna.

Me pone de los nervios. Decido hacer lo que tuve que haber hecho anoche, raudamente me dirijo hacia la habitación que se supone iba a compartir con mi esposa y, cuando llamo, no obtengo respuesta. Sin pensarlo más, golpeo la puerta y de una fuerte patada la abro. Sarah grita aterrorizada, pero mi enfado no me permite pensar en tranquilizarla.

—¿Qué demonios te pasa mujer? —grito furioso.

Ella tarda en asimilar que soy yo quien ha interrumpido su tranquilidad. Cuando lo hace, miles de sentimientos se reflejan en su mirada: reconocimiento. El miedo desaparece y da paso a una furia que nunca había visto en ella, ni siquiera cuando nos conocimos.

—¡Sal de aquí maldito traidor! ¡Eres igual que Alexander! ¡Tu madre debe estar revolcándose en su tumba! —grita sin descanso, no creo que sea consciente de todo lo que está diciendo.

Me acerco a ella y la zarandeo con el propósito de calmarla, de que deje de gritar barbaridades, porque va a darle un ataque de histeria, aunque parece que ya está sufriendo uno.

—¡Basta Sarah! —le ordeno firme.

—¡No me toques! ¡Me das asco! —gruñe revolviéndose como loca.

—¿Crees que no lo sé? —río intentando ocultar el dolor que me produce escuchar de sus labios mis temores.

—¿Por qué no sigues haciendo compañía a tu querida Brenda? —pregunta mirándome fijamente.

—¿Qué tiene que ver Brenda en todo esto? —pregunto desconcertado.

—No intentes negarlo Mackencie. Ella ya me ha confirmado todo lo que yo ya sabía —al fin consigue librarse de mi agarre y yo se lo permito porque intento asimilar que ha querido decir con sus palabras.

—¿Qué te ha dicho Brenda? —pregunto sospechando, que esa mujer le ha ido con chismes.

—Lo que ya sabía, ella sigue aquí, aunque Helen hace años que murió. Se sienta a tu mesa, es innegable, ella es tu amante —afirma con voz temblorosa.

Una idea llega a mi cabeza, ¿todo esto es por Brenda? ¿Mi esposa esta celosa?

—¿Estás celosa, esposa? —pregunto sin poder contener la alegría que me produce —¿Te recuerdo que casi me obligas a tener una amante para casarte conmigo? —veo como la rabia se apodera de ella y sin poderla detener me golpea fuerte la mejilla.

—¡Maldito bastardo! —sisea —Me marcho hoy mismo a Eilean Donan, ¡y que Dios te ayude si me lo impides!

Yo me quedo inmóvil, casi sin poder creer su comportamiento. Era ella la que exigía que tuviera una amante y ahora parece dispuesta a asesinarme.

—Brenda no es mi amante, ni lo ha sido nunca —hablo completamente en serio y deseo que ella me crea.

—¿Igual que Isabella no fue amante de Alexander? —pregunta irónica.

—¡Ellos no tienen nada que ver con nosotros! —pierdo los nervios.

—En eso tienes razón James, este matrimonio no debió celebrarse.

—¿Hubieras preferido volver con William? El no habría aceptado un no por respuesta en su noche de bodas.

Se que debía haberme callado al ver como palidece, como se tambalea como si le hubiera golpeado. Me siento fatal por lo que he dicho e intento acercarme a ella, pero se aparta y me da la espalda. Sé que está llorando.

—Tienes razón James, yo no puedo darte lo que necesitas y te pido disculpas —intenta tranquilizarse —No volveré a reclamarte nada, pero te pido por favor me permitas irme, no me obligues a convivir con tu amante — en su voz se aprecia la súplica.

—No puedo dejarte ir sola, partiremos mañana a primera hora, lo siento Sarah —salgo de la habitación rauda a buscar a la causante de toda esta discusión, de todo el dolor de Sarah. Es hora de que Brenda se marche de mi

casa.

Le ha hecho daño a mi esposa y eso no lo voy a consentir.

Se lo advertí, ella sabía las consecuencias y aun así jugó sus cartas. Ahora el juego ha terminado y ella es la perdedora.

Capítulo XII

(Sarah Mackencie)

La noche da paso al día, y apenas he podido dormir. James finalmente se fue, no volvió a llamarme.

Yo no quería hablar con él, pero no saber dónde o con quién ha dormido. Me carcome el alma.

Estoy despierta y arreglada cuando llaman a la puerta. Hace horas que la abrí, sabiendo que mi esposo no volvería a por mí, siendo consciente que la brecha entre nosotros es cada vez mayor y que yo soy muy culpable de ello. Soy yo quien carga un pasado tormentoso, soy yo quien es incapaz de dejar que James me haga su mujer, y lo peor de todo es que soy yo la única enamorada en este matrimonio.

Sí... lo reconozco, nunca he dejado de amarle, solo que el dolor por todo lo sufrido me obligó a enterrar los buenos sentimientos, dejando paso al rencor, dolor y pena.

Pero lo amo con una fuerza desmedida y aun así no puedo entregarme a él. He llorado durante horas, pensaba que no me quedaban lágrimas que derramar, pero me equivocaba.

Me siento encerrada en una jaula de la cual no puedo salir, la cual custodian mis más grandes temores y mis más terribles pesadillas.

Mis pensamientos son interrumpidos por la puerta al abrirse, dando paso a la persona que menos quería ver... Brenda.

—¿Quién te ha dado permiso para que entres en mi habitación? ¿Si llega a estar mi esposo en la cama junto a mí? —pregunto furiosa por su intromisión.

—Tu marido no está aquí —dice riendo.

—¡Eso tú no lo podías saber! —exclamo levantándome —¡Y no te dirijas a mi con esa falta de respeto! —ordeno.

—¿Seguro que no lo podía saber? —pregunta burlona —Lo he dejado en su cama agotado, hace apenas una hora milady.

Sus palabras me golpean sin piedad, me dejan sin aliento. La confirmación de mis temores está frente a mí, regodeándose de su victoria.

—Estás mintiendo —intento convencerme a mí misma.

—Sabéis que no milady, por eso anoche os fuisteis del salón ¿qué criada come con su amo? —pregunta sin perder ese deje burlón.

—Su ramera —gruño yo con dolor.

—¡Su amante! —afirma triunfal.

—¡Sal de aquí inmediatamente, maldita fulana! —me acerco a ella dispuesta a sacarla a rastras si es necesario.

—Vine a deciros que el desayuno se servirá en breve, aunque tengo el presentimiento que se os ha quitado el apetito —sale riendo, dejándome sola con mi dolor ante la traición de mi esposo.

Miles de sentimientos me destrozan, me siento traicionada, una mala esposa. La sensación de ser una inútil que no consigue retener la atención de su marido ni dos días después de la boda.

Decido no bajar a desayunar, pues no sería capaz de probar bocado. Me paseo por toda la estancia intentando relajarme, intentando olvidar lo que me ha confesado Brenda y alejar de mi mente miles de imágenes de ellos dos juntos.

Unos pasos apresurados me hacen detenerme. Sé que es James, si viene a buscarme juro que lo mataré, ¿cómo puede tener la poca vergüenza de venir y mirarme a la cara, después de pasar la noche con ella?

He vuelto a cerrar la puerta con llave y mi esposo golpea la puerta al encontrarla nuevamente cerrada. Grita mi nombre y yo no respondo, se hace el silencio, ¿se ha marchado ya?

Pero sin esperármelo la puerta se abre de golpe con un fuerte estrepito, James acaba de golpearla y yo grito atemorizada, su mirada con una furia animal me asusta.

—¿Qué demonios te pasa mujer? —grita furioso.

Tardó en reaccionar porque el miedo me domina, pero al tenerlo delante toda la furia y el desprecio que siento por el me domina.

—¡Sal de aquí maldito traidor! ¡Eres igual que Alexander! ¡Tu madre debe estar revolcándose en su tumba! —grito sin descanso, ni siquiera soy consciente de todo lo que grito.

—¡Basta Sarah! —me ordena firme.

—¡No me toques! ¡Me das asco! —gruño revolviéndome como loca.

—¿Crees que no lo sé? —ríe como si mis palabras le fueran indiferentes, eso es lo que me está matando, esa indiferencia.

—¿Por qué no sigues haciendo compañía a tu querida Brenda? —pregunto mirándolo fijamente.

—¿Qué tiene que ver Brenda en todo esto? —pregunta desconcertado.

—No intentes negarlo Mackencie, ella ya me ha confirmado todo lo que yo ya sabía —al fin consigo librarme de su agarre.

—¿Qué te ha dicho Brenda? —pregunta sospechando que esa mujer me ha venido con chismes.

—Lo que ya sabía, ella sigue aquí, aunque Helen hace años que murió. Se sienta a tu mesa, es innegable, ella es tu amante —afirmo con voz temblorosa.

—¿Estás celosa esposa? —pregunta sin poder contener una sonrisa estúpida —¿Te recuerdo que casi me obligas a tener una amante para casarte conmigo? —la rabia me invade y sin poderlo evitar le doy una bofetada.

—¡Maldito bastardo! —siseo—Me marcho hoy mismo a Eilean Donan, ¡y que Dios te ayude si me lo impides! —lo amenazo y no lo hago en vano.

—Brenda no es mi amante, ni lo ha sido nunca —habla completamente en serio y sé que su deseo es que yo le crea.

—¡Igual que Isabella no fue amante de Alexander? —pregunto irónica.

—¡Ellos no tienen nada que ver con nosotros! —pierde los nervios.

—En eso tienes razón James, este matrimonio no debió celebrarse. —hasta a mi me duele decirlo.

—¿Hubieras preferido volver con William? El no habría aceptado un no por respuesta en su noche de bodas —palidezco porque sé que esa afirmación es cierta, pero odio que sea él quien utilice eso contra mí.

Me tambaleo y me doy la vuelta para impedir que él me vea llorar, no quiero mostrarle el poder que tiene sobre mí.

—Tienes razón James, yo no puedo darte lo que necesitas y te pido disculpas —intento tranquilizarme—No volveré a reclamarte nada, pero te pido por favor me permitas irme, no me obligues a convivir con tu amante — en mi voz se aprecia la súplica.

—No puedo dejarte ir sola. Partiremos mañana a primera hora, lo siento Sarah —sale de la habitación deprisa y no sé si es porque quiere reclamar a Brenda que se haya ido de la lengua, y que yo sepa lo que él quería ocultar.

Ya no contengo el llanto, no tengo a nadie a quien ocultárselo, solo deseo llegar a Eilean Donan y refugiarme en el amor de mi hermana y mis sobrinos.

Tal vez allí, lejos de todo esto... mi matrimonio tenga alguna oportunidad.

Pero hace mucho que dejé de creer en los cuentos de hadas...



(James Mackencie)

La furia me consume, busco a Brenda y no la encuentro y eso me esta volviendo loco.

—¡Brenda! —grito ya cansado de jugar al escondite.

Parece que tarda una eternidad en llegar, y cuando lo hace no parece nada arrepentida de lo que ha causado. Y por fin entiendo por qué nunca he llegado a sentirme a gusto a su lado. Me daba pena y le agradecía la lealtad hacia Helen, pero ahora mismo hasta eso me cuestiono.

—James, ¿deseas algo? —pregunta risueña. No teme por mi mal humor,

ya que está acostumbrada a recibir un trato especial por mi parte. Eso ha terminado.

—Sí, quiero que recojas tus cosas y te marches de aquí —respondo.

Ella me mira como si me hubiera vuelto loco y pierde el color de su rostro. Por primera vez veo miedo en sus ojos.

—James, no puedes decirlo en serio. ¡Te he servido durante años! —grita presa de la furia, en sus ojos veo la locura que durante años no supe ver.

—Te dije antes de casarme con Sarah que no iba a tolerar ninguna falta de respeto hacia ella, no solo faltas el respeto a mi mujer, si no que, además, la engañas, afirmando que tú y yo somos amantes —intento controlarme y no gritar para no llamar la atención de los demás habitantes de la casa.

—No le he mentado querido —dice acercándose a mí —Tú y yo tenemos algo, sé que estás herido por la muerte de Helen, pero lo supe en el momento que no me obligaste a marcharme, supe que tu me querías a tu lado, ¡me necesitas, como yo a ti! —dice intentando acariciar mi rostro. Me aparto de ella, espantado por su locura, no sé de dónde ha podido sacar esta historia.

—¡Por amor a Dios, Brenda! —pierdo la poca paciencia que conservaba —No te eché por lastima, no te quiero y nunca lo he hecho, es hora de que te marches de aquí, tu ciclo terminó cuando murió Helen.

—¡Tú me besaste! —grita histérica, sabiéndose derrotada —¿Esa fulana te ha hecho olvidarte de tu amada Helen? —se burla.

—¡No menciones a Helen! —gruño cogiéndola del brazo fuertemente —¡No insultes a mi esposa! —ordeno intentando controlarme para no romperle el brazo.

—¿Por qué me haces esto? —pregunta ahora llorando —¡Yo te amo! He tenido que soportar ver como amabas a Helen, y cuando ella murió pensé que por fin reconocerías tu amor por mí, ¡pero no! Apareció esa maldita inglesa ¡ojalá también se muera! —y sé que lo desea con todas sus fuerzas.

No lo soporto más y la empujo fuera de la casa, la dejo caer en el suelo del patio y no siento pena de la mujer que veo arrodillada pidiendo piedad, ella ha deseado la muerte a Sarah, como también lo haría con Helen en su día. No soporto verla ni tenerla cerca.

Llamo a uno de mis hombres....

—Llévala hasta la frontera de nuestras tierras —ordeno.

¿Luego qué? —pregunta Fergus.

—A partir de ahora está sola. Asegúrate dejarla sana y salva fuera de las tierras de los Mackencie, ¿entendido?

—Sea —responde, intenta alzar a Brenda del suelo, pero es ella la que se levanta.

—¡No te librarás tan fácilmente de mí, James Mackencie! —grita, sabiendo que este es el final.

Los veo marchar hacia las caballerizas y ya no pierdo mi tiempo en seguir viendo como Brenda esta fuera de mi vida por fin.

Ahora tengo una batalla importante que librar, conseguir que Sarah me crea, que confíe en que yo no le mentiría, y para ello voy a contarle lo poco que ha ocurrido entre esa maldita loca y yo.

Cuando llega la hora de comer, mi esposa se niega a bajar, no es una reacción que no esperara. Decido darle tiempo, esta mañana ya hemos dado bastante el espectáculo como para seguir haciéndolo ahora. Me aseguro de que le lleven una bandeja con comida y doy la orden de que se le advierta que si no come me verá obligado a dársela yo mismo. Parece que mi amenaza surte efecto, porque una hora más tarde la bandeja vuelve a ser bajada vacía. Al menos se alimenta, no quiero que caiga enferma por mi culpa.

Paso el resto del día con mis hombres, dejando todo preparado para poder estar unos meses fuera, aunque yo sí tendré que volver más seguido, al fin y al cabo, son mis tierras y ya las descuidé bastante durante estos años.

La noche cae y estoy inquieto, tengo un mal presentimiento, como si algo fuera a pasar, y ya no estoy tan seguro de que debamos partir mañana hacia Eilean Donan, pero sé que Sarah está empeñada en irse, y tal vez allí lejos de toda la maldad que aún impregna la casa por culpa de las intrigas de Brenda. Pueda hacer que me escuche, que me crea.

Llamo a su puerta que ya ha sido arreglada, y cuando escucho su voz dando permiso para entrar, no lo dudo ni un segundo, seguramente Sarah ha pensado que era la criada para traer su cena, pero en esta ocasión soy yo quien

se la trae.

Al verme, puedo sentir su repulsa a mi presencia en su cuarto, pero no voy a dejar que el abismo que nos separa crezca.

—Te traje la cena —digo con voz tranquila.

—¿Por qué tú? ¿Tal vez tu amante ya está demasiado cansada?, ¿o porque ya está esperándote en tus aposentos? —pregunta en tensión.

—No tengo ninguna amante y Brenda se ha marchado de esta casa esta misma mañana.

Puedo ver el desconcierto en su hermoso rostro. ¿Hermoso? ¿De dónde ha salido ese pensamiento? Bueno, por supuesto que Sarah es hermosa, pero nunca me he permitido el lujo de admitirlo.

—¿Por qué? —pregunta con desconfianza.

—Le advertí que debía tratarte con sumo respeto, no solo no lo hizo, si no que ha envenenado tu mente contra mí. Eso no podía consentir: la he echado de mis tierras, cosa que debería haber hecho hace años.

—Pero no lo hiciste, ¿por qué debo creerte? ¿Por qué te importa tanto que lo haga? —pregunta ansiosa.

—No, no lo hice, al principio porque el dolor me nublaba la mente, nada me importaba, si la gente se marchaba o venía, me era indiferente — respondo con la verdad —Lo único que ha pasado con esa mujer y fue hace casi un año, fue que una noche de borrachera ella se abalanzó sobre mí, nos besamos, pero recobré el juicio a tiempo, nunca me acosté con ella. Brenda lo sabe bien, pero tú no.

—¡Ella sabía que no habíamos pasado la noche juntos! —espeta aun contraria a creerme.

—Todos en la casa lo saben Sarah, no por ello significa que pasé la noche con ella. Dormí solo y esa es la verdad, quieras creerla o no.

No dice nada, me mira durante minutos, luchando una batalla contra sus inseguridades, su desconfianza y su miedo a volver a sufrir.

Se gira y se dirige hacia el tocador. Veo que todo está ya recogido, preparado para el viaje de mañana y eso me recuerda otra vez la sensación de desasosiego que me embarga cada vez que pienso en viajar mañana.

—Sarah, tal vez partir mañana no sea muy buena idea —intento abordar el tema sutilmente.

—¿Que? —grita —¡No! No voy a quedarme aquí, en esta caa se respira maldad, ya te lo dije James Mackencie, contigo o sin ti, me marchó de aquí — su decisión es firme.

—Sarah, tengo un mal presentimiento como si algo me impidiera irme de aquí —intento expresarle como me siento, pero ella se lo toma a broma.

—Será tu amada Helen que no quiere que te marches de aquí —dice burlona. —Mañana me marchó contigo o sin ti, ahora haz el favor de salir de mi habitación.

—Eso ha sido un golpe bajo Sarah. Mañana nos marchamos, reza a tu Dios que lleguemos sanos y salvos —me marchó enfadado por no conseguir que ella me crea. No solo eso, ha querido hacerme daño y lo ha conseguido.

¿Qué clase de matrimonio nos espera? Pienso desanimado.

Me levanto antes de la salida del Sol, porque es inútil intentar dormir: he tenido pesadillas donde Sarah me pedía una y otra vez que la encontrará, que la salvará y me he despertado con una sensación de importancia insoportable.

Preparo los caballos. Estoy tentado a llevarme a algunos de mis hombres, pero descarto la idea. Haremos el viaje raudos, aunque al final del día Sarah este muerta del cansancio. Ella es la que quiere irse a toda costa de aquí.

Le pido a la cocinera que nos preparé algo de comida para el camino, y cuando estoy dispuesto a ir a por Sarah, ella aparece preparada para el viaje.

—Estoy lista —dice casi sin mirarme, ¿qué le ocurre?

—Todo está listo, cabalgaremos veloces y solo pararemos para comer algo a pocas millas de Eilean Donan, donde los hombres de mi hermano ya montan guardia —le informo.

—¿Por qué tanta preocupación? —pregunta desconcertada.

—Ya te dije anoche que tengo un mal presentimiento, tu obstinación en irnos es la que hace que viajemos hoy, no lo olvides —le respondo.

Ella no dice nada, parece que hoy no tiene burlas para mí. Montamos en

nuestros caballos y sin decir más emprendemos camino hacia el hogar de mi hermano. La verdad es que necesito consejo de Alex y tal vez de Brianna, si es que ella no me manda matar por lo que se supone que he hecho. He sido acusado y sentenciado sin un juicio justo.

Solo pido a Dios que no ocurra nada, que llegemos a Eilean Donan, y que Sarah me dé una oportunidad para demostrarle que este matrimonio no esta condenado.

Capítulo XIII

Camino a Eilean Donan, 1467.

(Sarah Mackencie)

Al alba ya estoy más que preparada para partir. Cuando James se fue anoche de mi habitación, pasé horas y horas pensando en sus palabras, decidiendo si creerle o no.

Y puede que sea estúpida, o que esté tan necesitada de afecto que mi mente me juegue una mala pasada, permitiéndome pensar que James dice la verdad, que no me ha mentado, si no, ¿por qué iba a echar a Brenda de su hogar?

Mi corazón confía en él y creo que es hora de darle una verdadera oportunidad a nuestro matrimonio. No seré yo quien nos condené a una vida de sufrimiento. Los celos e inseguridades me cegaron y Brenda supo aprovechar muy bien la situación, pero no voy a permitir que nadie vuelva a interponerse entre nosotros. No ahora que por fin soy capaz de reconocer que nunca dejé de amar a James Mackencie, no ahora que es mi esposo.

Llevamos horas cabalgando sin descanso, estoy agotada, pero mi marido fue claro, no pararemos a descansar hasta estar cerca de Eilean Donan. No quiero pedirle que pare, porque sé que para él es importante que confíe en él y sus presentimientos, y la verdad es que me asusta el pensar que tal vez pueda tener razón y por mi cabezonería nos hemos puesto en peligro los dos. No soportaría que James resultará herido o incluso muerto por mi causa.

—Ya podemos descansar—dice parando a su montura, yo me detengo recia.

—No falta mucho para llegar, ¿verdad?, ¿por qué no seguimos? —pregunto yo nerviosa.

—Sé que ni siquiera soportas mi compañía, querida esposa, pero

debemos descansar y los caballos también. Aún quedan varias horas de luz — responde bajando de su caballo. No me ayuda a bajar del mío, como siempre hace, y eso me demuestra una vez más lo enfadado y herido que se siente.

—Tenemos comida, comamos algo, seguramente cuando lleguemos a Eilean Donan ya hayan cenado, incluso estén dormidos. Vamos a darles un buen susto —dice con censura en su voz.

—Se que he sido una cabezona, pero necesitaba salir de allí, necesito ver a mi familia.

—¿Debo recordarte que ahora tu familia soy yo? —pregunta aún molesto —Tu estupidez puede costarnos cara.

—Tú eres mi esposo, pero tengo hermanas, sobrinos, una madre. No me pidas que los dejé atrás —ahora es mi turno de aclararle que no voy a volver a apartarme de mi familia. Lo hice por años, eso se acabó.

—¿De verdad lo soy? —pregunta burlón —Nunca te apartaría de tu familia.

—Eso ha sido un comentario ruin —digo dolida.

—Tal vez estoy cansado de recibir todos tus golpes sin responder.

Se marcha hacia una arboleda y ata a los caballos, yo me quedo inmóvil por sus palabras, me duelen, pero son ciertas.

Me acerco cuando veo toda la comida que está sacando y mi estómago ruge en respuesta.

—Acércate, vamos a comer y descansaremos muy poco, quiero llegar cuanto antes.

—¿Creía que estando ya tan cerca se Eilean Donan estábamos seguros? —digo yo mientras cojo algo de fruta y queso

—Nadie en su sano juicio osaría atacarnos en tierras de mi hermano, pero ambos sabemos que William esta loco ¿verdad?

—¿William? —un escalofrió recorre mi cuerpo solo con pronunciar su nombre.

—¿Crees que ese bastardo va a conformarse? A estas alturas, la carta que envié a la corte informando al Rey de nuestro matrimonio ya habrá llegado

y ese desgraciado seguro ha sido informado.

El terror me invade, miro alrededor como si en cualquier momento ese monstruo fuera aparecer. No veo nada, el Sol cada vez esta más bajo y quedarán pocas horas de luz.

—Nadie nos sigue, no quería asustarte, pensé que eras consciente de que esto no ha acabado, que hasta que no mate a William él seguirá siendo una amenaza para ti, y eso es algo que no puedo permitir.

—¿Matarlo? —pregunto sin voz —¡No quiero que te enfrentes a él! ¡Te matará! —grito asustada.

—Vaya... gracias por tu confianza en mí —responde burlón, pero dolido.

—No dudo de tu destreza en combate James, solo que William no lucha con honor, no se rige por las normas de combate —intento explicarle que no lo considero inferior ni a William ni a ningún guerrero.

—Si él pelea jugando sucio, yo también lo haré —es lo único que dice, dando el tema por zanjado, y yo no me atrevo a seguir insistiendo, debo intentar arreglar el desastre que he creado, no hacerlo aun más grande.

Terminamos de comer en un silencio incómodo, ahora es lo único que nos une, los silencios, cada uno atrapado en sus miedos y pensamientos. No descansamos mucho, ahora que sé el verdadero peligro que corremos soy la primera en querer llegar a los muros de Eilean Donan.

Sé que tanto Brianna y Alexander van a preocuparse cuando nos vean llegar antes de tiempo, y yo voy a dejar de ocultar lo que ocurre. Necesito ayuda y voy a dejarme ayudar. Quiero volver a compartir las dulces caricias de James, volver a sentirme amada por él, volver a sentir ese placer sublime que me hizo sentir antes de que yo entraré en pánico y estropeará la que hubiera sido la mejor noche de mi vida, pero estoy deseando poder arreglar eso. Durante días he estado pensando que lo que me hizo entrar en pánico fue que James se puso encima de mí, impidiendo que pudiera moverme. Si yo pudiera estar encima de él... Eso puede hacerse, ¿verdad? Yo no sé mucho de esas cosas, siempre he sido violada en posturas que me impedían moverme y si no era así, me ataban. Finalmente aprendí que resistirme era mucho peor y lo único que hacía era llorar y rezar para que todo acabará pronto. A veces el calvario duraba horas, otros días por el contrario Dios era misericordioso y

solo duraba unos pocos minutos, si William estaba muy borracho.

Así que mi intención es intentar seducir a mi esposo, que él me ayude a crear recuerdos hermosos para enterrar los horrores pasados, aquel infierno acabó hace años, ahora ya nos soy más ni Sarah De Clarence, ni Sarah MacFerson.

Soy Sarah Mackencie... y estoy orgullosa de serlo.

—¡Sarah! —grita James sacándome de mis cavilaciones

—¿Qué ocurre? —pregunto asustada mirando a mi alrededor.

—Te he llamado varias veces, no me escuchabas —dice el mirándome extrañado.

—Estaba pensando en cosas importantes.

Él me mira esperando más explicaciones por mi parte, yo no se las doy, me sonrojo solo de pensar en decirle que voy a seducirle.

—¿Te estas sonrojando, mujer? —pregunta —¿Qué demonios te ocurre?

—¡Nada! —me levanto y me dirijo a mi caballo —Vámonos James, ya hemos descansado bastante.

Mi marido sube a su montura y emprendemos las pocas millas que nos separan del hogar de mi hermana.

—¡Allí están las murallas de Eielan Donan! —exclamo feliz, y James por primera vez me sonrío.

—Sí, llegamos sanos y salvos mujer, ahora nos toca aguantar el interrogatorio de nuestros hermanos.

—Yo hablaré James, ha sido culpa mía, yo les explicaré —respondo seria.

—¿Culpa tuya? —pregunta mirándome como si estuviera loca—¿De qué hablas?

—Soy yo la que no puede darte lo que todo hombre necesita —respondo avergonzada. —Pero te prometo que eso va a cambiar.

Emprendo el galope, dejando a mi marido completamente anonadado.

—¡Sarah! —él me llama, pero no detengo mi montura, soy la primera en

recorrer el puente que une la isla donde se encuentra el castillo y soy la primera en traspasar las grandes puertas que aún no están cerradas.

Como suponía, Alex y Brianna ya están en las grandes escaleras de entrada, esperando nuestra llegada. Ambos me miran con preocupación, y la primera en acercarse cuando bajo del caballo es mi hermana.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunta abrazándome —¿Os han atacado? ¿William está dando problemas?

—Tranquilízate esposa —ordena Alexander acercándose a nosotras con una pose relajada y sus manos detrás de su gran espalda —Deja que al menos desmonten y descansen unos minutos.

—Hola hermano —dice James abrazándolo. Él ha llegado raudo detrás de mí.

—¿Qué has hecho James? —pregunta con cansancio mi cuñado.

—Él no ha hecho nada, quiero que quede bien claro —intervengo yo, hablando mortalmente seria.

—¡Basta! —ordena James —No necesito que me defiendas, esposa. Han ocurrido varios malentendidos y Sarah deseaba volver con vosotros, tal vez aquí podamos solucionar esos problemas.

Ambos nos miran escépticos, pero Brianna es la primera en romper el hielo. Me coge de la mano y me lleva a la que fue mi habitación antes de casarme. No me sorprende encontrar a Marie ya preparándose un buen baño de agua caliente, seguro que Brianna se lo ordenó nada más saber que estábamos llegando al castillo.

—Hola Marie —digo al entrar mientras mi hermana cierra la puerta.

—Hola Sarah, no te esperábamos tan pronto —dice abrazándome. Su vientre aún está más abultado. Ella se da cuenta de que lo miro porque rompe a reír —Sí, estoy enorme, lo sé. Ya no falta mucho.

—¿Tienes miedo? —pregunto.

—No, Ian no se apartará de mi lado en ningún momento, su presencia me tranquiliza —responde calmada.

—Sarah quiero saber qué demonios ocurre —exige Brianna. Suspiro porque se que es inevitable, debo contarles todo lo que ha pasado en estos

días.

—No pude acostarme con James, y cuando llegamos a su hogar, me encontré con una criada bastante impertinente, que me aseguró que era amante de James. Eso me devasto, discutimos, le golpeé, él me ha jurado que nunca ha tenido nada que ver con esa mujer, solo la besó una vez que ella se aprovechó de su estado de embriaguez, después de mis reclamos él la echó de sus tierras, pero yo necesitaba salir de allí, la maldad de Brenda estaba impregnada en esas paredes, necesitaba volver aquí para intentar arreglar lo que he arruinado.

Las dos me miran sin poder creer todo lo que les he contado...

—James finalmente se dio cuenta de la arpía que tenía metida en casa, ¿no? —ríe Marie

—¿Conocéis a Brenda? —pregunto.

—Claro, cuando Helen y James vinieron para mi boda con Ian, ella vino con ellos en calidad de dama de compañía de Helen, aunque esa mujer se las apañaba muy bien sin esa arpía.

—¿Confías en James? —pregunta de repente mi hermana.

Yo tardo en contestar, ¿confió en él?

—Sí, lo hago. Por unas horas esa mujer me hizo vivir un verdadero infierno, pero después comprendí que James es un hombre leal.

—Estabas celosa —afirma Brianna. —Nunca has dejado de amarlo y nunca lo harás.

—Sarah, ¿puedo contarte mi historia? —pregunta Marie. Yo asiento. — Bueno, pero métete en la tina, esto va para largo.

Cuando ya estoy sumergida en agua caliente con aroma a rosas, ambas se sientan a mi lado. Brianna sonrío y Marie respira hondo pensando cómo comenzar a contarme su historia de amor con Ian.

—Bueno, debo decir que siempre he estado enamorada de Ian, desde que era una niña, y él me defendía de los demás niños.

Crecimos y tuve que ver cómo siempre estaba rodeado de mujeres. Con el tiempo nuestra relación de amistad se fue enfriando, no entendía por qué él me evitaba, eso me dolía muchísimo. Cuando murió mi padre el volvió a mí,

me apoyó, me consolaba en las noches cuando salía de mi casa para que mi madre no me viera llorar, y una de esas noches, sin esperármelo, me besó y fue una noche mágica, la mejor de mi vida.

Todo cambió cuando mi madre volvió a casarse y llegó Fiona. Era una muchacha hermosa, decidida, que siempre conseguía lo que quería, y desde el primer momento quiso a Ian.

Hacia poco que me había pedido que me casara con él. Yo, por supuesto, le dije que sí sin dudarle. Él se pasaba los días construyendo nuestra casa, pero pasado el tiempo cada vez venía menos por mi casa, o eso pensaba, yo pasaba ya mucho tiempo aquí para evitar que mi padrastro me violara.

—¿Lo hizo? —pregunto en tensión, sin poder evitar revivir mi pasado.

—No, aunque una vez estuvo a punto de conseguirlo, gracias a Dios pude escapar. Después de eso, Ian dejó de hablarme, me evitaba y yo tenía miedo de que se hubiera enterado de que mi padrastro me había tocado más de la cuenta —cuenta avergonzada.

Ella intenta contener el llanto, sé lo difícil que es revivir esos momentos y siento mucha furia contra ese malnacido de su padrastro.

—Un día no lo soporté más y le obligué a hablarme. Me dijo que no pensaba casarse con una ramera que se acostaba con el marido de su madre, me dijo que le daba asco y no volvió a hablarme – su voz suena rota, como si con solo recordarlo sintiera ganas de llorar. —Eso me dolió, pero lo que acabó de matar mi corazón fue que al poco tiempo se comprometió con Fiona. Esa misma noche intenté suicidarme, pero ni para eso tuve valor.

La llegada de tu hermana fue mi salvación. pasé a trabajar solo para ella, no tuve que volver a casa de mi madre, donde noche tras noche veía como Ian cenaba con nosotros como uno más de la familia.

Cada día que pasaba se acercaba más la boda de Ian con Fiona y yo incluso tenía bien planeada mi muerte. Ya estaba muerta y no encontraba ninguna solución, no hubiera soportado verlos de por vida juntos, pero antes de que eso ocurriera, nuestro Laird desterró a Brianna y yo le supliqué que me llevara con ella a Inglaterra. Lo demás ya lo sabes, llegué allí como alma en pena, sabiendo que Ian se veía obligado a casarse con Fiona porque se había acostado con ella y el hijo que afirmaba estar esperando era suyo.

Creía que mi vida estaba acabada, pero estando en otro país al menos no tendría que ver cómo el hombre que amaba formaba una familia con una mujer que no era yo.

Cuando Brianna decidió volver a Escocia para salvar a mi señor, yo la seguí. Aunque Ian me había traicionado y dado la espalda cuando más lo necesitaba, temía por él. Según nos contó James, Ian estaba muy mal herido, tal vez su brazo no se salvaría.

Helen consiguió salvarlo, pero su brazo no ha vuelto a ser el mismo, durante mi estadía en Inglaterra mi madre volvió a enviudar y cuando Fiona se dio cuenta de que Ian no volvería a ser el mismo guerrero de antaño la dejó, le dijo que ni siquiera estaba embarazada, se fue de aquí y no hemos vuelto a saber de ella.

Yo cuidé de Ian y eso a él le dio falsas esperanzas. Yo estaba muy dolida, pero seguía amándolo como el primer día. Él me pidió perdón mil veces por haber creído las mentiras de Fiona y mi padrastro, pero yo me negaba a darle otra oportunidad, el dolor y el orgullo no me permitían perdonarlo. Nos condené a meses de sufrimiento, lo he visto llorar y suplicar de rodillas mi perdón, ¿te imaginas a Ian de ese modo? No podía perdonarlo y a la vez me odiaba a mí misma por obligar a un hombre como él a llegar hasta ese punto por mí.

Cuando decidí darle una oportunidad, le dejé bien claro que ni iba a casarme con él enseguida, él lo aceptó, nunca he vuelto a ver que él voltee a ver a ninguna otra mujer que no sea yo.

Me adora, me ama y yo a él, pero para llegar a donde estamos hoy hemos pasado por mucho, he llorado mucho, he luchado mucho contra mis sentimientos.

Cuando al fin nos casamos, no estaba todo resuelto. Sarah, yo no fui violada como tú, pero créeme que dejar que Ian me tocara como ese enfermo me tocó en su día me costaba horrores, y no por ello amaba menos a mi esposo. Cuando al fin tuvimos nuestra noche de bodas, yo no podía quitarme de la cabeza que Ian había poseído a mi hermanastra, eso me impedía disfrutar de esos momentos. Ian lo sabía, hacía todo lo posible para que yo disfrutara, para que llegaría al clímax, pero me era imposible. El abismo creció entre nosotros al igual que el tuyo se interpone entre tú y James.

Hasta el día que tu hermana me dijo unas palabras que jamás olvidaré, y que aún puedo escucharlas como si fuera ella la que estuviera diciéndolas.

—Te pregunté si amabas a tu esposo, y tú me contestaste toda ofendida que por supuesto —dice riendo mi hermana.

—Exacto, entonces me dijiste que si lo amaba por qué estaba condenándonos a una vida de angustia —responde Marie.

Y sus palabras me hicieron darme cuenta de que estaba dejando que Fiona siguiera separándonos.

Tu hermana con sus palabras salvo mi matrimonio, todo estaba en mi cabeza. Aunque mi corazón sabía que Ian siempre había sido mío, mi mente se negaba a dejar paso al amor por temor a volver a sufrir. Cuando dejé todo atrás empezó mi matrimonio con Ian.

Esa misma noche me quedé embarazada de mi primer hijo y fue una noche inolvidable. Cuando todo acabo recuerdo que Ian, tan emocionado como yo, me dio las gracias mil veces, me dijo...

" Gracias por volver a mi" y desde ese día somos uno, nos amamos con locura, ¿discutimos? Claro, como todos, pero las reconciliaciones son lo mejor, así que mi consejo es que dejes todo atrás y que cuando estéis en el lecho, no permitas que nadie se interponga entre vosotros dos, solo sois James y Sarah, nada más.

Ya hace rato que el agua se ha enfriado, pero estaba tan absorta en la historia de Ian y Marie que ni cuenta me había dado.

Me ayudan a salir y después de que Brianna me peine el cabello, como siempre le gusta hacer, es cuando Marie se despide y nos deja a solas.

—Te ha impactado su historia, ¿verdad? —pregunta ante mi silencio.

—Me ha dado mucho en lo que pensar. Ya tenía claro que deseaba seducir a mi esposo y ahora estoy decidida a ello —le digo riendo, aunque bastante colorada.

Ella ríe a su vez y me mira orgullosa.

—¿Entonces a qué esperas? —pregunta.

—¿Ahora? —pregunto nerviosa.

—¿Cuándo si no? No dejes que todo esto os separe, pero hazlo porque lo deseas, no vuelvas a dejar que nadie te obligue a entregar tu cuerpo.

—Lo deseo hace mucho tiempo – aseguro. Ella solo asiente.

—Entonces te dejo para que cojas valor, yo me marcho con mi esposo a disfrutar también de una noche de pasión —suelta tan tranquila.

—¡Brianna! —grito avergonzada —¿No tienes vergüenza? —pregunto intentando aguantar mis carcajadas.

—La perdí hace años, si la encuentras dile que no la echo de menos —y sale dejándome sola.

Paseo por la habitación durante horas, hace tiempo que James esta en la habitación de al lado. Intento dejar la timidez de lado, me quito el camisón y me pongo una bata casi transparente, ¿y si no le gusto?, ¿y si Helen era mejor que yo? ¡Basta! Me digo a mí misma: se acabó, cuando cruce esa puerta solo seremos mi esposo y yo.

Sin pensarlo más, llamo a la puerta dos veces y sin esperar respuesta entro. James ya está acostado en la cama y, cuando me ve entrar, se incorpora en ella. Puedo darme cuenta de que está desnudo y eso lejos de asustarme, me excita.

—¿Sarah? —pregunta desconcertado —¿Ocurre algo?

Yo no le contesto, simplemente me quito la bata que cubre mi cuerpo, dejándome desnuda ante él. Veo como me mira con los ojos como platos. Traga saliva ruidosamente, recorre mi cuerpo desnudo muy despacio, tanto que siento como si estuviera acariciándome.

—¡Dios santo Sarah! —susurra. —¿Quieres matarme?

Sigo sin hablar, cierro la puerta y me acerco a la cama.

Esta noche es nuestra, solo nosotros dos...

Capítulo XIV

Eilean Donan, Escocia 1467.

(James Mackencie)

Cuando mi esposa se quita la bata y me deja contemplarla a la luz de la Luna que entra por la ventana, me deja sin respiración.

La otra noche no pude disfrutar de estas vistas, estaba tan nervioso y asustado para que ella no se angustiará, que ninguno de los dos pudo disfrutar del otro.

Pero esta noche Sarah me esta dando un maravilloso regalo, es hermosa, su piel blanca, aunque tiene algunas cicatrices, sigue siendo preciosa. Sus pechos pequeños pero firmes, caderas un poco anchas y un trasero muy apetitoso. Mi miembro está despertándose, la deseo tanto que duele.

—Di algo, por favor —ruega avergonzada.

Mi silencio ha provocado que piense que no la deseo, que no me encanta lo que me está mostrando con tanta confianza.

Me levanto despacio intentando no asustarla, no quería salir de la cama porque estoy desnudo y mi miembro esta más que despierto, pero no soporto ver a Sarah con esa mirada derrotada.

Abre los ojos asustada al verme. Eso no es lo que quiero, no quiero que me tema.

—Tranquila, no voy a hacerte daño —no sigo acercándome, esperando que sea ella la que se acerque a mí, segura de que no voy a dañarla.

—Sé que no lo harás —dice intentando dejar de mirar hacia bajo.

—Lo siento, no puedo evitarlo, te deseo y mi cuerpo desea al tuyo.

Su reacción no es la que yo esperaba, ella me mira sonriente y se acerca

a mí, duda durante un momento, pero finalmente me besa sin tocarme. Me encanta sentir sus labios sobre los míos, pero necesito más.

Ella parece adivinar mis pensamientos, porque deja de besarme y sonriendo asiente, dándome el permiso que necesitaba. No lo pienso y la abrazo contra mi cuerpo. Me estremezco de placer, sus curvas acariciando mis músculos, mi pene intentando buscar el camino a casa, pero deberá esperar, pienso adorarla toda la noche, reemplazar los malos recuerdos por algo hermoso y placentero.

La alzo en brazos para llevarla hasta el lecho. Muy despacio la tumbo y yo con ella, sin apresarla, sin que mi cuerpo toque mucho el suyo, sigo besándola, intentando alejar de su mente a los viejos fantasmas. Ella tal vez no es consciente pero esta acariciando mi espalda, respondiendo a mis besos como si no fuera capaz de detenerse, y yo no quiero que lo haga.

La acaricio suavemente, como si de una pluma se tratase. Su piel al paso de mis manos va poniéndose de gallina, se estremece y deja escapar unos pequeños gemidos que me están volviendo loco, pero juro que voy a contenerme.

—Puedes tocarme, puedes hacer lo que quieras, solo no te pongas encima —susurra mirándome a los ojos, con súplica.

Y entonces lo entiendo, ella debe controlar lo que ocurra a partir de ahora, aunque eso me mate, ella debe llevar el control para que pueda disfrutar y dejarse llevar. Sonríó en respuesta, me tumbo en la cama con mis brazos detrás de mi cabeza.

—Soy todo tuyo, esposa —sonríó intentando que ella pierda la vergüenza y el temor.

Ella sigue dudosa, pero se arrodilla a mi lado, dejándome ver sus maravillosos pechos con sus pezones erectos que me llaman a chuparlos y morderlos. Como no puedo hacer eso, muerdo mis labios en respuesta y no paro hasta que noto el sabor de la sangre en mi boca.

—No hagas eso —me dice rozando mis labios. —No tengo miedo, no ahora.

Ella sigue su recorrido con sus manos y sus ojos por mi cuerpo, avergonzada, pero decidida. Sus suaves caricias me estremecen y debo hacer

un esfuerzo enorme por no levantar mi pelvis que está pidiendo a gritos ser acariciada. Sarah intenta no llegar nunca a esa zona de mi cuerpo y sé que es porque la teme, pero esta noche voy a encargarme de solucionar eso.

—Pequeña, déjame a mí, ¿vale? —pregunto. —No te aprisionaré, lo juro.

Ella, con una confianza que me forma un nudo en la garganta, se tumba de nuevo dejándome apreciar cada curva, lunar o marca en su divino cuerpo.

Empiezo solo rozando con los labios sus pezones que tanto tiempo he querido saborear, ella se retuerce, pero de placer, sus manos en mi pelo impidiendo que me aleje me lo confirman. Los beso, saboreo y pellizco hasta que sus pechos están hinchados, mientras mis dedos viajan hasta su centro y lo encuentro húmedo. Siento que se tensa, pero por unos segundos, luego se deja hacer y suelta un gemido al penetrarla con dos de mis dedos. Levanta las caderas para salir al encuentro de mi mano, y yo se lo permito. Sé que ella aún no es consciente de que se aproxima su primer orgasmo, para mí es como si mi mujer fuera virgen.

—James —jadea asustada —, no sé qué me está pasando —me mira sin comprender que su cuerpo está experimentando por primera vez el placer de compartir la cama con un hombre.

—Esposa, no te asustes —digo besando su cuello. Pellizcando su botón de placer y ella grita —Estás a punto de tener tu primer orgasmo.

—¡Dios mío! —exclama tensándose; el clímax está llegando —¡James!

Grita una y otra vez mientras mis dedos no dejan de acariciarla y mis labios no dejan de jugar con su cuerpo.

Igual que el placer llega se va, dejando a Sarah jadeando aferrada a mí. Siento que lágrimas le bañan la cara y me asusto, ¿le habré hecho daño?

—¿Esposa? —pregunto —¿Te hice daño?

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —dice una y otra vez besándome.

No entiendo nada, pero si está besándome es porque no le hice daño, ¿cierto?

De repente mi esposa me tumba y se sienta encima de mí. Parece un ángel, ruborizada y sudorosa, pero más hermosa que nunca.

—Ahora quiero complacerte esposo —dice susurrando.

Acto seguido me besa. En esta posición sus partes están sobre mi pene dolorido y mi instinto me pide a gritos que la penetre hasta el fondo, pero debe ser ella la que asuma el mando.

Me besa, recorre mi pecho y abdomen con su lengua, y cuando creo que me va a conceder el deseo de saborear mi miembro se detiene.

Vuelve a mirarme y con decisión se coloca sobre mi pene, en su entrada resbaladiza. Veo el miedo, así que con mis manos le acaricio de nuevo el clitoris y ella gime y se contonea buscando más placer y al hacerlo me adentro más en su interior. Veo su expresión de alivio cuando se da cuenta de que no le duele, está tan húmeda que podría empalarse de golpe y no sentiría dolor alguno. Yo estoy sudando, apretando los dientes, porque estoy sufriendo una tortura.

Sarah desciende más y yo no puedo evitar gruñir, ella se detiene temiendo haberme hecho daño.

—Esposa, por favor, me estás matando —suplico que esta tortura cese.

Ella parece entenderlo porque se deja caer y ambos gritamos, yo de placer y ella de sorpresa. Se queda quieta unos momentos, esperando que yo diga o haga algo.

Solo la cojo por las caderas y la levanto un poco y mis caderas van a su encuentro. De esa forma, la penetro hasta lo más profundo de su ser, ella gime y se aparta, por un momento mi corazón deja de latir, pero cuando vuelve a dejarse caer contra mí pierdo la cordura. Prometí que ella sería la que llevaría el control y lo cumpliré, aunque me mate en el intento.

Por fin mi esposa parece entender que no va a encontrar dolor y sus movimientos empiezan a ser constantes, arriba y abajo, dentro y fuera, más deprisa, más lento.

Cuando mi orgasmo se acerca no puedo evitar levantar mis manos y coger entre ellas sus pechos, no puedo evitar que mis caderas salgan a su encuentro, no puedo evitar gemir su nombre una y otra vez.

Sé que ella también está a punto de alcanzar el clímax porque sus movimientos son más bruscos, más rápidos. Se acerca a besarme y es cuando sé que ambos vamos a llegar juntos al cielo, la cojo por las caderas y asumo el

control que prometí ceder, pero mi esposa no se queja, al contrario, grita mi nombre entre gemidos de dicha y placer. En pocas estocadas fuertes y profundas, ambos colapsamos y el cuarto se llena de sonidos del más puro éxtasis.

Mi esposa se deja caer sobre mí, yo aún dentro de ella. Le acaricio su hermoso cabello, ambos sudados, pero plenamente satisfechos.

Nunca había sentido una conexión tan fuerte, es como si nuestras almas se hubieran conectado, no solo nuestros cuerpos, y eso tristemente no me había pasado ni siquiera con Helen.

Sarah no se mueve, y empiezo a preocuparme. Me muevo para verle la cara y una sonrisa se forma en mi rostro. Mi esposa está profundamente dormida, tiene una sonrisa en sus labios hinchados por mis besos, y eso me produce una satisfacción enorme.

Decido que quiero dormir tal y como estamos, así que intentando moverme lo menos posible nos tapo a ambos y con Sarah entre mis brazos cierro los ojos y el sueño viene también a mi encuentro, feliz como no lo he sido en años.



(Sarah Mackencie)

Quedarme desnuda ante James me ha resultado muy difícil, sé que no tengo un cuerpo hermoso, mi espalda esta surcada de cicatrices, no tengo pechos grandes, pero él me mira de una forma extraña. Siento que el silencio va a aplastarme, por eso suplico que hable, no soporto más la incertidumbre.

Cuando se levanta despacio del lecho puedo ver, aunque intento evitarlo, que está excitado. Su miembro es grande, sobresale erecto de una mata de bello más oscura que su cabello. Es hermoso, aunque me asuste como nada en este mundo. Por desgracia no es el primer hombre que veo desnudo y excitado, pero él no me repugna, todo lo contrario, lo deseo.

Se acerca a mí con temor a mi reacción y eso no es lo que quiero, me promete no hacer nada que pueda dolerme y yo estoy segura de que cumplirá su palabra, así que decido que si él no va a acercarse lo haré yo. Él se sorprende, pero espera mi siguiente movimiento, lo beso sin rozar mucho su cuerpo con el mío, deseo mucho más, pero tengo miedo a que vuelva a ocurrir lo de nuestra noche de bodas.

Así que dejo que sea el quien dé el siguiente paso, solo con mi asentimiento él me abraza contra su fuerte cuerpo y me lleva hacia la cama, dejándome muy suavemente. Me trata como si fuera de porcelana y no sé si agradecerlo o no.

Le pido que haga lo que desee, menos colocarse encima de mí, impidiéndome moverme. La última vez eso es lo que me produjo el pánico.

Me acaricia suave como si de una pluma se tratase, me estremezco, le acaricio su fuerte y ancha espalda una y otra vez, no dejamos de besarnos.

De repente, él parece entender que lo que necesito es que me ceda el control y se deja caer en la cama con sus manos atrás de la cabeza. Me mira totalmente tranquilo.

—Soy todo tuyo, esposa.

Oír eso me da el impulso que necesitaba, me arrodillo a su lado y empiezo a acariciar su cuerpo, aunque aún no me siento capaz de rozar su hombría.

Veo como se muerde con fuerza el labio sacándose sangre, no me gusta eso, no quiero que me trate diferente, quiero que me ame como a una esposa.

—No hagas eso —le suplico, besándolo —No tengo miedo, no ahora.

Quiero dejarle eso muy claro y aunque sigo disfrutando de poder acariciarlo a mi antojo, esto no está saliendo como yo esperaba.

—Pequeña, déjame a mí, ¿vale? —pregunta —No te aprisionaré, lo juro.

Y confiando en su palabra, me tumbo de nuevo en la cama, empieza a rozarme con sus gruesos labios mis pezones, que desde hace rato desean ser saboreados por su lengua. No puedo evitar gemir y moverme para acercarme más a esa fuente de placer que es su boca.

Roza, chupa, muerde mis pechos, mientras su mano viaja hacia mi centro, y la verdad que me avergüenza un poco que note lo húmeda que estoy, aunque a mi esposo no parece molestarle, más bien al contrario, me besa con pasión, sin dejar en ningún momento de acariciarme, y aún esclavo del más puro placer, no olvida la promesa que me ha hecho, eso me llena los ojos de lágrimas.

¿Cómo pude dudar de él? ¿Cómo pude pensar que un hombre como James me sería infiel pocos días después de nuestra unión?

Mi cuerpo parece que ya no me pertenece, como de lejos escucho mis propios gemidos de placer, susurro una y otra vez el nombre del hombre que amo y que siempre he amado.

Pasados unos minutos, no soporto más el placer que me produce sus caricias y estallo gritando en voz alta todo el éxtasis que mi cuerpo está sintiendo. Me tensó y cuando toda la ola de calor me sacude dejo caer mi cuerpo de nuevo, extasiada y agradecida por lo que me ha hecho sentir.

—¿Esposa? —pregunta preocupado al darse cuenta de que estoy llorando —¿Te hice daño?

—¡Gracias! —le beso —¡Gracias! —vuelvo a besarlo —¡Gracias!

El sonrío complacido, y tranquilo al saber que no me ha hecho daño.

Un impulso me hace tumbarlo a él en la cama y colocarme yo encima. Su miembro entre mis piernas. Me rozo contra él sintiendo el mismo placer que cuando sus dedos me acariciaban. Él gime como si estuviera sufriendo la peor tortura en mis manos. Me detengo temerosa de ser yo quien le esté haciendo daño.

—Por favor esposa, estás matándome – suplica. Entonces entiendo que el autocontrol de James Mackencie está a punto de esfumarse.

Decido que ya he prologado esto demasiado, agarró el miembro de mi esposo y lo acerco a mi entrada. Me dejo caer un poco, cuando siento que me penetra me quedo de nuevo quieta, esperando un dolor que no llega. Abro los ojos maravillada y James sale a mi encuentro sin poderlo evitar, haciendo que casi todo él esté dentro de mí.

Sin miedo, dejo todo mi peso caer, dejando que todo su gran miembro entre hasta el fondo de mi ser. Ambos gritamos.

El placer me domina y dejo de sentir miedo o vergüenza. Me muevo por instinto, dándole a mi cuerpo la libertad que necesita para volver a tocar el cielo. Yo no puedo evitar a mi esposo, Él tiene los ojos fuertemente cerrados, sus manos apresan mis caderas con fuerza, sus gruñidos me estremecen, verlo disfrutar hace que me sienta poderosa. Siento que voy a llegar al orgasmo de nuevo, así que es mi turno de cerrar los ojos y dejarme llevar. James me amasa mis pechos sensibles enviando ráfagas de placer a mi centro y sale a mi encuentro en cada penetración.

Le cedo el poder porque mi cuerpo ya no es mío y solo quiero sentir, en pocas estocadas profundas me hace llegar al éxtasis y Él lo hace conmigo. No puedo evitar gritar una y otra vez su nombre, él hace lo mismo. Como un eco lejano escucho que pronuncia mi nombre una y otra vez, cuando el placer llega a su fin, me dejo caer sobre el pecho sudoroso de James. Escuchar su corazón desbocado me gusta, me gusta que me acaricie el cabello aun sin darse cuenta. Siento que me besa la frente, pero el sueño me vence y con una sonrisa de plena felicidad me dejo atrapar por los brazos de Morfeo.

Despierto porque el sol entra a raudales por la ventana. Me siento un poco desorientada y al moverme me doy cuenta que estoy algo adolorida, normal, hacía años que no tenia sexo con nadie, pero es un dolor placentero, porque no es fruto de una brutal violación, si no del placer sublime que experimenté con el hombre que amo.

James no está en la cama y eso me entristece un poco, aunque no tengo mucho tiempo para lamentaciones antes de que Marie aparezca con una bandeja llena de comida.

—Buenos días Sarah —saluda feliz, aunque la veo cansada.

—No deberías cargar peso ni subir escaleras Marie —la reprendo, preocupada.

—Tonterías —responde —Debes acabarte todo el desayuno, órdenes de tu esposo —dice riendo.

—¿James? —pregunto desconcertada.

—¿Acaso tienes otro? —pregunta con guasa.

Ambas reímos felices, ella me mira y parece adivinar que los fantasmas han sido expulsados de mi vida, que James ha roto las cadenas que me ataban

al tormento.

—Veo que mi historia te ayudó a decidirte —no pregunta, sino que lo afirma.

—Sí, me ayudo mucho —se lo agradezco y ella como siempre le quita importancia, se marcha y me deja sola de nuevo.

Cuando casi he acabado de comer, aparece James con una nueva mirada, contento como hacía tiempo no lo veía.

Buenos días esposa, veo que desayunaste bien —asiente complacido. —¿Estás bien? —veo la preocupación en sus ojos.

—Estoy muy bien esposo, gracias por este maravilloso desayuno —sonríe para tranquilizarlo.

Él se sienta a mi lado y me acaricia la cara, ambos nos observamos y James es el primero en besarme con ansias. Yo le respondo de igual manera. De repente él se detiene, se pasa las manos por su largo cabello húmedo aún, lo que me lleva a pensar que fue al lago a bañarse.

—Es pronto aún Sarah, no quiero hacerte daño —me besa la frente y sonriendo me tiende un pequeño cofre de madera oscura con palabras gaélicas grabadas en él.

Lo miro extrañada, pero con la mirada me pide que lo abra. La curiosidad me puede y lo hago, dentro del cofre entre terciopelo azul oscuro descansa una pequeña daga, la reconozco enseguida y la bilis sube por mi garganta.

—¿Porque me das la daga de Brianna? —pregunto casi sin poder hablar.

—No es la daga de Brianna, esta es tuya. —Responde —Mi madre mando hacer dos, una para Alex y otra para mí.

Lo miro aún sin comprender, la daga es hermosa, pequeña pero legal y eso lo sé muy bien, porque con una daga idéntica a esta Brianna asesinó a mi primer marido.

—Ahora es tuya esposa, llévala siempre contigo —dice acariciándome el brazo, sacándome de mis cavilaciones.

—¿Qué es lo que pone? —pregunto sabiendo que no me lo dirá.

—En su momento lo sabrás, esposa —sonríe misterioso

No puedo añadir nada más porque mis pequeños sobrinos entran al cuarto de golpe gritando y echándose sobre la cama, haciendo que James y yo rompamos a reír. Los niños gritan sin cesar y es Valentina quien pone algo de orden en tal algarabía.

—¡Basta niños! —ordena tajante, esta niña cada vez se parece más a su padre —Tía, venimos a preguntarte si quieres venir al lago. Madre está algo cansada hoy y padre está entrenando con sus soldados.

—¡Claro que sí! ¿Cómo negarme si estos dos guerreros han irrumpido ya en mis dominios? —pregunto haciéndoles cosquillas.

—Esperar abajo a vuestra tía, decirle a Ian y a Fergus que os acompañen, no iréis solos —ordena mi esposo.

—¡No! —niega Kaylan, uno de los gemelos —¡Estamos en tierra de los Mackencie, nadie osaría atacar aquí!

—Obedecer o no saldréis de los muros del castillo —responde serio.

Los niños, aunque enfadados, se marchan a obedecer a su tío; lo miro un poco acusadora.

—No me mires así esposa, ya te dije lo que pienso —sé que tiene razón —Llévate la daga, disfrutad, yo hoy no puedo escaparme del duro entrenamiento que el Laird nos impone —ríe, me besa por última vez y se marcha.

Me arreglo para pasar un buen rato con mis amados sobrinos. Cuando estoy a punto de abandonar la habitación, me detengo, la daga sigue encima de la cama. La cojo y me la escondo en la liga de la pierna, sin saber por qué me produce seguridad llevarla.

Si alguien se atreve a atacarme a mí o a los míos no dudaré en usarla, por los mi familia soy capaz de todo.

Capítulo VX

Tierras de los Mackencie, 1467.

(Sarah Mackencie)

Llegamos al lago acompañados por Ian y Fergus, ambos guerreros se quedan a una distancia prudente del agua.

Los niños se tiran sin pensárselo dos veces al agua helada. Valentina lo hace seguidamente para estar al tanto de esos dos diablillos, es una magnífica hermana mayor, aunque apenas se lleven dos años.

Yo me quedo en la orilla, con los ojos alerta de que no les pase nada. Mi hermana me ha dejado un poco preocupada, se le veía pálida, cansada. El embarazo ya empieza a dar problemas y aún faltan meses para la llegada del bebe, pero debo concentrarme en ayudar, ¿y qué mejor ayuda que cuidar de estos tres diablos?

Me encantan los niños, siempre soñé con tener lo que mi hermana en pocos años ha conseguido, ¿y si en mi vientre ya crece una nueva vida? Después de la noche de pasión con James es muy posible, y esa posibilidad me llena de alegría. Inconscientemente, me llevo mi mano al vientre plano, imaginando como sería tenerlo abultado con el peso de un hijo en mi interior. Rezo para que Dios me conceda ese milagro.

Veo que Fergus se acerca más al lago y que Ian se queda más rezagado. Lo veo raro, más pensativo de lo normal. Me acerco a él dispuesta a preguntarle que es lo que le aflige.

—Ian, ¿qué sucede? —pregunto cuando estoy a su lado.

—No lo sé Sarah, es un mal presentimiento —al escucharlo, un escalofrío recorre mi cuerpo, no es la primera vez que escucho esa palabra.

—¿Tiene que ver con Marie? —pregunto preocupada.

—No lo sé, llevo días preocupado por ella. Se niega a dejar de trabajar, el parto se acerca y no puedo dejar de pensar que la última vez estuvo a punto

de morir —siento su miedo.

—La amas mucho, ¿cierto? —pregunto contenta de saber que dos personas a las que he llegado a querer se aman profundamente.

—Mas que a mi vida —responde contundente. —Me costó mucho recuperarla, como para que Dios me la arrebate.

—No lo hará —digo convencida.

—Reza por nosotros Sarah, porque yo no estoy seguro de que tu Dios me escuche.

—Lo hace, él no desampara a nadie. Un amor como el vuestro es eterno, se refleja en vuestros hijos y seguirá haciendolo en vuestros nietos —intento que sus malos pensamientos desaparezcan.

—¿Dónde demonios esta Fergus? —pregunta ceñudo. Yo miro y no lo veo ni a los niños tampoco. El corazón parece que se me ha detenido hasta que los gemelos y Fergus salen a la superficie.

—¡Maldita sea Fergus! —grita Ian —¿En qué demonios estabas pensando? —el primero al mando del clan Mackencie ha entrado en escena.

—Lo siento Ian, pero estos renacuajos me retaron a una carrera —se excusa algo avergonzado el hombre más joven, es apenas un muchacho.

—¿Dónde está Valentina? —pregunto aterrorizada. —¡Valentina! —grito presa del pánico.

—¿Se sumergió con vosotros? —pregunta Ian, dispuesto a tirarse al lago.

—No, estaba fuera en las rocas —contesta Fergus nadando por los alrededores.

Ian se tira al agua, yo la llamo a los gritos, siento mi garganta en carne viva, pero no me detengo, no pienso volver a Eilean Donan sin mi sobrina. Por Dios, si algo le ocurre no podré perdonármelo jamás.

—¡Valentina! —grito de nuevo, escalando las rocas donde la vio Fergus por última vez.

Los dos hombres también empiezan su búsqueda por fuera del agua. Los gemelos están asustados llamando a su hermana, están llorando y yo no soy

capaz de consolarlos porque yo también estoy llorando, estoy volviéndome completamente loca.

Escucho un forcejeo en unos altos matorrales, y recordando que llevo la daga, me la saco de la liga y hago señas a Ian que está más cerca de mí. Él también lo ha escuchado y ha desenvainado la espada.

Lo que ven mis ojos delante de mí es mi peor pesadilla hecha realidad, me quedo inmóvil, aprieto la daga en mi mano sudorosa y por un momento dejo de respirar.

—Volvemos a vernos Sarah —delante de mí está William MacFerson, tiene a mi sobrina cogida por el cuello. La pequeña está asustada y aun así lucha contra su captor.

—William —susurro aterrada, inmersa en las pesadillas en las que él es el protagonista.

Ian se dispone a atacar cuando William saca un gran cuchillo y lo acerca al cuello expuesto de Valentina.

—Quédate quieto o le rebano el cuello a la mocosa —y sé que es capaz de hacerlo.

—¡Ian quieto! —le grito, cuando me doy cuenta de que está dispuesto a atacar, pese a la amenaza de ese bastardo.

—¡Suéltala! —ordeno, veo en sus ojos que he cometido un error y cuando aprieta un poco el cuchillo en la piel de Valentina y esta grita, yo me siento a morir, veo brotar una fina línea de sangre.

—¡Por favor! —ruego dejándome caer de rodillas. Sé que a él le agrada verme así. —Déjala ir.

Él sonríe como tantas veces lo vi hacer y el pánico crece en mí. Veo por el rabillo del ojo que Fergus está con los gemelos, pero alerta para atacar, y yo ruego en silencio para que no lo hagan, pues Valentina morirá si lo hacen.

—¿Qué serías capaz de hacer, mi amor? —pregunta burlón mientras su lengua recorre la mejilla de mi niña. Siento asco, tengo ganas de vomitar, pero debo salvarla.

—Déjala ir y yo ocuparé su lugar —le imploro.

—¡No Sarah! —gruñe Ian.

—Me siento tentado, de verdad que sí.... —dice pensativo —Pero es que tu pequeña sobrina es un bocado muy apetitoso.

—¡No la toques! —me levanto furiosa, dispuesta a matarlo.

—Entonces tú ocuparás su lugar —sentencia serio. Aparta el cuchillo del cuello de la niña y afloja su agarre.

—¡Lo haré! —exclamo ansiosa —Deja que los niños se vayan con mis hombres.

—¡No voy a dejar que este bastardo te lleve, Sarah! —grita con furia Ian.

—Por favor Ian —susurro mirándolo —James me salvará —susurro.

Veo la batalla que está luchando, si no deja que yo me marche con William, Valentina morirá. Me mira impotente, yo solo le sonrío, intentando sacar fuerzas para soportar lo que se avecina.

—Suelta a mi sobrina y haré lo que desees —veo en sus ojos la lujuria. Tiemblo y siento muchísimo miedo, pero me domino.

William empuja a Valentina contra Ian sin esperarlo. Ian reacciona cogiéndola antes de que caiga. En esa fracción de segundo, el mal nacido ya me tiene cogida por mi larga trenza y me amenaza con el cuchillo de igual forma que hace unos segundos lo hacía con mi sobrina.

Ian gruñe frustrado. Yo le imploro que se lleve a los niños, que regresen a Eilean Donan, si no sé que William es capaz de matarme si se siente amenazado.

—James te matará, maldito bastardo —sentencia impotente mientras abraza a una Valentina llorosa. Es digna hija de sus padres.

William solo ríe y me obliga a caminar. Cada vez nos alejamos más, lo último que veo de mi gente es a Ian cargando a mi niña y Fergus a los gemelos, sé que llegarán pronto a casa para dar la voz de alarma.

Mientras, William ya no me amenaza con el cuchillo, me empuja para que camine y no muy lejos espera su caballo atado a un gran árbol, ¿cómo demonios supo donde estábamos? ¿Cómo pudo entrar en las tierras de Alexander?

—¡Camina zorra! —gruñe —Me has causado demasiados problemas,

pero me las pagarás —sentencia.

Me obliga a subir al caballo y el lo hace detrás de mí. Tener su asqueroso cuerpo cerca del mío está matandome de asco, mas debo conservar las fuerzas para lo que me espera, porque por desgracia voy directa al infierno.

Otra vez...solo que esta vez es mucho peor, esta vez sé lo que me espera cuando llegue al clan MacFerson.

Solo espero que James llegue a tiempo...

Amado mío, sálvame.

(James Mackencie)

Me despierto aún con Sarah encima de mí. Con mucho cuidado, la dejo dormida encima de la cama, se remueve un poco buscando mi calor. Sonrío como un idiota, no puedo evitarlo.

Me aseo intentando no hacer ruido, una vez termino salgo de la habitación y voy al despacho que perteneció a mi padre y que ahora ocupa Alexander. Voy directo al armario de madera y saco un pequeño cofre que ha estado guardado durante años.

—Sabía que se la entregarías a Sarah —la voz ronca de mi hermano me sobresalta.

—¡Maldición! —exclamo —¿Quieres matarme?

Alexander entra riéndose, me observa y parece adivinar la noche tan especial que he compartido con mi esposa. Asiente complacido.

—¿Puedo decirle a mi mujer que deje de preocuparse? —pregunta.

—Creo que sí, hermano —respondo feliz.

—¡Ya era hora, maldición! —gruñe —Espero que, a partir de ahora, dejéis las tonterías.

—Creo recordar que a ti te costó bastante entender que amabas a Brianna.

—Por eso, maldito mocoso, aprende de mis errores —ordena. —Hoy debes venir al entrenamiento.

—A la orden Laird —digo burlón —Voy a ver si Sarah ya despertó.

—¿No te has parado a pensar el porqué le entregas a Sarah la daga que madre nos regaló? —pregunta sin mirarme.

—Porque es mi esposa y quiero que vaya protegida —respondo muy seguro.

Alex bufá y me mira como si fuera estúpido...

—Aléjate de mi vista o te mataré a golpes —ordena y yo no discuto.

No tengo tiempo para pensar en la pregunta que me ha hecho, ni el porqué de su reacción. No quiero que Sarah despierte y no me encuentre con ella, no quiero que piense que lo de anoche fue algo insignificante para mí.

Para mi mala suerte está despierta y ya ha terminado de desayunar, aunque a ella no parece importarle que no estuviera a su lado al despertar. Eso me molesta un poco la verdad.

Después de que me asegura que está bien, sin poder contenerme durante más tiempo, la beso y ella corresponde ansiosa, pero una vez más soy yo quien debe contenerse, aún está muy sensible y no deseo hacerle daño.

Cuando le muestro el cofre queda maravillada ante él. Es un cofre hermoso, hecho a mano, con el emblema de nuestro clan, y todo tipo de símbolos tallados, aunque lleva muchos años guardado aun conserva su antigua magia. Le pido que lo abra, y al hacerlo sé que reconoce la daga. Su expresión es de pánico, por ello inmediatamente la saco de su error: esta daga es suya y no de Brianna. Mi madre hizo dos, una para cada uno de sus hijos.

Es una daga pequeña, pero peligrosa en las manos adecuadas, y eso lo demostró Brianna en dos ocasiones; la primera al desfigurar a Isabella y la segunda al matar al bastardo de MacFerson.

Sarah me pregunta el significado de la inscripción, y cuando recuerdo lo que pone, las palabras de mi hermano me golpean.

¿Por qué le entrego la daga a Sarah?

No le digo el significado, aun no estoy preparado para enfrentarme a las preguntas que sé que me hará si le digo lo que la daga representaba para mi

amada madre.

Gracias a Dios, la interrupción de nuestros sobrinos me salva de dar más explicaciones. Los gemelos con sus gritos nos hacen entender que quieren que Sarah los lleve al lago, ya que su madre no se encuentra muy bien. Veo como esa noticia preocupa a mi esposa y cómo intenta aparentar felicidad para que sus sobrinos no se preocupen por su madre. Sé que Sarah los llevará, pero no voy a permitir que vayan solos. Los gemelos son los primeros en protestar, pero de nada les va a servir: o van acompañados o no saldrán de estos muros, y así se lo hago saber. A regañadientes aceptan y tras salir igual de rápido como entraron, se marchan a buscar a algún par de tontos que quieran pasar las horas muertas viéndolos nadar.

Me despido de mi mujer, ya que hoy ya no puedo volver a faltar a mis obligaciones. Marcho hacia el patio de armas, cómo no, Alex ya está allí ordenando a gritos a los muchachos más jóvenes lo que deben hacer.

—Envié a Ian y Fergus con Sarah y los niños —me dice tras darme una espada. —Vamos a enseñar a estos mocosos cómo se pelea.

Nos enzarzamos en una batalla, en la cual ninguno quiere perder. Sé que contra el Laird Mckencie no podré ganar, pero no me rendiré tan fácilmente.

Ambos estamos agotados, sudorosos, y creo que mis reflejos fallan, porque sin esperármelo me encuentro en el suelo con mi hermano apuntándome con la espada.

¡Maldita sea! Volvió a ganarme...

—Siempre debes estar alerta —me recuerda y me ayuda a levantarme —¡Parejas de dos! —ordena a voz en grito.

Durante una hora o más, vemos a los jóvenes intentar imitar a su Laird. Aún les queda mucho por aprender, pero es que algunos apenas superan las doce primaveras.

Unos gritos nos alertan de que algo a ocurrido, veo llegar a Fergus con los gemelos en brazos, ambos llorando, y seguido de cerca va Ian con Valentina herida en sus brazos.

Mi hermano corre al encuentro de sus hijos, yo busco como loco a Sarah, pero no llega con ellos, y un mal presentimiento se instala en mí. Incluso antes de que Ian pueda hablar, sé que el bastardo de William se la ha

llevado.

—¿Quién demonios ha osado a herir a mi hija?! —grita Alexander furioso, Brianna y Marie al escuchar los gritos también salen asustadas.

—¡Valentina! —grita Brianna corriendo hacia su hija, que pese a todo está bastante tranquila.

La abraza llorando y tras revisarla y ver que es una herida bastante superficial, mira en busca de Sarah gritando también el nombre de su hermana.

—¿Dónde está Sarah? —pregunta asustada a Ian —¿Dónde está mi hermana?

—¿Dónde demonios está mi mujer? —pregunto cansado de tanto silencio.

—Se la ha llevado —contesta Ian —Ese bastardo tenía a Valentina, estoy seguro de que estaba dispuesto a matarla, Sarah ocupó su lugar.

Mi rugido de furia es atronador, ensordecedor...

Marie se lleva a los niños dentro, Brianna está petrificada, llorando.

Alex intenta hacerla reaccionar. Cuando lo consigue, las palabras de su mujer nos destrozan el corazón.

—Sálvala Alex, por favor —susurra una y otra vez. —¡Va a matarla! — Voy a acabar con ese hijo de puta —me dispongo a marchar solo cuando Alexander me detiene.

—No vas a ir solo. Sarah es mi familia, pero ese bastardo se atrevió a herir y amenazar a mi hija. Entró a mis tierras, vamos a acabar con él — sentencia y su palabra es ley.

Se despide rápidamente de Brianna, y Alex, Ian, Fergus y cuatro hombres más partimos hacia las tierras de ese desgraciado. Desearía poder volar para llegar inmediatamente a sus dominios, pues se que contra más horas esté Sarah en su poder, más va hacerla sufrir, pero juro que si le pone las manos encima se las arrancaré, dejaré que se desangre como un cerdo.

—Las tierras de ese miserable quedan al menos a dos días de viaje sin descanso —habla Ian.

—Sarah no soportará dos días allí —le grito furioso. —Cabalgaremos

hasta de noche, ese animal nos lleva horas de ventaja, debemos atraparlo antes de que llegue a sus dominios.

—¡Basta! —ordena Alexander —Los caballos deben descansar, lo atraparemos. ¡Lo juro!

—¿Cuándo?, ¿cuando haya violado a placer a mi esposa, Alex? —estoy tan furioso y asustado que no me importa ir en contra de mi hermano.

—Vuelve a cuestionar una orden mía y me importará una mierda que seas mi hermano —responde serio.

—¡Es mi mujer la que está con ese bastardo! —le grito sin importarme su amenaza. Como respuesta, Alex estampa su puño en mi cara. Un dolor atroz me recorre la nariz, rezo para que no esté fracturada.

—No olvides que tu esposa es ahora mi hermana también, no vuelvas a dudar de que la rescataré sana y salva —vuelve a montar y todos hacemos lo mismo.

Ian y yo quedamos los últimos, el dolor del golpe no es comparado al que siento por no saber dónde está Sarah en estos momentos.

Veo que Alex da el alto y todos desenvainamos espadas. Algo está tirado en el camino, parece una mujer tirada en el camino. Alex es el primero en acercarse y yo lo sigo. Cuando le damos la vuelta no puedo evitar maldecir.

—¿La conoces? —pregunta mi hermano.

—Es Brenda. —mi hermano entiende inmediatamente de quién le hablo. Le conté toda la historia.

—¿Está muerta? —pregunta Ian. Me acerco a ella y puedo escuchar su respiración brusca.

—No lo está, pero sí muy malherida —respondo.

—No podemos llevarla con nosotros —argumenta Fergus.

—¡Brenda! —la llamo, necesito saber quién le ha hecho esto. Está muy golpeada y es un milagro que no esté muerta.

Ella abre los ojos con mucho esfuerzo, me mira y cuando me reconoce rompe a llorar...

—Ja...mes —balbucea con dificultad —Ha sido él, se la ha llevado.

—¿Él? ¿quién? —insisto.

—MacFerson...cuando me echaste, conseguí trabajo en una taberna —tose con esfuerzo —Él me obligó a irme con él...él me ha violado —rompe a llorar y yo, a pesar de su mal comportamiento, me compadezco de ella.

—Fergus, llévala a mi casa de nuevo, nosotros continuamos viaje.

—¿Sabes dónde va a llevar a Sarah? —pregunta Alex, en su voz detecto desconfianza.

—Creo que no a sus tierras, sabe que le seguís de cerca. No muy lejos de aquí hay una cabaña —deja de hablar y por un momento temo que esté muerta. La zarandeo y vuelve a abrir sus ojos hinchados —Allí tiene a esos dos niños, seguro la llevará allí, está deseoso de cobrar su venganza.

Se me hiela la sangre, pero a la vez la esperanza florece en mí, si nos damos prisa podemos darle caza antes de que se oculte el Sol.

Ayudamos a Fergus a cargar el cuerpo maltrecho de Brenda, él la llevará a mi casa donde la curaran y a mi regreso decidiré qué hacer con ella.

Cuando vemos que el joven Fergus parte a galope, nosotros hacemos lo mismo en dirección contraria para buscar la cabaña que nos ha dicho Brenda.

Dios mío que Sarah esté bien...

Que llegue a tiempo.

Capítulo XVI

(Sarah Mackencie)

Tener el cuerpo sudoroso de William pegado al mío mientras cabalgamos hacia un destino incierto es más de lo que puedo soportar. No ha dejado de tocarme, de contarme con lujo de detalles lo que piensa hacer conmigo. Intento no llorar, no demostrar emoción alguna, aunque es muy difícil.

No sé dónde nos dirigimos. Sé que las tierras de los MacFerson quedan a muchas millas de aquí, pero William no parece temer que James y los Mackencie vengan detrás de él, ¿acaso duda de que mi marido venga a por mí?

—¿Dónde vamos? —pregunto, no soporto estar más tiempo sin saber a dónde nos dirigimos.

—¡Cállate zorra! —gruñe apretando su agarre sobre mí —Esta vez no escaparás con vida —me susurra en el oído.

Un escalofrió me recorre la columna, el miedo me invade, pero ahora soy distinta de la Sarah de antaño, ahora no moriré sin luchar. no voy a rendirme, porque ahora tengo alguien por quien pelear, alguien a quien regresar.

En medio del camino aparece una figura que en la distancia no logro distinguir, al acercarnos muestra su rostro y una furia inmensa me invade. Ante mí, y con una sonrisa maligna, se encuentra Brenda ¿qué demonios hace aquí?

Todo cobra sentido en mi cabeza cuando William desmonta y la besa apasionadamente. Ella corresponde de buen grado y a mi se me revuelven las tripas, ¿estos dos son cómplices? Por eso William sabía dónde encontrarme.

—Volvemos a vernos Sarah —dice burlona sin separarse de William.

—Lady Sarah para ti, ramera del demonio —gruño furiosa, ambos se ríen de mí, no me importa.

—William, dejé a los mocosos en la cabaña que se encuentra a unas millas de aquí —informa risueña esa perra. ¿Mocosos?

—Perfecto belleza, ahora es hora de separarnos —William está listo para abandonar a Brenda, la muy estúpida pensó lo contrario por su expresión.

—¿Qué? —exclama —¿Vas a dejarme aquí? ¡Yo te ayudé a encontrar a esa perra! —grita señalándome.

El golpe que William le asesta la tira a tierra. No me extraña...

—¡No me cuestiones zorra! —ordena pegándole varias patadas —Tú ya no me sirves, ¿sabes lo que hago con la basura que no me sirve? —no para de pegarla y me estoy asustando.

—¡Basta! —grito desmontando. Soy una maldita estúpida. Esta es mi oportunidad para huir, y sin embargo me quedo para ayudar a la zorra que ayudo a William a capturarme.

Él no me hace caso, sigue y sigue. Yo no paro de gritarle para que no la mate, aunque por el estado en el que está, no creo que siga con vida.

—¡Déjala maldito! ¡Ya está muerta! —para mi sorpresa se detiene, jadeando por el esfuerzo. Sus manos están cubiertas de sangre. Me mira furioso, se acerca a mí y por un momento creo que va a golpearme a mi también, pero no lo hace, me obliga a subir de nuevo al caballo y él monta detrás. Deja atrás a Brenda sin volver la mirada. Yo sí vuelvo a mirarla, un cuerpo ensangrentado tirado en medio del camino como si fuera un perro, y siento una gran tristeza por ella, era una mala persona, pero no se merecía el final que William tenía para ella.

Después de cabalgar por un buen rato en silencio, veo a lo lejos una cabaña medio derruida. Temo que ese sea su escondite, si es así, James y los Mackencie ni siquiera pasarán por aquí, ya que ellos se dirigirán directamente a tierra de los MacFerson.

Llegamos antes de lo que me gustaría y me obliga a desmontar. Sin soltarme, abre la puerta de una patada y me empuja al interior. El olor a orín y excremento me recibe haciendo casi imposible contener las arcadas, pero intento recomponerme cuando veo quienes están acurrucados en un rincón de la pequeña cabaña.

—¿Marian? —susurro espantada —¿Sebastien? —las lágrimas me

impiden verlos bien.

Pero puedo distinguir la delgadez de sus cuerpos, la suciedad que los cubre y el miedo que los domina.

Sebastien a crecido muchísimo, Marian sigue pareciendo un duendecillo.

—¿Sarah? —la voz ronca del muchacho me sorprende...

—Vaya, vaya, el mocoso ha vuelto a hablar —ríe el muy bastardo — ¿No te alegra? Sarah ha vuelto, dale las gracias, ahora ya no tendré que escuchar tus quejas y gimoteos de niña.

Se me huela la sangre, lo que da a entender me revuelve el estomago, ¿lo ha violado? Rompo a llorar. Tantas veces que ocupé su lugar para salvarlo... y no ha servido de nada.

—¿Estás llorando? —ríe a carcajadas —¿Por un bastardo que ni siquiera es tu hijo? —pregunta incrédulo.

—Eres un miserable —escupo con asco —Eres menos que un hombre, ¡eres basura! ¡es tu hijo, maldito enfermo! —grito.

El golpe que recibo por su parte me deja desorientada, escucho los gritos de la pequeña y a Sebastien intentando calmarla.

—¡No vuelvas a gritarme! —ordena cogiéndome del cabello —Ellos son míos al igual que tú, puedo destruirlos si ese es mi deseo.

Le escupo en la cara y, cuando William me mira, se que he cavado mi propia tumba.

Me empuja contra el camastro mugriento que hay en una esquina. Sé lo que pretende, pero no va a lograrlo tan fácil, esto era lo que esperaba y estoy más que preparada.

Me tumba de forma que mi cabeza está enterrada en las mantas y él a mis espaldas. Lo noto luchar contra las capas de ropa, no sé dónde están los niños, pero cuando consiga salir de aquí, ellos vienen conmigo. Me revuelvo, aunque él es más fuerte que yo, pero recordar las caricias de James me da fuerzas. No sé cómo lo consigo, pero levanto la cabeza de golpe y lo golpeo en la cara. Me duele, pero no me detengo. Él, a causa de la sorpresa más que por el dolor, aúlla y afloja su agarre, lo que me da la ventaja de poder

levantarme y alejarme de sus garras.

Está sangrando por la nariz y eso me da satisfacción. Me mira como si estuviera viendo un fantasma, yo solo sonrío victoriosa, lo que dura bien poco, porque su mirada se dirige hacia los niños y un temor hace presa en mí, que él quiera vengarse, doblegarme utilizándolos a ellos, pero no dejaré que vuelva a vencerme de ese modo. Lo que él no sabe es que soy capaz de matarlo, creo que ha llegado la hora de este ser inhumano.

Como sospechaba, se encamina hacia Sebastien, lo aparta de Marian a la fuerza. El muchacho ofrece poca resistencia, intentando que Marian no llame su atención.

Lo lleva hasta la mesa y lo aprisiona allí. Sé lo que quiere hacer y no lo voy a consentir. Echo una mirada a Marian y la pobre tiene los ojos fuertemente cerrados y se tapa los oídos con sus manitas. Eso es lo que me hace reaccionar, saco la daga que volví a esconder cuando William no se daba cuenta, la empuño y con un grito de guerra salido de lo más profundo de mi alma me abalanzo sobre él. William al escucharme se gira y fallo, solo lo hiego en su brazo. La sangre sale de la herida profunda, pero no es mortal, he fallado y eso me va a costar muy caro.

Por reflejo coge mi brazo, donde empuño la daga, y haciendo una presión dolorosa hace que la suelte. Gruñe como un autentico animal y me empuja al suelo, caigo golpeándome la cabeza, veo luces de colores y un dolor agudo me atraviesa. Él se echa sobre mi y empieza a intentar subirme la falda, mientras con la otra mano me aprisiona el cuello impidiendo que pueda respirar bien. No tengo fuerzas para resistirme, empiezo a llorar perdiendo el valor que hasta ahora me ha mantenido cuerda, pataleo intentando quitármelo de encima, pero nada consigo. Lo veo forcejear para quedar desnudo y poder violarme como tantas veces hizo en el pasado. Una sensación de fracaso se apodera de mí, le he fallado a los niños, le he fallado a James y me he fallado a mí misma.

De repente siento que el peso de William desaparece de encima de mí, intento enfocar la mirada, respiro profundamente buscando la entrada de aire libre que hasta hace unos segundos me era quitada. Enfrente de mí, inmóvil, está Sebastien. En su mano derecha está mi daga ensangrentada. Sigo su mirada y puedo ver a William balbuceando mientras la vida se le escapa por el profundo corte que le atraviesa la garganta. Sus ojos muy abiertos,

incrédulo aún, sin poder creer que su propio hijo ha acabado con su vida.

Me levanto tambaleante y me acerco corriendo a Marian, quien mira horrorizada la escena. Corriendo la cojo en brazos y me dispongo a coger a Sebastien de la mano para salir corriendo de aquí, cuando la puerta de la cabaña se abre estrepitosamente, grito del susto y temo que sea algún cómplice de William. Pongo a Sebastien y a Marian detrás de mí y me enfrento al nuevo intruso...

Espero podamos salir de aquí con vida...

¿James, dónde demonios estás?

Cuando finalmente la luz de Sol nos permite ver quién ha entrado por la puerta, recupero la respiración, ¡Es James! ¡Mi esposo ha venido a por mí! Lo acompañan Alexander, Ian y varios hombres. Mi esposo recorre con la vista la cabaña y cuando me encuentra se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza. El abrazo dura poco, me separa de él y me examina preocupado. Su mirada se oscurece al ver el golpe en mi rostro y la sangre que mancha mi vestido desgarrado.

—La sangre no es mía —susurro, él solo me mira como si aún no pudiera creerse que estoy sana y salva.

Vuelve a envolverme en sus fuertes brazos dando gracias una y otra vez. Me besa profundamente y yo correspondo con ansia, ya que por un momento pensé que jamás volvería a verlo y ahora lo tengo delante de mí.

—¿Quiénes son estos niños? —escucho que pregunta Alex —¿A qué clan pertenecéis muchachos? —le pregunta a Sebastien.

El niño no habla y yo me separo de James y me acerco a ellos. Marian está aterrada, la cojo en brazos y enfrento a mi cuñado.

—Ellos son los hijos de William, su madre es una gitana que los abandonó con los MacFerson —explico.

—¿Por qué están tan descuidados? —susurra Ian. —Están muy delgados, ¿qué edad tienen? —pregunta.

Ninguno de ellos contesta, Marian me abraza fuerte como si temiera que alguien fuera a apartarla de mi lado, yo correspondo su abrazo.

—Marian debe tener nueve años, Sebastien casi doce —respondo.

—¿Acaso no sabes hablar muchacho? —Alex empieza a impacientarse.

—¡Alex déjalo! —le suplico —No sabes las barbaridades que ha soportado a manos de William.

El niño me mira pidiendo mi silencio y se lo concedo. Sé lo que se siente después de ser violado, la vergüenza que sientes que te impide hablar de ello como si nosotros fuéramos los culpables y no el violador.

—Los niños se vienen conmigo, en el clan nadie los quiere y Sebastien acaba de asesinar a su propio padre para salvarme.

Todos los hombres miran asombrados al frágil muchacho que no levanta la mirada del suelo. James se arrodilla ante él y le obliga a alzar la vista.

El niño lo mira lloroso, temeroso de ser castigado, pero las palabras de mi esposo me llegan al corazón y hacen que lo ame mucho más.

—Sebastien, has sido muy valiente, has salvado la vida de mi esposa y eso no voy a olvidarlo jamás. No debes temer. Ahora tanto tú como Marian son mis hijos ¡son Mackencie! —su intención es abrazarlo, pero Sebastián se separa de él como si quemara. James me mira horrorizado, porque ha comprendido sin necesidad de palabras que este maravilloso niño ha sido abusado.

Niego con la cabeza para que no haga preguntas delante de todos, cuando llegemos a casa será hora de hablar, ahora lo importante es llegar a casa y alimentar y bañar a los niños, intentar olvidar esta pesadilla y seguir con nuestras vidas ahora que el monstruo que nos atormentaba yace muerto a nuestros pies. Ian, después de comprobar que William está muerto y cuando ya todos estamos fuera de esa maldita cabaña por órdenes de Alexander, prende fuego a esas cuatro paredes, donde he pasado las últimas horas.

Por largo rato contemplamos cómo las llamas queman todo reduciendo a cenizas la choza.

Cuando nos disponemos a partir, veo cómo Sebastien, que lleva en brazos a su hermana, no se mueve. Lo miro preocupada, todos los hombres han montado en sus caballos, ya que queda poca luz, y aún quedan muchas millas por recorrer, seguramente tengamos que pasar la noche en algún campamento improvisado. Estamos fuera de las tierras de los Mackencie, en el límite entre los MacFerson y nosotros y eso es peligroso, más aún cuando acabamos de

asesinar a su Laird y quemado su cuerpo.

—¿Qué ocurre Sebastien? —pregunto arrodillándome para mirarlo a sus ojos —No debes temer a estos hombres.

—Tú ya nos abandonaste una vez —me dice con reproche —No confío en ti.

Me duele escuchar eso, pero lo comprendo, me fui y los abandoné, es algo que me ha perseguido durante estos años. Amo a estos niños como si fueran míos, porque los tres hemos sido víctimas del mismo verdugo, porque mientras vivimos juntos en el clan MacFerson nos apoyamos mutuamente. Yo ocupé el lugar de este pequeño en contadas ocasiones, porque prefería sufrir yo a que él lo hiciera, y que ahora cinco años después los haya encontrado e imaginando las barbaridades padecidas me desgarran el corazón.

—Moriré con ese dolor Sebastien, suplico tu perdón y el de Marian, estaba tan cegada por el dolor y la rabia que durante cinco años me refugié en un convento dispuesta a pasar toda mi vida escondida entre sus muros. Cuando mi hermana me rescató, el miedo por sobrevivir me hizo huir sin mirar atrás. Pero no ha pasado un solo día donde no pensara en vosotros y he rezado porque estuvierais bien. A partir de hoy sois mis amados hijos y juro no volver a defraudaros —Estoy llorando con el peso de la culpa aplastándome.

Él no me contesta durante mucho tiempo, incluso llego a pensar que rechazará nuestra ayuda y se negará a venir a Eilean Donan.

Sebastien no dice nada, solo mira a su hermana que me sonrío y me abraza. Lloro agradecida de que al menos Marian me perdone, ella aun era muy pequeña cuando los abandoné y gracias a Dios parece que su hermano ha conseguido que William no le hiciera nada.

Con la niña en brazos se la paso a Alexander y Sebastien debe montar con Ian. Veo que duda, pero al final lo hace cuando Marian le dice algo en una lengua extraña. Sé que es gaélico, pero no entiendo lo que dice.

Cuando monto junto a James, me abraza fuerte y me susurra...

—Juro por Dios que estaba muerto de miedo esposa —lo siento temblar y una alegría inmensa me invade. ¡Le importo!

—Yo también temí no volver a verte —confieso mirando a sus hermosos ojos.

—¡Ojalá hubiera matado yo a ese bastardo! —gruñe —¿Te tocó?

No sé qué decirle, aunque no hace falta, mi silencio se lo dice todo.

Maldice y yo solo quiero consolarlo, decirle que no ha ocurrido nada, que todo ha terminado y que estamos a salvo.

—Shhh —lo obligo a callar. —Estoy bien, lo golpeé, lo apuñalé y, finalmente, Sebastien lo mató.

—¿Ese niño...? —no lo dejo terminar.

—Sí, mientras viví con ellos los protegí lo mejor que pude, varias veces provoqué a William para que dejara en paz al niño, pero los abandoné y él más que nadie pagó las consecuencias. ¿Sabes lo marcado que está ese pobre muchacho? El nunca va a ser normal.

James solo me abraza y deja que lllore en silencio.

Emprendemos marcha raudos, aunque sabemos que la noche será larga, espero que Brianna esté bien. Sé que debe estar sufriendo una agonía por pensar que aún estoy en poder de ese miserable, solo espero que tanto ella como el bebe estén bien.

Faltan varias millas cuando la noche oscura nos rodea. Debemos parar y pasar la noche. Los hombres se encargan de encender un buen fuego y preparar unas camas improvisadas para mí y los niños.

Los niños comen con ansias, como si estuvieran muertos de hambre, y pronto se acuestan los dos juntos. Yo por esta noche lo haré cerca de ellos, James hará la primera guardia.

Cuando ya todos estamos acostados, no puedo evitar la suave vocecita de Marian hablar con su hermano.

—Sebastien debes perdonar a Sarah —dice casi como una orden.

—Tú eres demasiado pequeña, no entiendes nada —contesta brusco.

—No me trates como si fuera estúpida, sabes de mi don, y tengo que decirte varias cosas.

—No empieces con tus tonterías —dice con fastidio el niño.

—Vas a conocer a una mujer de cabellos negros y ojos claros, su nombre es valiente, y esa mujer va a rescatarte del infierno en el que vives,

pero no va a ser fácil, tú mismo te desviaras del camino varias veces, pero recuerda estas palabras hermano: nada más la veas tu alma reconocerá la suya.

—¡Basta Marian! —ordena, un poco asustado, hasta yo lo estoy.

—Yo no voy a estar siempre a tu lado Sebastien, ya lo he soñado, yo no llegaré a cumplir los quince años —un escalofrío me recorre el cuerpo, lo dice tan segura, tan tranquila.

—No digas eso —dice su hermano con la voz rota.

—No sufras por mí querido hermano, este mundo no es el mío y tú has sido el mejor hermano y esté donde esté te protegeré siempre.

Escucho como lo besa y tan tranquila se duerme, dejando a un Sebastien destrozado, sollozando, intentando que nadie lo vea. Sé que si se da cuenta de que yo lo sé, se sentirá avergonzado, así que con un gran dolor intento dormir, pidiéndole a Dios que lo que ha predicho Marian no se cumpla...

Capítulo XVII

(James Mackencie)

Partimos a galope, yo el primero. No me importa dejar atrás a mi hermano y los demás.

Cuando llevamos largo rato y a varias millas de distancia, distingo una pequeña cabaña medio derruida, les hago una señal a los demás y dejamos los caballos atados a una distancia prudente, de forma que William no nos escuche llegar. Corremos lo más silenciosos posible. Alex ordena a Ian y a los otros dos que vayan por la parte de atrás y él y yo entraremos por la puerta para que ese maldito no pueda escapar de ningún modo.

Alex me pide paciencia, en la cabaña no se escucha nada y eso me aterroriza, así que sin pensarlo golpeo la puerta abriéndola de golpe, entro y me cuesta acostumbrarme a la penumbra, pero cuando mis ojos ubican a Sarah mi corazón deja de latir.

Está en medio de la estancia, ensangrentada, con su vestido desgarrado, despeinada y golpeada. ¡Dios mío, que ese cerdo no la haya vuelto a violar! —ruego a un Dios al cual hace tiempo dejé de rezar.

Veo a William degollado en el suelo y dos niños aterrorizados. El mayor sostiene la daga de Sarah en sus manos, por lo que deduzco que ha sido él quien ha acabado con esta rata. ¡Lástima! Quería al bastardo para mí.

Corro hacia mi esposa y la abrazo fuerte contra mí, aún sin poder creer que está viva, que he llegado a tiempo para salvarla.

Me aparto de ella y la examino más de cerca. El golpe en la cara empieza a amoratarse, una rabia inmensa me invade, el miedo de no saber qué ha ocurrido aquí.

—La sangre no es mía —susurra para intentar tranquilizarme.

La beso con ansia, ya que por varias horas pensé que nunca volvería a

verla con vida.

—¿Quién son estos niños? —escucho que pregunta Alex —¿A qué clan pertenecéis muchacho? —le pregunta al muchacho.

El niño no habla y Sarah se separa de mí, se dirige a la niña y la coge en brazos. Se enfrenta a Alex.

—Ellos son los hijos de William, su madre es una gitana que los abandonó con los MacFerson – explica. Ahora lo entiendo, ella los conoce bien.

—¿Por qué están tan descuidados? —susurra Ian. —Están muy delgados, ¿qué edad tienen? —pregunta.

Ninguno de ellos contesta, veo como la niña se aferra a mi esposa como si temiera que alguno de nosotros fuera a separarla de ella.

—Marian debe tener nueve años, Sebastien casi doce —responde.

—¿Acaso no sabes hablar muchacho? —Alex empieza a impacientarse.

—¡Alex déjalo! —le suplica —No sabes las barbaridades que ha soportado a manos de William.

Puedo hacerme una idea de todo lo que habrán sufrido, su madre los abandonó con un hombre cruel, que se ve que no los ha cuidado bien: están desnutridos, sucios y aterrados. ¿Quién sabe las barbaridades que han presenciado?

—Los niños se vienen conmigo, en el clan nadie los quiere y Sebastien acaba de asesinar a su propio padre para salvarme. —Explica Sarah seria, temiendo que nos neguemos a llevarnos a estas pobres almas con nosotros.

—Sebastien has sido muy valiente, has salvado la vida de mi esposa y eso no voy a olvidarlo jamás, no debes temer. Ahora tanto tú como Marian son mis hijos ¡son Mackencie! —Quiero que entienda que tiene mi gratitud y que los acepto como mis hijos, que voy a amarlos y cuidarlos como si fueran propios.

Mi intención es abrazarlo, pero se separa de mí como si fuera algo impensable para él. El horror me paraliza, al entender lo que puede significar que el niño no quiera que ningún hombre lo toque. Miro a mi esposa esperando que ella pueda negarlo, pero en su mirada veo la confirmación de mis temores,

mi rugido de furia hace que el niño se asuste aún más, así que salgo de la cabaña para intentar calmarme.

Alex es el primero en seguirme y los demás vienen detrás. Mi hermano ordena a Ian que prenda fuego a la cabaña con el cuerpo de ese degenerado dentro. Pronto las llamas consumen todo a su paso.

Los otros dos hombres van a por los caballos mientras mi esposa está un poco más alejada de allí con los niños.

—¿Estoy en lo cierto en pensar que William abusó de ese niño? — pregunta Alex apretando los puños.

—Creo que sí. ¡Dios santo! Era su hijo, un niño indefenso —un nudo en la garganta me impide seguir hablando.

—¡Maldito enfermo! —gruñe mirando hacia los niños —¿Crees que también haya violado a la pequeña?

—Espero que no, creo que Sebastien la ha conseguido proteger a costa de su propia vida.

Ambos miramos a los niños, juntos. Sebastien está diciéndole algo a su hermana y ella asiente sonriendo. Es hermosa, parece un duendecillo, en su mirada puedo ver inteligencia y algo más, como si esa niña supiera mucho más que todos nosotros.

Finalmente llegan los caballos, todos montamos y esperamos que Sarah y los niños lo hagan, pero veo que Sebastien se niega a venir. Veo el dolor en los ojos de mi esposa, deseo desmontar y obligar a ese niño a montar, pero sé que no debo intervenir.

Veo como Sarah se arrodilla y habla con ellos. Muevo mi montura para poder escucharla y sus palabras atraviesan mi corazón.

—¿Qué ocurre Sebastien? —pregunta arrodillándose para mirarlo a los ojos —No debes temer a estos hombres.

—Tú ya nos abandonaste una vez —le dice con reproche —No confío en ti.

Me duele escuchar eso y me parece impensable que Sarah los abandonara, pero entiendo que el día que Brianna la salvó ella estaba muy mal herida, ella no estaba en sus cabales.

—Moriré con ese dolor Sebastien, suplico tu perdón y el de Marian. Estaba tan cegada por el dolor y la rabia que durante cinco años me refugié en un convento dispuesta a pasar toda mi vida escondida entre sus muros. Cuando mi hermana me rescató, el miedo por sobrevivir me hizo huir sin mirar atrás. Pero no ha pasado un solo día donde no pensara en vosotros y he rezado porque estuvierais bien. A partir de hoy sois mis amados hijos y juro no volver a defraudaros. —Está llorando con el peso de la culpa aplastándola.

El niño no dice nada, Marian sonríe y abraza a Sarah. La inocencia de la niña hace más fácil el perdón. Por el contrario, Sebastien tarda en moverse para acercarse a nosotros, pero finalmente lo hace.

Marian monta con Alex, Sebatien con Ian, y por supuesto mi esposa monta conmigo.

—Juro por Dios que estaba muerto de miedo esposa —no puedo evitar temblar ante ese horrible pensamiento.

—Yo también temí no volver a verte —confiesa mirando directamente a mis ojos.

—¡Ojalá hubiera matado yo a ese bastardo! —gruño —¿Te tocó?

Su silencio me responde y deseo que ese miserable esté vivo de nuevo para destrozarlo.

—Shhh —me obliga a callar. —Estoy bien, lo golpeé, lo apuñalé y, finalmente, Sebastien lo mató.

—¿Ese niño...? —no me deja terminar.

—Sí, mientras viví con ellos los protegí lo mejor que pude, varias veces provoqué a William para que dejara en paz al niño, pero los abandoné y él más que nadie pagó las consecuencias, ¿sabes lo marcado que está ese pobre muchacho? Él nunca va a ser normal.

Las lágrimas no la dejan seguir hablando y yo solo la abrazo y pongo el caballo a caminar. Somos los últimos, puedo ver que Sebatien está tan recto y tan tenso que va a acabar muerto antes de llegar a Eilean Donan. Veo a Alexander muy callado, sé que está preocupado por su mujer. Ahora que tengo a la mía junto a mí, mi preocupación por Brianna crece.

Alexander, con pesar, reconoce que no podemos seguir cabalgando, ya

que la noche es muy oscura, así que montamos un campamento, un buen fuego y algo de comida. Los niños deboran todo lo que llega a sus manos. Cuando terminan, Sarah los acuesta en una cama de pieles que hemos hecho para ellos. La noche va a ser fría y ambos se acuestan juntos sin pensarlo. A Sebastien, la única persona que permite que lo toque es a su pequeña hermana.

Yo decido hacer la primera guardia, aunque mi hermano se ofrece, ya que él no va a poder dormir, pero le pido que lo intente. No lo consigue, lo sé porque lo veo dar vueltas y vueltas. Sarah está con los ojos cerrados, pero alerta, sé que está pendiente de los niños, a los que oigo cuchichear, pero no entiendo lo que Marian le dice a su hermano.

Pasada las horas, Alex me dice que vaya a descansar, ya que es una tontería que ambos estemos despiertos. Me dirijo hacia donde está Sarah y la abrazo, ella en su sueño se sobresalta, pero cuando se da cuenta que soy yo, se relaja y sigue durmiendo más tranquila que horas antes.

Cuando el sol está empezando a salir, Alex es el primero en empezar los arreglos para partir.

—Voy a adelantarme James —me dice montando a su caballo —Tengo un mal presentimiento, no le digas nada a Sarah.

—Vete, galopa veloz —ordeno preocupado —Nosotros llegaremos en unas horas, vuelve junto a tu mujer.

Solo asiente y parte raudo. El ruido de la partida de Alexander despierta a los demás.

—¿Qué ocurre James? —pregunta mi esposa —¿Por qué se marcha Alex?

—Quiere llegar primero para tranquilizar a Brianna —intento sonar convincente. Sarah me mira intentando buscar en mis ojos la verdad.

—Voy a despertar a los niños —dice no muy convencida de mi explicación, veo la preocupación en sus ojos.

Estoy arreglando mi montura cuando Marian se acerca hacia mí...

—No debéis afligiros —susurra, me hace una señal para que me agache a su altura —Ella hubiera muerto, el bebé está en un sitio mejor.

Dicho esto, se marcha junto a su ceñudo hermano, que ha visto nuestra

corta conversación.

¿Brianna hubiera muerto? ¿El bebé está muerto? ¡Dios santo!

¡Esta niña es una bruja! Me asusto por sus palabras, espero que no le diga nada a Sarah, rezo para que se equivoque en su predicción.

(Sarah Mackencie)

Con una gran congoja me duermo, pero es un sueño intranquilo donde William aún está vivo, donde aún estoy en sus garras, donde veo como Sebastien es humillado y herido por ese animal. No puedo despertar y la angustia me asfixia.

Cuando aún estoy dormida, siento un gran cuerpo abrazarme me tenso, pero al oler su olor me relajo, es James, es mi amado esposo.

Después de la llegada de James a mi lado, duermo tranquilamente segura de que entre sus brazos estoy segura de todo peligro.

Me despierto al no sentir el abrazo reconfortante de mi marido y, al escuchar el galope raudo de un caballo, veo a lo lejos a mi cuñado. ¿Le habrá pasado algo a Brianna?

Le pregunto a James, pero el solo intenta tranquilizarme, espero que sus palabras sean ciertas y tanto mi hermana como el bebé estén bien.

Veo como Marian se acerca a mi esposo y como él, al escuchar lo que la pequeña le dice, pierde el color. El miedo me estremece, ¿Marian le habrá contado alguna visión?

Le pregunto a la niña, pero no me dice nada de lo que ha hablado con James, solo me sonrío y me pide que tenga valor.

¿Valor?, ¿para qué?

Ahora más que nunca quiero llegar a Eilenan Donan, así que cuando los niños acaban de desayunar todos nos apresuramos a volver al hogar.

Cabalgamos durante horas, todos estamos cansados, al menos los niños y yo, pero no le pido en ningún momento a James que nos detengamos, mi necesidad ahora es más grande que el dolor o el cansancio. Sé que Alex ya

habrá llegado a la fortaleza y habrá tranquilizado a mi hermana.

Cuando a varias millas de distancia aparece Eilean Donan, el corazón se me dispara. Le pido a mi esposo que se dé prisa, él no contesta ni le ordena a la montura ir más deprisa, como si temiera llegar.

Cuando lo hacemos, a pesar de la urgencia que siento por ver a Brianna, me aseguro de que Sebastien y Marian se den cuenta que han llegado al hogar. Eilean Donan será siempre su lugar, el hogar de su Laird.

—Niños, bienvenidos a Eilean Donan —les digo sonriente.

—¿Este es tu hogar? —pregunta Marian impresionada.

—Es el hogar de mi hermana, de tu nuevo Laird —le explico.

Sebastien, como ya es costumbre en él, solo mira a su alrededor.

—Quiero que sepáis que aquí siempre seréis queridos, protegidos y que jamás volveré a abandonaros —eso se lo digo especialmente a Sebastien.

De repente salen mis sobrinos a la carrera, se echan encima de James y veo a Valentina inmóvil en los escalones de entrada, mirando fijamente a mi muchacho, no con miedo si no como algo más profundo.

Sebastien la mira impresionado, incluso diría que un poco asustado. ¿Por qué? Valentina solo es una niña pequeña, va a cumplir cinco años en pocos meses.

—¿Lo ves hermano? —pregunta feliz, mirando hacia mi sobrina.

—¿Como te llamas? —la voz ronca de el niño sigue sorprendiéndome, más aún cuando es la primera vez que habla desde hace horas.

—Valentina ¿y tú quién eres? —pregunta curiosa.

—Nadie... —y se aleja. Yo me quedo sorprendida, Marian lo sigue a los gritos.

Le digo con la mirada a Ian que se encargue de ellos un momento.

—¿Quiénes son esos niños tía? —pregunta de nuevo Valentina.

—Son mis hijos, querida —le explico sonriente —Se llaman Sebastien y Marian.

—Ese niño me ha mirado raro, no me gusta —refunfuña.

Solo me río intentando quitarle importancia. Ellos deben acostumbrarse a Sebastien, porque él siempre va a ser algo brusco y no creo que deje que mucha gente se acerque a él, no en mucho tiempo al menos.

—¿Dónde está mamá, Valentina? —pregunto extrañada de que mi hermana no haya salido de prisa a mi encuentro.

—Mamá está un poco malita —responde triste. Miro a James, que está mirándome preocupado...

Me dirijo hacia el castillo, él me detiene...

—Tranquilízate, los gemelos me han dicho que tu hermana está bien.

No le contesto, él sabía que a Brianna le había ocurrido algo, pero ¿cómo? ¡Marian! Ella le dijo algo hace horas...

Corro y subo las escaleras lo más rápido posible. Voy directa al dormitorio de mi hermana y sin llamar a la puerta entro. Se me cae el alma a los pies cuando la encuentro tumbada en su cama, pálida y ojerosa con Alex a su lado besando su mano y hablándole en voz baja. Cuando ambos me ven, tienen distintas reacciones: Alex se aparta para darme espacio y Brianna sonrío cansada, sin brillo en los ojos.

—¡Estás sana y salva! —exclama —Alex ya me había contado todo, pero yo no podía estar tranquila hasta no verte.

Me acerco despacio, sin poder entender que le ocurre...

—¿Qué ha pasado, Brianna? —pregunto asustada.

—Perdí a mi bebe Sarah —dice con lágrimas en los ojos.

Yo me dejo caer de rodillas al lado de la cama y rompo a llorar. Me siento culpable, el maldito William también se ha llevado a mi sobrino y casi a mi hermana.

—¡Todo es mi culpa! —sollozo—Brianna lo siento tanto...

—Levántate inmediatamente Sarah Mackenzie —ordena —Tú no tienes culpa de nada, sabes que mis embarazos siempre han sido difíciles y este más que ninguno. Estoy bien, estaré bien —dice mientras me siento a su lado y me abraza.

Lloramos durante un rato, en el cual le relato un poco el calvario que

pasé las horas que estuve retenida por William, le hablo de Sebastien y Marian y ella sonrío feliz.

—¿Qué te parece? Me has traído dos sobrinos —ríe. —Quiero conocerlos.

Salgo de la habitación dispuesta a ir a buscarlos yo misma, pero mi sorpresa es encontrarme a mi cuñado y a mi esposo fuera. Alex tiene los ojos enrojecidos, pero como buen guerrero hace lo posible por ocultármelo.

—Brianna quiere conocer a los niños, ¿dónde están? —pregunto.

—Marie hace un rato estaba bañándolos —explica mi esposo —, iré por ellos.

Nos quedamos solos Alex y yo, un silencio incómodo...

—Lo siento tanto Alex —le digo intentando no volver a llorar.

Él me mira como si no entendiera por qué me disculpo.

—Brianna a perdido el bebé por mi culpa, es algo con lo que viviré toda mi vida.

—¡No quiero volver a escuchar semejante tontería! —me ordena enfadado— Tú fuiste una victima más de ese cerdo, tanto como esos niños o mi hijo nonato.

No puedo articular palabra porque James llega con los niños. Sebastien mantiene una distancia prudencial, por el contrario, Marian se ve muy feliz en brazos de James.

Entramos todos a la habitación y Brianna queda encantada con los niños. Ya duchados se ven de otra manera, el pelo y ojos oscuros de ambos que demuestran su sangre gitana, menos mal que no se parecen en nada a su padre.

—Bienvenidos a Eilean Donan niños, espero que consideréis vuestro hogar a partir de hoy. —Se que mi querida hermana lo dice de corazón.

Marian se acerca y acariciando la mano de mi hermana le dice....

—No sufras, tu hijo está en un lugar mejor. —La besa y nuevamente se coloca al lado de su hermano.

Veo que Brianna no puede creer lo que Marian ha dicho, Alex y James se llevan a los niños, visto que Sebastien no iba a decir nada.

—¿Has escuchado lo que ha dicho esa niña? —pregunta con los ojos aguados. —¿Cómo sabía ella lo del bebé?

—Creo que Marian tiene un don, Brianna —lo digo convencida, Dios le ha dado el don de ver el futuro, según se mire puede ser una pesada carga para una niña.

—Santo Dios.... era un niño...mi hijo —rompe a llorar y yo la consuelo lo mejor que puedo. Cuando finalmente agotada se duerme, me marcho dispuesta a darme un baño y a descansar un poco.

Necesito dormir durante un día entero, tal vez así toda esta pesadilla termine.

Capítulo XVIII

Eilean Donan, 1467.

(Sarah Mackencie)

Han pasado varias semanas. Mi hermana se ha recuperado, aunque el dolor de la pérdida perdura y siempre lo hará.

Estas semanas han sido un poco difíciles. Marian se ha adaptado perfectamente a su nueva vida, ella y los gemelos se llevan de maravilla, a pesar de que es varios años mayor que ese para de diablillos.

Valentina a aceptado a sus nuevos primos sin problema, pero Sebastien parece huir de ella, como si la temiera, algo que no es posible.

Ambos hermanos están engordando gracias a las deliciosas comidas de Marie, mi querida Marie, que hace días por fin dio a luz a un niño al que a puesto el nombre de George en honor a mi querido padre. Según nos explicó ella, no ha olvidado el buen recibimiento que le ofrecimos en nuestra casa, cuando hace años acompañó a Brianna.

Marian ya me llama mamá. Es una niña maravillosa y muy madura para su edad, tiene una capacidad enorme de superación, nunca habla de sus ocho primeros años de vida, como si su mente se empeñara en bloquear todo el infierno que ha padecido.

Sebastien en cambio se muestra igual de desconfiado, sobre todo hacia mí. Sé que habla con James, incluso con Alexander, pero no conmigo.

Aunque entiendo su postura, no me resulta menos dolorosa. Sé que el ha pasado por calvarios por los que nadie debería pasar. Yo los viví, pero él es incapaz de perdonarme que no me los llevará el día que Brianna me ayudó a salir de ese infierno.

James ha intentado compensar el silencio y rechazo del muchacho pasando mucho tiempo conmigo. Hemos hablado, reído y dormido juntos desde que fuimos rescatados de las garras de William, pero no he vuelto a hacer el amor con él, no porque no lo desee, sino porque el parece no desearme a mí.

Todo esto me tiene desanimada, pero hoy debo hacer mi mejor esfuerzo y disfrutar de la gran fiesta que ha sido preparada para celebrar el cumpleaños de la primogénita de mi hermana.

Valentina cumple cinco años. Mi esposo decidió que después de la celebración regresaríamos a nuestras tierras. No niego que aún siento desasosiego al pensar en dejar Eilean Donan, pero ahora tenemos hijos y deben criarse en el hogar de su padre, aunque por supuesto Eilean Donan es nuestro segundo hogar.

Mis pensamientos son interrumpidos porque veo que Sebastien sale casi corriendo por la puerta trasera y seguido muy de cerca por una Valentina muy furiosa. Estos dos siempre están discutiendo. No mi hijo, él no demuestra más que indiferencia por casi todo, sino mi dulce Valentina, parece que el chico saca lo peor de ella.

—¡Sebastien! —grita —¡No puedes ignorarme, es mi cumpleaños!

Él sigue su camino como si no la escuchara.

Ella se sienta en el suelo a llorar, se me parte el alma al verla así.

Veo a Marie salir al encuentro de mi sobrina, le hago una seña para que la tranquilice y furiosa sigo a ese niño que ya me colmó la paciencia.

—¡Sebastien Mackencie! —le grito, él detiene sus pasos, mas no me mira.

Me acerco a él y espero a que levante la mirada del suelo. Pasan los minutos y no lo hace. Mi pie golpea la tierra con impaciencia, quiero a este niño, pero no voy a permitir que castigue a mi sobrina por mis errores.

—¿Por qué castigas a una niña por mis pecados? —pregunto —¿Por qué la odias tanto Sebastien?

Tarda en responder, pero cuando lo hace el dolor que detecto en su voz me parte el corazón.

—No la odio, no puedo odiarla —alza su mirada hacia mí y sus ojos negros están llenos de congoja, de pesar.

—Juro que no te entiendo, Sebastien, ¡te amo! —exclamo —Pero no pienso permitir que pagues con Valentina tu odio hacia mí. ¿Podrías al menos, ya que hoy es nuestro último día en Eilean Donan, ser amable con ella? —pregunto esperanzada.

Él me mira asombrado y veo una sombra de tristeza antes de que vuelva a ocultarse tras una máscara de indiferencia.

—¿Nos marchamos? —pregunta intentando disimular sus verdaderos sentimientos.

—Sí, James ha decidido que debemos pasar un poco de tiempo en casa, pero no te preocupes, volveremos seguido aquí, no dejarás de ver a Valentina.

—Eso sería estupendo —sonríe con malicia. —No volver a tener a esa mocosa detrás de mí todo el día.

Me duele escucharle hablar así, me doy por vencida, tal vez dentro de unos meses cambie de pensar respecto a mi sobrina.

Él se gira dispuesto a marcharse, pero no puedo evitar preguntarle lo que me atormenta día y noche.

—Sebastien ¿algún día podrás perdonarme? —pregunto con miedo a escuchar su respuesta.

Él no habla, no me mira, solo se encoge de hombros y sigue su camino. Suspiro agotada por esta pequeña charla que de nada ha servido. Me dirijo hacia mi habitación para descansar un poco, últimamente me siento cansada todo el tiempo, pienso que es por todo lo que he pasado en tan poco tiempo.

Al marcharme no me doy cuenta de que dos niñas están escondidas y que han escuchado mi conversación con Sebastien. Una Marian enfadada con su hermano intenta consolar a una Valentina llorona. No entiende por qué el muchacho que la fascina desde que llegó a su hogar no siente lo mismo que ella.

Al entrar en mi alcoba, me dejo caer sobre la gran cama y en el acto me relajo. El olor de James me envuelve, intento dejar todas mis preocupaciones atrás, cierro los ojos y siento como el cansancio hace presa en mí. Me siento

cada vez más pesada y en pocos minutos me dejo atrapar por el sueño.

Una suaves caricias me van despertando. Sonrío porque intuyo quién puede ser, abro poco a poco los ojos, aún medio dormida, y efectivamente es James. Él me mira sonriendo, como si hubiera cometido alguna travesura. A veces en él vuelvo a ver a jovenzuelo que conocí hace años.

—Dormiste varias horas esposa —me besa la frente y yo no puedo evitar suspirar—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado.

—Estoy bien James —me incorporo en la cama —Solo algo cansada, estas semanas han sido duras.

—Sí lo han sido, pero todo ha terminado y ahora tenemos dos hijos.

—Sí, aunque uno de ellos me odie —suspiro con pesar, James me abraza para consolarme.

—Ha sufrido mucho, se mantiene a distancia, pero lograrás su amor, vas a conseguir llegar a él, después de todo, te salvó de ese bastardo —respondo, intentando dar esperanzas a mi atormentado corazón.

Nos quedamos en silencio, abrazados, disfrutando de la compañía mutua, hasta que un gran revuelo invade la alcoba. Cómo no, los primeros en aparecer son los gemelos, seguidos de Alai, el hijo mayor de Ian y Marie.

—Padre dice que debéis bajar ya —dice Keylan.

Ambos reímos, él es el mandón de los dos, el que lleva la voz cantante en todo, y su hermano se deja llevar en todas las travesuras. Aydan es más tranquilo, más callado.

—Bajamos enseguida niño —intenta sonar enfadado, pero fracasa estrepitosamente cuando Keylan se abalanza sobre él. Ambos ríen. El siguiente en entrar en acción es Aydan y seguido Alai, aunque es demasiado serio, siempre siguiendo los pasos de su padre.

—¿Se puede saber qué alboroto es este? —la voz grave de Alexander Mackencie nos hace callar a todos.

Su gran cuerpo ocupa el espacio de la puerta, de brazos cruzados y mirando como si todos hubiéramos perdido la cabeza se encuentra mi cuñado.

Sus hijos corren hacia él y su semblante cambia al instante. Riendo, los coge en sus fuertes brazos y nos ordena a todos que bajemos de una vez.

Valentina ya está impaciente y mi hermana no sabe qué más hacer para que esa diablilla se tranquilice.

Mi marido me mira y un estremecimiento me recorre el cuerpo, en sus ojos veo el deseo. ¡Me desea! La felicidad me embarga por completo y desearía no tener que abandonar nuestra alcoba, poder perderme en sus brazos, pero siempre nos queda la noche.

Esta noche pienso seducir de nuevo a mi esposo.



(James Mackencie)

La deseo, se que ella lo sabe, y en su mirada puedo ver el mismo fuego que yo siento.

Maldigo en voz baja. Debemos ir a la fiesta que se celebra, si no amara tanto a mi sobrina, no dejaría salir a Sarah de esta habitación, le haría el amor durante horas.

Respiro hondo y me levanto y mi esposa hace lo mismo. Nos miramos y ambos pensamos lo mismo, esta noche será nuestra.

Bajamos cogidos de la mano, me gusta sentirla cerca, poder acariciar su suave piel, que su pequeña mano se pierda entre las mías.

Todo el clan esta reunido para celebrar un año mas de vida de la primogénita de nuestro Laird. Los niños corretean riendo, los hombres beben y las mujeres bailan y cuchichean sin cesar.

Me siento feliz, rodeado de mi gente, de mi familia y de mi esposa. Busco con la mirada a mis hijos, si mis hijos, en pocas semanas me he acostumbrado a pensar en esos dos niños como míos, Marian es un angelito, siempre con esa mirada de sabiduría, como si ella conociera los secretos del mundo, y Sebastien, ¿qué puedo decir de él? Tan solo tiene doce años y ya carga con un gran peso sobre sus hombros. Siempre se mantiene alerta, como

esperando ser atacado. Aún se resiste a perdonar a Sarah, eso en varias ocasiones me ha enfurecido, pero hace unos días, cuando estaba dispuesto a molerlo a golpes por hacer llorar a Sarah por enésima vez, Marian me detuvo con sus sabias palabras. Recordé cómo ella, sin aún haber llegado a Eilean Donan, ya sabía que Brianna había perdido al niño que esperaba, así que pese a mi furia la escuché. Cuando acabo su relato, mi corazón sangraba por Sebastien. Después de escuchar lo que esa niña sabía, algo en mí cambió.

—Papá, no castigues a mi hermano, él no quiere ser así —la voz de la niña me detiene de mi decisión de ir tras ese mocoso desagradecido.

—Marian es tu hermano y me enorgullece que lo defiendas, pero no permitiré que vuelva a hacer llorar a tu madre —le digo mirándola, en ella veo el temor, pero también la certeza de que ella sabe algo que nosotros no llegamos siquiera a comprender.

—Él no la odia, no la culpa, al menos no como antes. —me coge la mano y me obliga a sentarme a su lado —Cuando Sarah se fue, William se volvió loco, enterró a su padre y fue nombrado Laird del Clan MacFerson.

William odiaba a Sebastien aun más que a mí, ¿crees que no sé las atrocidades que ha sufrido? ¿Crees que no sé que él ha ocupado mi lugar en las garras de mi padre por mí? —en sus ojos negros veo su tristeza, su culpa, una carga demasiado pesada para una niña tan pequeña.

Intento hablar, pero ella continúa con su relato, quiere hacerme entender por qué su hermano es como es, quiere contarme su historia y yo estoy más que dispuesto a escucharla.

—No quiero volver a ver a Sebastien golpeado, no quiero volver a escucharlo gritar de agonía, solo quiero verlo feliz —rompe a llorar y yo intento consolarla.

—No llores Marian... perdóname —le digo besando su cabello. —Juro que no lo golpearé, pero si pienso advertirle muy seriamente.

—Yo le dije lo que le esperaba en el futuro, es mi culpa que esté así —susurra avergonzada.

—¿De qué hablas pequeña? —pregunto sin comprender.

—Él conocerá a una mujer fuerte que lo salvará de su tormento, su nombre es valiente, pero está luchando con uñas y dientes por apartarla —dice

un poco enfadada.

No entiendo nada, doy vueltas y más vueltas a sus palabras, ¿quién llamaría a una niña valiente? Un momento... ¿valiente? ¡Valentina!

—¿Cómo será esa mujer? —pregunto, veo a mi hija sonreír.

—Su largo cabello negro brilla con los rayos del sol, sus ojos reflejan su bondad y su valentía, de un azul celeste que es como si contemplaras el mismo cielo —recita como si estuviera en trance.

Dios santo... ¿acaba de describir a mi sobrina?

—Sebastien ya la ha conocido, ¿verdad?

Ella solo asiente, sonrío, pero esa sonrisa no llega a sus ojos.

—Esta sufriendo, su alma ha reconocido a su alma gemela, ella será el gran amor de su vida, pero sé que antes de que todo termine, el cometerá muchos errores, errores que harán que ella se aleje.

—Solo son niños Marian, tal vez te equivoques —le digo intentando convencerme a mi mismo de que todo lo que dice es una locura.

—El tiempo lo dirá, solo que yo no estaré aquí para verlo, debes prometerme que cuidarás de él. Sin mi estará perdido y tendrá una excusa más para dejarse vencer —diciendo esto me da un beso en la mejilla y se marcha corriendo al encuentro de los gemelos.

Durante días he intentado olvidar esas palabras, intento no pensar en lo que significan, pero cada vez que veo a mi hijo alejarse de mi sobrina, no puedo evitar pensar en lo que Marian me confió.

Me acerco a mi sobrina y la cojo en brazos, ella ríe encantada, me abraza y yo a ella. A lo lejos puedo ver que Sebastien nos mira serio, taciturno como siempre, pero en sus ojos brilla algo más.

—Feliz cumpleaños pequeña —le deseo de todo corazón.

—¡Tío! ¿Viste cuánta gente vino a mi fiesta? —pregunta feliz.

—Claro pequeña, ¿quién osaría perderse el cumpleaños de una Mackencie? —pregunto riendo.

—No todos están felices de estar aquí —responde triste de repente. Miro en la dirección que ella lo hace, Sebastien se marcha en cuanto se da cuenta de que ella está mirándolo.

—No te pongas triste —le pido.—Déjalo en paz, el necesita sanar.

—¿Porque me odia? —pregunta con sus dulces ojitos anegados de lágrimas.

—No lo hace pequeña, te juro que no lo hace —la dejo en el suelo y veo cómo se marcha a jugar bastante desanimada.

Odio que ese muchacho cause estragos en dos mujeres a las que quiero. Debo hablar con él, gracias a Dios nos marchamos hoy, tal vez alejado de aquí y con el paso del tiempo cambie su actitud.

No está muy lejos, he notado que le encantan los caballos, así que siempre se esconde en las caballerizas.

—¿Vas a golpearme? —pregunta sin mirarme.

—Le prometí a tu hermana que no lo haría, pero me lo estás poniendo muy difícil muchacho —respondo intentando controlar mi enfado.

—No quiero estar en una estúpida fiesta, eso es todo —responde.

—Nadie te obliga, escóndete aquí como haces siempre, eres un cobarde —intento enfurecerlo —Pero te advierto que no voy a permitir que vuelvas a hacer llorar a Sarah o a Valentina.

—Si se mantienen lejos de mí todo irá bien —dice en voz baja.

—Perfecto, nos marchamos hoy mismo, no volverás a ver a Valentina en mucho tiempo y cuando volvamos de visitas eres libre de quedarte en casa y no venir a Eilean Donan. El día que dejes de huir, serás más que bienvenido.

—¿Marian ya te fue con sus cuentos? —pregunta burlón, está a la defensiva, eso significa que no le agrada la idea de separarse de mi sobrina, aunque intente demostrar lo contrario.

—No tiene importancia lo que Marian me haya dicho, mantente alejado de ellas y tú y yo nos llevaremos bien —le ordeno.

—Sí, señor —responde, cuando ya estoy a punto de volver a la fiesta su pregunta me detiene —¿Puedo darle mi regalo

—No soy yo quien se aleja de ella Sebastien, eres libre de acercarte a ambas siempre y cuando no sea para dañarlas. Te aman muchacho y tu desprecio las hierde —intento que entienda el porqué de mi orden.

—No pueden amarme —susurra con la voz entrecortada, como si intentara controlar el llanto.

—Sebastien, todo el mundo tiene derecho a ser amado, y todos lo hacemos —quiero acercarme y consolarlo, pero sé que no puedo.

—Yo no, yo estoy podrido por dentro —puedo darme cuenta del tormento que encierran sus palabras. —Valentina solo es una niña, crecerá y conocerá a alguien digno de ella, yo solo soy un bastardo gitano al que su padre ha roto de mil maneras posibles.

—Cierto, lo hará —veo que se pone rígido, que ni siquiera respira.

Me marchó dejándolo solo, quiero que piense en lo estúpido que está siendo.

Vuelvo a la fiesta, todos comen y beben, disfrutan entre baile y baile, finalmente la gente va entregándole regalos a Valentina. Ella los recibe feliz, regalando sonrisas y abrazos a todos. Alexander le regala su primer caballo, un caballo negro y con una gran mancha blanca en el pecho, veo la ilusión iluminar su cara y la felicidad que sienten sus padres al ver lo feliz que es su hija.

Sarah ya le ha entregado nuestro regalo, veo como mi esposa ríe y disfruta tanto como lo niños, después de todo ella sigue siendo casi una niña que ha debido madurar a golpes y dolor.

Cuando todos vuelven a la fiesta, veo que Valentina mira a lo lejos algo desconcertada, giro y veo que Sebastien se acerca decidido hacia ella, serio, pero a ella no parece importarle. Corre a su encuentro como loca, al fin y al cabo, es una niña que no tiene la malicia ni el orgullo que a los mayores nos guía.

Veó como él le entrega algo pequeño y ella se abraza a él. Me preparo para correr por si la empuja, pero todos nos quedamos de piedra cuando él le devuelve el abrazo, alzándola un poco del suelo ya que es más alto.

Después de eso, como ha llegado se va. Valentina está tan feliz que ni siquiera pierde el brillo por su marcha. Corre hacia su madre y es cuando

puedo ver que Sebastien ha tallado un pequeño muñeco, me siento orgulloso de él ahora mismo.

En todo momento Valentina lleva ese regalo en la mano, y presiento que, a partir de ahora, ese muñeco la acompañará durante toda su vida.

Antes de que se haga muy tarde y la noche caiga, decido que debemos partir, todo esta listo, los niños comparten montura y Sarah y yo mi caballo. No llevo más hombres, el trayecto es corto y ahora ya no existe peligro alguno, no con William en el infierno.

Nos despedimos de todos, Valentina llora y sé que no es por vernos partir a nosotros, si no porque Sebastien se marcha e intuye que pasara bastante tiempo antes de que vuelvan a verse. Yo creo estar seguro de que pasarán años. Sebastien necesita sanar, necesita reconstruirse, tal vez después cuando ambos crezcan las palabras de Marian puedan hacerse realidad, desde luego yo no vería con malos ojos que ellos dos acabaran juntos.

Partimos prometiendo volver pronto. Sarah y Brianna lloran, pero saben que volverán a verse, que esto no es un adiós, sino un hasta luego, volvemos a casa y no lo hacemos solos.

Somos una familia.

Capítulo IXX

Tierras de James Mackencie,1468.

(Sarah Mackencie)

Cabalgamos tranquilamente, James es el único que habla, explicando a los niños cada cosa que vemos, contándoles mitos y leyendas sobre estas hermosas tierras, a la par que salvajes.

Faltan pocas horas para que caiga la noche, así que decidimos que Marian cabalgue conmigo y Sebastien con James, de forma que podamos ir más rápido y llegar al hogar antes de que oscurezca.

Pero soy consciente de la palidez y rigidez que embarga a Sebastien cuando le hacemos saber nuestra decisión. Sé que James no se ha dado cuenta, y que tal vez no entienda la reacción del muchacho, pero yo sí; no soporta siquiera pensar que un hombre se le acerque, mucho menos tenerlo detrás durante el trayecto.

—Yo montaré con Sebastien —le digo a mi esposo. Él solo me observa algo incrédulo.

—¿Estás segura? —pregunta un poco preocupado, ambos miramos a Sebastien esperando su negativa, pero esta no llega, simplemente se encamina hacia mí, así que James ayuda a Marian a montar y el chico lo hace conmigo. Monta detrás de mí e intenta tocarme lo menos posible.

—Gracias —dice como si le costara la vida decir esa palabra.

—De nada, no olvides que sé por lo que estas pasando.

—No veo que te disguste que James te toque —replica con reproche.

—Tú no sabes por todo lo que he pasado Sebastien Mackencie — respondo perdiendo la paciencia —James es mi esposo, lo amo, siempre lo he

hecho.

—¿Entonces por qué te casaste con mi abuelo? —pregunta después de varios minutos de silencio, no me gusta recordar nada de lo vivido con Malcom MacFerson, pero que Sebastien hable conmigo me alegra tanto que hago el esfuerzo.

—Por estúpida, era una niña no mucho mayor que tú cuando me casé creyendo que el amor podría llegar con el tiempo, que si no podía tener el amor del hombre al que amaba, podría conseguir mi propia familia. Me equivoqué y pagaré las consecuencias toda mi vida —respondo con la verdad, con el corazón en la mano.

El silencio vuelve a reinar entre nosotros, pero no es incómodo. Sebastien se relaja, incluso acaba apoyándose en mí, algo que me hace sonreír sin poderlo evitar.

Cuando vuelvo a ver frente a mí, el hogar de James me embarga el nerviosismo, cuando me marché hace semanas juré no volver nunca más, pero ahora todo es distinto, vuelvo con mis hijos y construiremos nuevos recuerdos que alejarán todo el pesar que oscurece este lugar.

Al llegar, nos abren el gran portón y somos recibidos por la gente de mi esposo. James, muy orgulloso, presenta a los niños como sus hijos, y para mi sorpresa incluso Sebastien sonríe un poco.

No nos demoramos mucho, estamos cansados y hambrientos. James ordena que se preparen las tinas para los niños y para nosotros mientras las cocineras prepararán algo ligero para la cena.

Ninguno bajamos a cenar, los niños cenan juntos en su habitación y nosotros en la nuestra.

Tengo mucho apetito, algo extraño, ya que por las mañanas suelo encontrarme indispuesta, llevo así un par de días. Aprovecho que me encuentro estupendamente para devorar todos los deliciosos platos que han cocinado para nosotros.

Después de la ducha y la comida, estoy más que dispuesta para dormir un día entero, pero cuando veo a James empezar a desnudarse, se me seca la boca y se me humedecen ciertas zonas de mi cuerpo.

Como una cobarde, huyo con la excusa de ver si los niños están bien.

Salgo deprisa de la habitación dejando a mi esposo preguntándose qué demonios me pasa, y lo que me ocurre es que le deseo, es el único hombre al que he deseado en mi vida, al único al que le he entregado mi cuerpo por propia voluntad y él ha sabido tratarme como una princesa.

Entro a la habitación, que por ahora compartirán ambos hermanos, y no me parece extraño que Sebastien esté acostado en la misma cama que Marian. Parece que antes de que yo entrara estaban hablando de algo importante, pero se han callado al verme.

Eso me preocupa...

—¿Algún problema? —pregunto preocupada. Cierro la puerta y me acerco a ellos —¿No os gusta vuestra habitación?

Ambos se miran y Sebastien simplemente guarda silencio, como es costumbre en él.

—Está bien mama Sarah —sonríe la niña —Solo que Sebastien es un cabezota y nunca quiere hacerme caso.

El niño gruñe y nos da la espalda, tapándose con la manta, dejando claro que no quiere saber nada de nosotras.

—Espero que todo sea de vuestro agrado, mañana más descansados podemos pasear por los alrededores, ¿que os parece? —pregunto animada, siempre intento incluir al niño, aunque siempre obtenga la misma respuesta, la indiferencia.

—¡Claro mama Sarah! —aplaude la pequeña —Todo nos encanta, aquí no hace frío ni se escuchan gritos —dice muy seria.

Dios santo... lo que ha tenido que soportar esta pequeña...

—¡Cállate ya, Marian! —ordena su hermano sin girarse.

La niña obedece, pero no por temor a su hermano...

—Bueno, os dejo dormir, yo estoy agotada —me acerco y beso la frente de mi hija. Me gustaría hacer lo mismo con Sebastien, pero no me atrevo por temor a su reacción —Buenas noches hijos míos.

—¿Estarás muy lejos? —susurra con temor, se me estruja el corazón.

—Tu padre y yo estamos a dos puertas —intento tranquilizarla.

—¿Vas a volver a gritar? —pregunta y yo cierro los ojos intentando alejar los recuerdos.

—No mi niña, nunca volveré a gritar.

—Buenas noches mama Sarah —susurra cerrando los ojos.

—Buenas noches pequeña —cierro la puerta y me apoyo en ella, buscando tranquilizarme, las palabras de Marian siempre me llegan al corazón.

Me encamino despacio hasta mi alcoba, esperando que James esté dormido.

Cuando veo solo que el fuego de la chimenea es el que ilumina la recámara me relajo, significa que James ya se acostó dispuesto a dormir. Me acerco a la cama, me quito la bata quedando en un camisón bastante fino que no protege mucho del frío, pero el fuego mantiene caliente toda la habitación.

Me tumbo intentando no despertar a mi esposo, casi no respiro, me tapo y cierro los ojos intentando detener el loco golpeteo de mi corazón. En cierta forma me desilusiona que James no me haya esperado, pero, ¿es lo que quería no?

—No estoy dormido esposa —dice en voz ronca, yo me sobresalto.

Se gira quedando su cuerpo hacia mi, puedo apreciar que está desnudo y la vergüenza y el deseo luchan entre si.

—Lo siento si te he despertado esposo —susurro, mi cuerpo está en tensión.

—No voy a hacerte daño Sarah —dice acariciando mi brazo.

—Lo sé —respondo.

—¿Entonces por qué huyes de mí? —pregunta, la preocupación tiñe su voz.

—No huyo por temor esposo —me avergüenza tener que confesar mi deseo.

—Dime lo que te atormenta Sarah —ordena sin dejar de acariciar ahora mi hombro y cuello.

Me debato entre decirle la verdad o callar de nuevo, creando otra vez

los malentendidos que nos separaban al principio.

—Te deseo —digo roja de la vergüenza, pero decidida a no echar mi matrimonio por la borda.

Lo escucho suspirar y por toda respuesta se acerca a mi y me abraza mientras busca mi boca que lo recibe gustosa.

Le acaricio su ancha espalda, descubriendo en ella varias cicatrices, las acaricio una por una, mientras él no deja de besarme.

Baja por mi cuello hasta mis pechos, a los que acaricia con su lengua a través de la tela de mi camisón, ahora mismo odio ese obstáculo, quiero sentir su roce en mi piel. Me remuevo incómoda y como si pudiera leer mi mente, desata los cordones delanteros dejando expuestos mis pequeños pechos hinchados, con los pezones duros deseando ser besados.

Gimo cuando su lengua lame, chupa y muerde hasta dejarme sensible a cada caricia de él. Mis piernas, por voluntad propia, se separan para recibirlo. Ya no temo que él se ponga encima de mí, soy yo quien busca desesperadamente que su pene me penetre de una vez, y James disfruta alargando el placer, para mí es la más exquisita de las torturas.

—Por favor esposo... —suplico entre jadeos, el muy bribón solo sonrío y me besa de nuevo.

Siento su miembro en mi entrada y, cansada de tanta espera, soy yo quien decido tomar las riendas, cojo fuerte sus nalgas a la vez que yo me impulso hacia arriba, empalándome por completo. Él gime de puro placer y se queda quieto como si intentara contener su clímax, yo solo jadeo y me retuerzo buscando más, mucho más.

Mi marido empieza a penetrarme lentamente, disfrutando ambos de las sensaciones que nos provoca. Yo salgo a su encuentro cuando siento que el calor en mi bajo vientre va en aumento, siento pequeños calambres que me advierten que mi clímax está próximo. Sé que James siente lo mismo porque tiene los ojos cerrados, los puños cogiendo fuerte mis caderas, pero sin hacerme daño. Sus gemidos suenan a gloria para mis oídos.

Finalmente alcanzamos juntos en un estallido de placer un clímax que nos deja saciados, así que no me queda más que acurrucarme a mi esposo y dormir plácidamente.

No sé cuánto he dormido cuando unos gritos me despiertan, aun medio dormida no entiendo porque James ha cogido su espada y sale corriendo de nuestra habitación.

Cuando me doy cuenta de que es Sebastien que grita, corro tras mi esposo. Llego cuando él ya ha entrado y los gritos de el niño son simples lloriqueos. Me parte el alma y sin pensar que me puede rechazar lo abrazo contra mí para intentar ahuyentar la pesadilla que lo domina. Al principio lucha contra mí, pero cuando le hablo sin cesar junto a su oído va calmándose.

—Soy yo, Sebastien, soy Sarah —digo meciéndolo —Estás a salvo.

Marian está en un rincón llorando y me siento dividida, pero por suerte viendo que no había ninguna amenaza, James a vuelto a nuestra habitación para vestirse, cosa que no ha hecho antes.

Carga a Marian en sus brazos y se marcha dejándonos solos. Sebastien ya está despierto, pero no me aparta y eso me llena el corazón de alegría, de amor por este pequeño herido.

—Lo odio —susurra —Ojalá pudiera volver a matarlo.

—Shhh —lo obligo a callarse —No debes tener esos sentimientos tan oscuros en tu interior.

—¿Crees que tu Dios me recibirá en el cielo? —pregunta burlón apartándose de mí —No lo hará, estoy maldito, ¿crees que me importa? —ríe sin ganas.

—Eres demasiado joven para tener esos pensamientos —susurro acongojada.

—Era demasiado joven para muchas cosas Sarah —dice volviéndose a acostar —Puedes volver a traer a Marian si os molesta en vuestra cama.

—Ninguno de mis hijos me molesta, no lo olvides Sebastien —salgo dejando la puerta entornada.

Cuando llego a mi habitación, veo que James a vuelto a dormir a la pequeña. Yo sonrió enternecida.

—¿Está bien? —pregunta en voz baja, veo la preocupación en su semblante.

—Todo lo bien que puede estar —le respondo —Tiene demasiado odio

en su interior.

—¿Tú no lo tendrías? —pregunta.

—Lo tengo, lo he sentido, pero es solo un niño James —le digo a punto de llorar.

—No olvides que ese niño ha sufrido en manos de ese bastardo lo inimaginable.

—El que parece olvidar que yo mejor que nadie sé de qué era capaz ese miserable eres tú, esposo —respondo empezando a enfadarme.

—Lo sé Sarah, perdóname —se levanta y me abraza —Volvamos a la cama.

Yo me dejo guiar, nos acostamos con Marian entre los dos y volvemos a intentar conciliar el sueño. A mí me cuesta bastante, pero con el calorcito de Marian y sabiendo que James está junto a nosotras vuelvo a dejar que Morfeo me acune entre sus brazos.

Los rayos de sol me despiertan junto a unas risitas ahogadas. Entreabro solo un ojo y veo cómo mi esposo está jugando con mi hija y en este momento me enamoro más de él, si eso es posible.

—Es hermoso despertar así —digo con mi voz de recién levantada.

—¡Mamá Sarah! —grita la pequeña duendecilla tirándose encima de mí.

Yo rompo a reír y mi esposo me imita. Para mí esto es la felicidad.

—Voy a buscar a Sebastien —baja de la cama y se marcha corriendo.

—Id bajando para desayunar —grita mi marido. —Buenos días esposa.

—Buenos días esposo —le digo sonriendo y acercándome a él para darle un beso.

Él me corresponde de buena gana y creo que ambos nos perderíamos varias horas entre las sábanas, pero debemos bajar para desayunar con los niños.

James se levanta primero y yo me dispongo a seguir su ejemplo, pero como todos los días desde hace una semana, unas terribles náuseas me atacan y vuelvo a recostarme.

James parece que se da cuenta de mi malestar, porque me mira preocupado y se acerca corriendo a mí.

—¿Estás bien Sarah? —pregunta tocando mi frente. Asiento porque siento que, si hablo, voy a vomitar.

Cierro los ojos e intento relajarme, respiro intentando contener las ganas de vomitar la cena y lo consigo.

—Ya se me ha pasado —suspiro volviendo a abrir los ojos.

—Me has asustado Sarah, estás pálida —me mira como si intentara averiguar lo que me ocurre.

—Bajemos a desayunar, anda —me levanto despacio, con miedo a que las náuseas vuelvan a aparecer, pero por suerte no es así.

Me visto con un vestido simple, me cepillo el pelo y lo dejo suelto. Sé que a James le gusta así.

Bajamos cogidos de la mano, los niños ya están en la mesa: Marian parloteando y Sebastien más callado y taciturno de lo normal.

—Buenos días – saludo. Como suponía, no obtengo respuesta.

James lo mira con enfado, pero yo solo niego para que lo deje estar.

Nos sirven el desayuno y comemos entre los parloteos de Marian y los juegos de James para que Sebastien se integre. De nada sirven, sé que él se escuda tras su coraza por lo que pasó anoche. Él dejó que me acercara en un momento de debilidad, pero eso es algo que él prefiere olvidar y que no se vuelva a repetir.

Yo como poco, el malestar persiste y me quita el apetito. Cuando todos hemos terminado, decidimos dar el paseo que le prometí ayer a Marian. James nos guía, pero cuando escucho que alguien baja las escaleras no puedo evitar girarme y mi asombro es encontrarme con una persona que pensé no volvería a ver nunca, una persona que creía muerta.

Brenda...

Aún está muy golpeada, su ojo izquierdo totalmente hinchado, su labio partido, llena de moretones, le cuesta incluso caminar.

Lejos de sentir la lástima que sentí al verla tirada en el suelo cuando

William la dejó por muerta, lo que siento ahora es rabia, odio.

Pero no solo por ella, si no por James.

El mejor que nadie sabe lo que esta mujer intento hacer en contra de nuestro matrimonio y deja que vuelva a esta casa.

Veo como James se da cuenta en el instante que he visto a Brenda, porque se acerca a mí deprisa, intenta tocarme, pero me aparto.

—No me toques —Siseo —¿Qué hace ella aquí? —pregunto, mirando cómo Brenda me mira un poco asustada, creo que ella tampoco se esperaba volver a verme.

—Esposa, la encontramos a medio camino de donde ese bastardo te tenía retenida, estaba medio muerta, la había violado.

Rompo a reír como una loca, por lo estúpido que suena lo que está contando, ¿cómo ha podido creerse semejante mentira?

—¿En serio te creíste semejantes tonterías? —pregunto con burla — Esta zorra fue quien informó a William de dónde estaba, esta perra se acostaba con él por propia voluntad, aspiraba a ser la mujer del Laird MacFerson. — escupo con asco.

—Eso no puede ser, ¡mírala! —exclama.

—Sí, la veo, veo a la mujer que estuvo encantada de entregarme a William, veo a la mujer que le rogo que la llevara con él.

—¡Eso es mentira James! —grita bajando las escaleras más rápido de lo que debería —¡No la escuches, solo quiere echarme de aquí, por celos!

—¿Celos? —ríe sin poderlo evitar —¿De ti? Déjame decirte que no.

—Sarah, tal vez te equivocas —dice dudando mi esposo.

—¿La defiendes? —pregunto incrédula, y es en ese instante cuando me decido. —Sebastien, Marian, subid a por vuestras cosas, nos marchamos.

—¡No! —grita —No os marcháis a ningún sitio —ordena.

—O esta mujerzuela se marcha o yo y mis hijos nos marchamos.

—No puedes hablar en serio —veo su lucha. —Deja que se quede al menos hasta que se recupere.

—No —digo alto y claro.

Me marchó dejando a los niños con James. Yo recogeré mis pocas pertenencias y le pediré a varios hombres que nos acompañen de nuevo a Eilean Donan.

Toda la felicidad que he sentido hace una hora a desaparecido, ni siquiera tengo lágrimas, la furia me domina, me siento traicionada.

Pero una cosa tengo clara o esa maldita ramera sale de mi casa o cojo a los niños y me marchó para no volver nunca más, y eso lo juro por la memoria de mi amado padre.

Capítulo XX

Tierras de James Mackencie,1468.

(James Mackencie)

Veo como Sarah sube las escaleras deprisa, dejando a una Brenda llorosa y a mis hijos mirándome como esperando de mí una reacción.

Sabia que mi esposa no se tomaría esto a la ligera, pero nunca pensé que ni siquiera quisiera darle la oportunidad de sanar antes de echar a Brenda fuera de mis tierras.

Soy consciente de lo que hizo, no lo olvido, ni se lo perdono.

Pero ante todo es un ser humano y merece algo de compasión.

—No irás a creerla, ¿verdad James? —pregunta Brenda —Solo está celosa, yo no tuve nada que ver con los actos de ese miserable.

—Eres una maldita mentirosa —gruñe Sebastien. Todos lo miramos expectantes.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Ella estaba con William por propia voluntad, tú le dijiste dónde estaba mi madre, tú nos llevaste a la cabaña y tú eras una más de las rameras de ese cerdo —escupe con asco.

—¡Cállate mocoso! —grita abalanzándose sobre él. Yo la detengo.

—¡Basta Brenda! —ordeno, ella se queda quieta —¿Tú ayudaste a ese malnacido a encontrar a mi esposa? —gruño conteniéndome para no estrangularla.

—¡No! —niega frenéticamente.

—¡No mientas! —grita ahora Marian —Tú eres malvada, igual que

William. Tú nunca quisiste a la primera mujer de mi padre, solo lo querías para ti, te alegraste de la muerte de ella y de su bebé.

Escuchar esas palabras de la boca de Marian me hielan la sangre, ella no sabe que estuve casado ni que ambos murieron en el parto. Brenda la mira anonadada.

—¡Eres una maldita bruja gitana! —la señala con el dedo. —Voy a hacer que te quemen en la hoguera.

—¿Acabas de amenazar a mi hija? —se escucha la voz de Sarah en lo alto de las escaleras.

Todos nos giramos, me asusta contemplar la frialdad con la que desciende por ellas.

—Repite otra vez esas palabras —ordena cuando esta frente a Brenda.

—Esa niña es una maldita bruja y ese niño era la puta preferida de William, ¡incluso le hacía más caso que a mi! —grita histérica

Estoy dispuesto a quitarla de en medio, apartarla de Sarah, pero nuevamente mi mujer me sorprende.

Le da una bofetada que hace girar medio cuerpo a Brenda, y muy veloz saca la daga y la presiona contra el cuello de la perra mentirosa.

—Vas a marcharte de aquí, para no volver jamás —sisea mientras la empuja hacia la salida —¡Detente James! Esto es entre esta perra y yo.

Me detengo en mi empeño de intervenir, pero las sigo de cerca por si Brenda utiliza cualquier truco para dañarla.

—Mi hijo no es ninguna puta y mi hija no es ninguna bruja, si vuelvo a escuchar esas palabras en boca de cualquiera, les cortaré la lengua —amenaza en alto, de forma que la gente que se ha reunido en el patio la escucha.

La suelta, pero sigue amenizándola con la daga.

—Fuera de aquí —ordena indicándole con la cabeza que se marche.

—William tenía que haberte matado, maldita zorra inglesa —sisea, y antes de que me dé cuenta de sus intenciones, Marian advierte.

—¡Cuidado papá, está embarazada! —grita, y esa es la señal para que Sebastien aparte a Sarah y se interponga entre las dos mujeres.

Lo que hace es salvarle la vida a Sarah, porque Brenda empuja a Sebastien por la escalinata de entrada. Mi mujer grita furiosa, pero no dejo que se acerque, esta cerda es mía.

La gente está ayudando a un Sebastien malherido, Sarah y Marian se apresuran a llegar a él.

Brenda, asustada, intenta huir, pero no se lo voy a permitir...

La cojo firmemente por el cabello y la llevo hasta el portón que ya está abierto, la arrojo al suelo, cae de rodillas, llorando suplicando mi perdón.

—No volveré a cometer el mismo error dos veces Brenda —le digo sin sentir una pizca de compasión.

—¡Todo lo he hecho para poder estar juntos! —grita —¡Yo te amo!

—Estás completamente loca —digo sin poder creer lo engañado que me tenía.

—Primero fue la estúpida de Helen, pero no me importaba esperar —ríe como si estuviera poseída —Pero con la llegada de esa perra inglesa, sabía que estaba todo perdido, a ella la amas como nunca amaste a Helen.

—¡Yo amaba a Helen! —le grito de vuelta.

—No como a Sarah —dice con odio —A ella le has dado la daga Mackencie.

—No tengo por qué darte explicaciones, te he perdonado la vida dos veces, no habrá una tercera —la amenazo.

—Me alegré de que el mocosito y Helen murieran, y me hubiera encantado ver lo que William le tenía preparado a tu mujercita —sisea levantándose.

Se acabo, voy a matarla.

Desenvaino mi espada, y veo el terror en sus ojos, intento controlarme.

—¡Fuera de mis tierras! —le ordeno gritando.

Ella echa a correr y no aparto la vista hasta que ella desaparece entre los árboles. Ordeno a varios hombres que la sigan, no me fio de ella.

Cuando vuelvo al patio, Sebastien, Sarah Y Marian ya no están.

Entro raudo a la casa y me dirijo al dormitorio de los niños, donde supongo habrán llevado a mi valiente hijo.

Entro y efectivamente Sarah esta atendiéndolo en su cama, con una Marian bastante tranquila cogiendo la mano de su hermano.

—¿Como está? —pregunto, veo que tiene una herida en la cabeza.

—No consigo despertarlo —lloriquea.

—Está bien, despertará mamá —sonríe la pequeña y yo no puedo evitar suspirar, porque he llegado a creer en las palabras de Marian.

Sarah le limpia y cose la herida. Todo esto sin que el niño despierte o muestre signos de dolor. Sé que a cada minuto que nuestro hijo no abre los ojos es una tortura para Sarah.

—Marian, ves y trae un poco de leche para cuando tu hermano despierte —le pido y ella obedece.

Nos quedamos solos, necesito hablar con mi esposa, pedirle perdón.

—Sarah —intento llamar su atención, pero no sé por dónde empezar.

Ella sigue buscando heridas. Al no hallarlas vuelve a arropar a Sebastien, le toca la frente buscando signos de fiebre y suspira aliviada al comprobar que no ha aparecido, por ahora.

—Esposa, lo siento mucho —digo sinceramente.—Cuando encontramos a Brenda en medio del camino medio muerta, no me imaginé que ella tenía algo que ver con William, pensé que era otra victima más.

Ella alza la mirada hacia mí y contengo el aliento cuando en su mirada solo veo desprecio, odio, frialdad.

—Todo esto es tu culpa —susurra —Mi hijo está en esta cama por tu culpa.

—Lo sé, ¡lo siento mucho! —me frustra esta barrera que ha alzado entre nosotros

—Un lo siento no arregla nada —contesta mirándome fijamente — Cuando Sebastien despierte, si es que lo hace, nos marchamos.

—¡No! No voy a dejaros marchar, este es vuestro hogar —me niego a aceptar que Sarah me abandone.

—No te estoy pidiendo permiso James Mackencie —veo la decisión en sus ojos —Has puesto en peligro la vida de mis hijos, la mía propia, incluso la del bebé, eso nunca te lo voy a perdonar.

El bebé... ¿Sarah está embarazada?

Ahora recuerdo el grito de advertencia de Marian.

< Cuidado papá, está embarazada >

—El bebé... —susurro anonadado —Estás embarazada Sarah.

—Estoy embarazada si, y por ello voy a volver a Eilean Donan — afirma.

—¡No! —grito ya perdiendo el control —Es mi hijo, crecerá en mi hogar.

—¿En un hogar que no es seguro? Porque su padre tiene un tierno corazón y recoge a todas las zorras traidoras que encuentra en el camino.

Yo me quedo en silencio, impotente, viendo como la felicidad se me escapa entre las manos, sintiendo un dolor desgarrador que no había vuelto a sentir desde que Helen murió.

—No voy a renunciar a ti —salgo de la habitación, derrotado.

Marian trae el tazón de leche, sonriente.

Con esta niña siempre tienes la sensación de que te has perdido algo importante, porque ella va delante de los acontecimientos, una carga demasiado pesada a mi parecer.

—No estés triste papá —me coge de la mano y la aprieta. —Es hora de despedirte, debes decirles adiós.

Me suelta y entra a la alcoba cerrando la puerta, dejándome en el pasillo inmóvil como una estatua.

¿Que ha querido decir? ¿debo decirle adiós a Sarah y a los niños?

No quiero, el simple pensamiento me desgarrar el corazón, quiero formar una familia con ellos, verlos crecer, ver nacer a nuevos niños que continuarán el linaje de los Mackencie, despertar con Sarah a mi lado, poder envejecer con la mujer que amo a mi lado.

¿Amo, de donde ha salido ese pensamiento?

¿Amo a Sarah? ¡Pues claro que amo a mi esposa!

La certeza de ese sentimiento me golpea fuerte, tanto que me tambaleo, me apoyo en la pared y de repente todos los recuerdos vividos con ella desde el primer día que la conocí llegan a mi mente, cada sentimiento regresa a mi con fuerza.

Incluso recuerdo las frases enigmáticas de mi hermano, por eso cuando le dije que iba a darle la daga, me preguntó el porqué, y yo como un estúpido le di excusas baratas.

¿Cómo he podido estar tan ciego? Vengo a darme cuenta ahora que la estoy perdiendo, ahora que mis errores han tenido un alto precio, por mi culpa mi hijo yace en una cama sin saber cuándo va a despertar. Gracias a él mi esposa y mi bebé están bien.

Con los sentimientos a flor de piel, siento la necesidad de despedirme de una vez por todas de mi pasado, de mi Helen.

A eso se refería Marian y eso es lo que voy a hacer.

Me encamino hacia la colina donde están enterrados. Sé que antes de casarme me despedí de ellos, pero no lo hice realmente, porque no quería dejarlos marchar. Ahora sí, no porque ya no los ame, sino porque ellos ya no van a volver y aunque siempre tendrán un sitio en mi corazón, ahora este le pertenece a Sarah.

—Hola Helen —sonrío porque una bandada de pájaros vuela sobre mi cabeza —Sé que puedes oírme. me he enamorado —cojo aire y intento explicar lo mejor que puedo cómo me siento. —Siempre te voy a querer, fuiste mi primer amor, pero Sarah es el amor de mi vida.

Intento controlar las lágrimas, porque se me ha formado un nudo en la garganta que me impide hablar.

—Tengo una nueva familia, Sebastien y Marian son nuestros hijos, y acabo de saber que Sarah está embarazada —tiemblo un poco. De repente siento un poco de frío a mi alrededor —Tengo miedo, no soportaría que le pasará lo mismo que a ti.

Me arrodillo y cojo entre mis manos algo de tierra...

—Nunca voy a olvidaros. ¡Jamás! Sois parte de mí, pero es hora de que siga con mi vida y algún día volveremos a vernos —sonrió con nostalgia —Te voy a echar mucho de menos Helen Mackencie, descansa en paz.

Me levanto y dando media vuelta me marcho, dejando tras de mí una parte importante de mi vida, pero ahora esa parte queda en el pasado para siempre, y voy a centrarme en el presente y en el maravilloso futuro que sé que tengo por delante.

Con pasos lentos vuelvo al hogar, los hombres a los que mande seguir a Brenda han vuelto, a salido de las tierras Mackencie y se dirigía a Edimburgo. Me da igual que le ocurra o dónde vaya, siempre que lo haga lejos de aquí.

Decido volver dentro para ver si Sebastien ha despertado, sino me encargaré que el mejor médico venga a verlo.

Subo las escaleras de dos en dos y la puerta esta entornada. Me asomo y para mi alivio veo a mi hijo con los ojos abiertos y hablando con su hermana. Me dispongo a entrar, pero como siempre las palabras de Marian me dejan paralizado.

—Serán gemelos, como los hijos de Laird Mackencie —dice saltando sobre la cama —Solo que no serán dos varones, si no una niña y un niño.

Sebastien la mira acostumbrado ya a sus visiones.

¿Voy a tener gemelos? ¿Un niño y una niña? La emoción me embarga y desearía poder ir hasta donde está Sarah y abrazarla y no soltarla nunca más.

Entro a la habitación intentando disimular mis emociones, ambos me miran y les sonrío.

—Me alegra que hayas despertado hijo —me siento a su lado —¿Cómo te encuentras? —pregunto, lo veo pálido y sudoroso.

—Bien —dice simplemente.

—Quiero agradecerte una vez más que hayas salvado la vida de tu madre y de tu futuro hermano.

El no dice nada, solo se encoge de hombros, como si no significará nada que haya arriesgado su vida por salvar la de Sarah.

Mi hijo en el fondo ama a su madre, solo necesita tiempo para asimilarlo, como yo necesité el mío.

—¿Dónde está vuestra madre? —pregunto, me parece raro que se haya alejado del lecho del niño.

—No se encontraba muy bien papá, ha ido a recostarse un poco, le prometí que yo cuidaría de Sebastien —me informa mi hija.

Asiento y me levanto dispuesto a ir y volver a intentar hablar con mi esposa, porque ahora menos que nunca estoy dispuesto a dejarla marchar.

(Sarah Mackencie)

Estoy recostada en la cama, acabo de vomitar por segunda vez.

El susto que me ha dado mi hijo me ha quitado diez años de vida, esa maldita zorra podría haberlo matado, solo de pensarlo me estremezco.

Cuando he visto que abría sus ojos negros al fin, el alivio ha sido enorme, casi me desmayo. Le he hecho prometer a Marian que me llamará si Sebastien empieza a encontrarse mal. Las heridas en la cabeza son muy peligrosas, aún recuerdo como un criado de mis padres cayó por las escaleras. Todos pensamos que no había sido nada grave, pues el hombre aseguraba que se encontraba bien, murió esa noche en su cama.

Y no podría soportar que mi hijo muriera por mi culpa. He sido una estúpida, me deje guiar por mi furia y no me di cuenta de que esa arpía podría intentar matarme, ya que ya no tenía nada que perder.

Pero cuando escuché de su boca ese veneno hacia mis hijos, algo me poseyó, ver la carita de Marian cuando la llamo bruja o el dolor en los ojos de Sebastien cuando esa mujer se burló del infierno que tuvo que soportar a manos de William... Decidí que iba a matarla, aún no sé cómo me contuve de rajarle el pescuezo, pero no quería que los niños vieran más violencia, ya han presenciado demasiada en su corta vida.

James sabe la verdad, aunque a mi parecer es demasiado tarde, sabía cómo me sentía respecto a esa mujerzuela, y además de creer en sus patrañas, vuelve a ordenar que la traigan a su hogar.

Para mí esta nueva traición ha sido un golpe muy duro, y aún estoy más que decidida a irme en cuanto tanto yo como Sebastien estemos mejor de

salud.

¿Me va a doler? Por supuesto, aunque me ha hecho mucho daño lo sigo amando, el amor no se termina en un minuto, ni en horas o días, y el mío ha perdurado durante los peores años de mi vida, así que no creo que vaya a dejar de amar a James Mackencie mientras viva.

Llaman a la puerta y antes de que ni siquiera me dé tiempo a hablar, entra James.

Lo veo distinto, con brillo en sus ojos, aunque por su postura parece un soldado derrotado en batalla.

—No me abandones, por favor. —dice llegando hasta la cama y arrodillándose.

Capítulo XXI

Tierras Mackencie, 1468.

(Sarah Mackencie)

No me gusta verlo arrodillado.

—¡Levántate de ahí ahora mismo James! —le ordeno nerviosa.

—No hasta que me jures que no vas a irte —me dice obstinado.

—¡No voy a jurarte semejante cosa! —le digo enfadada, porque utilice estos estúpidos trucos para hacer que me quede.

—Por favor —escuchar esa súplica de sus labios acaba por destrozarme.

Rompo a llorar, lloro por todo.

Por mi horrible pasado, por mi presente y por mi incierto futuro.

En mis manos está el destino de esta familia y, aunque me siento herida y traicionada, mi corazón no puede negar que ama con cada latido a James Mackencie.

Mi esposo me abraza fuerte contra él, como si pensara que así me puede retener para siempre, como si quisiera detener el tiempo y quedarnos así para siempre, solo nosotros dos.

—No puedes irte Sarah, no puedes dejarme otra vez solo —me susurra en el oído —No lo soportaría.

Sus palabras reflejan dolor, miedo, ¿por qué? ¿Será que mi matrimonio puede tener algún futuro? ¿James siente algo por mí?

Tengo miedo de preguntarlo y que la respuesta acabe por destrozarme mi maltrecho corazón, pero esta situación es insostenible, todo debe quedar aclarado y de una forma u otra debe acabar.

—¿Por qué te importa tanto? —pregunto —¿Qué diferencia puede tener para ti? —Me suelta, pero no se aleja, me mira como si me hubiera vuelto completamente loca.

—¿Cómo puedes preguntarme semejante cosa? —pregunta incrédulo —¿De verdad no sabes lo que siento por ti?

—Un sentimiento absurdo de culpa y otro de protección, nada más.

—¿Nada más? ¡Por amor a Dios! —exclama pasándose las manos por su cabello largo —Debo contarte un secreto milady.

—¿Me ocultas algo más? —exclamo ofendida.

—La primera vez que te vi, quedé impresionado por tu belleza, por el fuego que veía en ti. Con esto, por favor, no quiero que pienses que no amaba a Helen ¡Dios mío! Esa mujer fue mi mundo durante años.... —me doy cuenta de que tiene los sentimientos a flor de piel, un brillo en sus ojos lo delata.

—Sé que amabas a Helen, lo vi por mí misma, y eso fue lo que me convenció de que mi amor por ti no tenía ningún futuro. —suspiro, recordando el dolor de aquellos días.

—Sí la amaba, fui feliz con ella, y quiero ser realmente honesto contigo Sarah, si ella no hubiera muerto, yo ni siquiera hubiera vuelto a pensar en ti —me duelen sus palabras, pero no me dice nada que no supiera ya y agradezco su honestidad.

Solo asiento para hacerle saber que lo comprendo...

—Pero ella y mi hijo murieron, estuve perdido durante años y todo cambio el día que tu hermana recibió tu carta, ese día una avalancha de recuerdos y sentimientos despertaron en mí.

—¿Por qué? —pregunto sin comprender.

—Porque todo lo que intenté olvidar y ocultar ahora no existían los motivos de antaño, ahora ya no estaba Helen, era viudo —me mira y sus palabras me estremecen. —Y me asusté, mucho, tú, mi querida esposa, siempre me has aterrado.

Se me escapa una risa incrédula, ¿cómo podría yo asustar a este hombre?

—Puede resultarte gracioso, para mí no lo fue. Saber por todo lo que

habías pasado, saber porque Brianna me culpaba a mí —suspira y cierra los ojos. —Fue demasiado.

—Mi hermana nunca te culpo realmente —le acaricio la mejilla y abre los ojos. —Y tú no tienes la culpa, ni siquiera yo. Ahora me doy cuenta de ello, solo era una niña aceptando la proposición de matrimonio de un hombre, esperando formar su propia familia. Nadie podría imaginar de lo que era capaz Malcom y William MacFerson.

Veo la furia en los ojos de mi esposo al pronunciar esos nombres.

—Júrame algo Sarah, a partir de ahora, desde este día hasta el día de mi muerte, esos nombres no volverán a pronunciarse. ¡Jamás! —demanda con fervor.

Asiento, no quiero que este momento de confesiones termine.

—Fui a buscarte, no solo por Brianna, sino por mí mismo, no podía soportar el pensamiento de que alguien como tú se hiciera monja y que desperdiciara su vida entre los muros de un convento.

—Para mí, los cinco años que viví con las monjas no fueron un desperdicio, me ayudaron, me aceptaron. Me dieron un lugar en el cual esconderme cuando sentía que ni siquiera podía traspasar los muros, fueron momentos horribles que no quiero revivir.

—Y yo tampoco quiero que lo hagas —me besa suavemente y yo no quiero que se aparte, pero lo hace para seguir hablando. —Cuando volví a verte, a pesar de que no eras ni la sombra de la muchacha que recordaba, seguías teniendo el poder de tambalear mi mundo, por ello fui tan arisco contigo, era mi defensa.

—Bueno, tampoco es que yo fuera muy simpática contigo —sonrío al recordar nuestro reencuentro —¡Por Dios! No soportaba estar con un hombre en la misma habitación.

—Sí, creo recordar que me llamaste viejo —dice riendo, yo me tapo la cara avergonzada.

—¡No dije eso! —intento defenderme.

—Sí lo hiciste, tus palabras fueron: —Y intentando cambiar la voz para imitar la mía dice —has envejecido Mackencie.

Ambos no podemos contener las risas, es muy cómico la forma en la que James me ha imitado.

—Yo no hablo así James Mackencie —intento sonar ofendida, pero fallo estrepitosamente.

—Si lo haces esposa, juro que pensé que no abandonarías la abadía, ni siquiera por tu hermana.

—No dormí en toda la noche, pero no podía dejar que mi amada hermana sufriera todo el trance de un parto con tanto peligro.

—Ya que estoy siendo honesto contigo —se rasca la nuca nervioso — Cuando fui a buscarte y te entregué la misiva de Brianna, pensamos que estábamos mintiendo.

—¿No entiendo? —digo sin comprender.

—No sabíamos que Brianna realmente sí estaba en cinta, era una mentira para hacerte volver —ni siquiera me mira.

No sé cómo sentirme al respecto la verdad, odio la mentira, si lo hubiera sabido meses atrás seguramente me hubiera marchado furiosa tanto con mi hermana como con James, pero ahora eso ya no importa, el embarazo al final fue real, mi sobrino existió, aunque el Señor lo llamó a su lado antes de tiempo.

—No puedo decirte que no me importa, pero no lo hace como lo hubiera hecho meses atrás —le digo, seria, porque quiero que comprenda que odio la mentira y que no la acepto.

—Nunca volveré a mentirte —me promete y yo le creo.

Ambos nos quedamos en silencio pensando en todo lo que hemos confesado.

—¿Queda algo más que deba saber? —pregunto algo preocupada.

—Cuando te entregué la daga, me preguntaste qué significaba el grabado que tiene, ¿aún quieres saberlo?

—¡Por supuesto! —exclamo ahora muerta de la curiosidad.

—¿Dónde la tienes? —me pregunta. Me levanto y voy hacia el arcón que tengo a los pies de la cama, allí es donde la tengo cuando no la llevo

encima.

Se la entrego, la mira varios minutos, acariciándola...

—Alexander le entrego una daga como esta a Brianna, incluso antes de darse cuenta de que la amaba, mi hermano me hizo una pregunta que yo no entendí y no supe responder como correspondía —me dice algo apenado.

—¿Y qué pregunta fue esa? —pregunto intentando que me cuente por qué le atormenta ese episodio.

—Me pregunto por qué te entregaba la daga a ti, y no lo hice en su día con Helen —dice negando con la cabeza. —Le respondí que era porque tú la necesitabas.

—Bueno, me fue de gran ayuda James —le digo.

—Sí, y agradezco a Dios que te la di y con ella pudiste defenderte.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? ¿Qué te aflige? —pregunto sin encontrar la explicación.

—La frase que está grabada tanto en esta daga como en la de Brianna es la misma —deja de hablar y yo siento que voy a estirarme de los pelos —En gaélico significa " Que mi amor te salve".

El silencio reina en la habitación después de que finalmente James me dice el significado de la daga, ni siquiera puedo hablar, ni pensar correctamente, ya que no quiero ilusionarme a la ligera.

Pero debo hacer la pregunta más importante de mi vida...

—¿De verdad me amas? —susurro incluso demasiado bajo, tanto que no estoy segura de si mi marido me ha escuchado.

—Más que a mi propia vida, no lo dudes jamás mi amor —me dice con fervor.

Yo rompo a llorar, pero por primera vez no es por dolor, miedo o pena, sino de alegría.

Una dicha como nunca he sentido me invade, ¡me ama! El amor de mi vida acaba de confesarme que siente lo mismo que yo siento por él, es más, hace tiempo lo hizo y yo sin saberlo.

Me abalanzo hacia él y lo abrazo sin intenciones de soltarlo, lo beso con

pasión, con desesperación.

Él me corresponde y sin darme cuenta estoy tumbada en la cama con él encima, nuestras manos buscando la piel del otro, nuestras lenguas danza al unísono.

Dejo de besarlo para abrir mi corazón de una vez por todas, porque mi amado esposo se merece saber que sus sentimientos son más que correspondidos.

Lo miro fijamente y veo en él la duda, el miedo al rechazo, lo cual me parece imposible si quiera que se le pase por la mente que yo no pueda amarlo, ya que aunque mis sentimientos durante muchos años estuvieron dormidos, enterrados, al volver a verle despertaron con más fuerza.

—Yo también te amo James Mackencie, me enamoré como una loca cuando solo tenía catorce años, y te he amado desde entonces, te amaré toda mi vida y si volviera a nacer estoy convencida que volvería amarte —le digo orgullosa al fin de poder confesar a los cuatro vientos lo que mi corazón siente.

Él solo me abraza, lo siento temblar, así que disfruto de su abrazo, de su aliento en mi cuello, yo disfruto pasando mis dedos sobre su cabello, suave y liso.

Pasamos así horas, hasta que los rayos del sol se esconden en el horizonte dando paso a la noche. Me siento tan protegida y amada entre estos fuertes brazos que no quisiera moverme nunca de aquí, pero hemos sido egoístas, debo ir a ver a Sebastien, bañar a Marian y darles la cena a ambos. Cuando ellos duermen, podré volver a perderme entre los brazos de mi amado esposo.

Juntos vamos a ver a los niños, encontramos a Marian dibujando en el suelo y a Sebastien dormido. Cuando la pequeña nos ve entrar abrazados, solo sonrío con su acostumbrada sonrisa y asiente, ella y sus secretos.

Cuando reviso a mi hijo, puedo suspirar aliviada, no hay fiebre ni vómitos, solo un leve dolor de cabeza muy normal a causa del fuerte golpe.

Horas después, con ambos hermanos bañados, cenados y dormidos, podemos volver a nuestras habitaciones donde pienso pasar una de las mejores noches de mi vida entre los brazos de James.

Esta noche es única e irrepetible, es mejor cada vez que me entrego a él, cada noche es especial.

James lo hace especial: sus caricias, sus besos, sus gemidos, sus palabras susurradas en mi oído.

Sé que a partir de ahora todas las noches acabarán con un buenas noches mi amor, y por las mañanas al despertar será igual o mejor. Doy gracias a Dios por haberme dado la valentía de salir del convento cuando James vino a por mí, porque jamás llegué a imaginar que yo lograría semejante historia de amor: un hombre que me idolatra, que me ama con todo mi pasado y mis traumas, y yo lo amo a él con su pasado y con sus fantasmas.

Y siempre diré que el amor de James me salvó.

Estoy segura de que este es el primer día de una hermosa vida juntos.

(James Mackencie)

Escuchar de los labios de mi esposa semejante declaración de amor me derrumba, me siento temblar y no puedo moverme.

Abrazado a Sarah paso horas, hasta que el deber se impone y el cuidado de nuestros hijos es lo primordial para nosotros.

Me siento aliviado de saber que Sebastien va a ponerse bien, que el golpe no ha tenido repercusiones, pues nunca me lo habría perdonado. En muy poco tiempo estos dos niños se han ganado mi corazón, aunque no lleven mi sangre son mis hijos, y así los reconoceré hasta el día de mi muerte.

Unas horas después, cuando los dos pequeños están dormidos y habiendo comido un poco, por fin tenemos toda la noche para nosotros dos y presiento que esta noche va a ser mágica, será la primera vez que hagamos el amor sabiendo los sentimientos mutuos.

Para mí es la experiencia más impresionante de toda mi vida, y eso que en mi juventud compartí las camas de muchas mujeres.

Casadas, viudas, solteras...

Pero cada vez que hago el amor con mi mujer es mejor que la anterior,

no solo es algo físico, no solo se unen nuestros cuerpos, sino que nuestras almas también lo hacen. Eso es lo que lo hace único y especial, y doy gracias a Dios por permitirme tener una segunda oportunidad en el amor.

Nunca me arrepentiré de haber ido a por ella, porque muy en el fondo no solo iba por Brianna, sino que, aún sin saberlo, iba por mí mismo, porque Sarah ha sido mi salvación.

Porque estoy seguro de que este es el primer día de una vida maravillosa juntos.

FIN

Epílogo

Tierras de James Mackencie.1469.

Un año después.....

La celebración está en pleno apogeo, hoy celebramos el cumpleaños de Marian, cumple diez años y es una niña sana y muy feliz.

Estamos todos reunidos.

Todo el clan, y por supuesto toda la familia.

Brianna junto a Alexander, los gemelos y Valentina que está a punto de cumplir los siete años.

James y yo junto a Sebastien y mis hijos. Sí, la predicción de Marian volvió a ser cierta y tuve a un niño y una niña

James eligió el nombre del niño y yo el de la niña, por eso lleva un nombre bastante inglés.

Tienen tres meses y crecen sanos y fuertes. Duncan es más nervioso, Sophie es la gemela tranquila. El parto fue difícil, pero no corrí peligro alguno, a mi lado estuvo James y mi hermana Brianna, incluso hubo momentos en los que Marian entraba para tranquilizarme. Mi hija tiene ese efecto, cuando te mira tan tranquila y llena de seguridad todo parece detenerse, incluso el dolor parecía que desaparecía.

Aún puedo recordarlo, como si hubiera sido ayer...



Llevo horas empujando, luchando contra el dolor...

James no me ha abandonado en ningún momento, no suelta mi mano.

Brianna y Marie están haciendo todo lo posible por ayudarme a dar a luz. Un nuevo dolor me recorre el cuerpo, vuelvo a empujar porque es lo único que me alivia. Marie grita triunfal, mi hermana se asoma para ver qué es lo que ocurre.

—¡Ya lo veo! —grita —¡Veo la cabeza! ¡Un último empujón Sarah! —me ordena.

Yo obedezco y con todas las fuerzas que me quedan empujo, intento no gritar cuando siento una presión horrible y de repente un alivio inmenso. Escucho un potente llanto en la habitación y me alegra escucharlo, uno de mis bebés ha nacido sano.

—¡Es un niño! —grita Brianna.

—Solo queda uno, esposa —me dice alentándome mi marido.

—¿Cómo que queda uno? —pregunta asustada Brianna —¿Como estás tan seguro James?

Un nuevo dolor hace su aparición haciendo que todos se centren en mí.

Marie afirma que es cierto, ve otra cabeza, empujo y enseguida nace mi hija.

—¡Es una niña! —dice ahora Marie.

Después de limpiarlas, por fin puedo tenerlos en brazos.

Son lo más hermoso que he visto, no tienen mucho pelo, pero parece castaño. Sus ojitos parecen claros, pero no lo puedo asegurar.

Les amamanto y se quedan dormidos. Yo estoy agotada, así que James los acuesta en la cuna, y aunque deseo pasar toda la noche contemplándolos, caigo rendida.

Pero sé que este es el primer día de nuestra vida en común...

Marian, Sebastien, Duncan, Sophie, James y yo.

Una familia feliz.



Este año ha sido estupendo: lleno de amor y risas, y también discusiones. Mi esposo y yo discutimos muy seguido, pero sabemos arreglarlo y seguir hacia adelante. Muchas discusiones las tenemos sobre todo por Sebastien, desde hace unos meses se le ha metido en la cabeza que quiere entrenarse con Alexander, quiere ser un guerrero Mackencie. James lo apoya, yo no.

Es mi hijo, no quiero que muera en una batalla absurda. Él no piensa en eso, solo le importa el peligro, como si buscara la muerte. Lo veo en sus ojos.

Hace unos días tuve una discusión horrible con él, intentando convencerle de que dejara esa locura a un lado. Puede buscar otro oficio, pero como siempre él no me escucha. En estos meses ha mejorado su trato hacia mí, pero aún no consigo traspasar su coraza, solo Marian tiene ese poder.

—Mamá Sarah, ¿otra vez preocupada? Sabes que a papá no le gusta verte triste, ¿qué te preocupa? —pregunta Marian sentándose sobre mis piernas.

—Tu hermano y ese afán que tiene de encontrar la muerte —contesto afligida.

—No debes sufrir por ello mamá Sarah —dice contenta.

—¿Por qué estás tan segura pequeña? —pregunto sabiendo que ya tiene la respuesta.

—Porque mi hermano no morirá joven, tendrá una buena vida, pero antes tiene un largo camino lleno de espinas por recorrer —suspira.

—A veces se me olvida que tú tienes un don, tu lo sabes todo tramposilla —le digo haciéndole cosquillas, ella ríe como loca.

—Mamá Sarah, papá ya me lo prometió, pero tú también debes prometerme que cuidarás de él cuando yo ya no esté —se me paraliza el corazón al escuchar sus palabras.

—Hija mía, tú no vas a morir antes que yo, ¡te lo prohíbo! —le ordeno. Sé que suena estúpido, pero es que no puedo siquiera pensar que ella vaya a morir y lo tenga tan bien asumido.

—No te aflijas por eso mamá Sarah, aun quedan años para que suceda, pero tú, al igual que Sebastien, tienen que asumir que mi lugar en este mundo es temporal y todos algún día nos volveremos a reencontrar —me dice acariciando mi mano.

—¡Marian! —grita el pequeño Keylan —Ven, Aydan no quiere hacerme caso.

La niña solo ríe negando con su cabecita, baja de un salto de mi regazo y se marcha corriendo.

Y yo ahora estoy más preocupada si cabe...

—Sarah —me sorprende que Sebastien se dirija a mí, no lo hace a menos que sea necesario. —¿Quién es ese muchacho? —cuando miro hacia donde él lo está haciendo. Comprendo por qué ha venido a preguntarme.

Valentina está hablando con un muchacho bastante mayor, es mayor incluso que Sebastien, tendrá unos quince años.

Según me contó Brianna, Marcus llegó hace unos meses solicitando asilo, es del clan al que pertenecía Isabella. Alexander estuvo tentado a echarlo de sus tierras, pero mi hermana tiene un corazón enorme y lo convenció para que le dieran una oportunidad. Y aquí está, siendo entrenado para ser un guerrero Mackencie.

No se sabe mucho de su vida anterior, solo que es huérfano y que, según él, no tiene familia. Brianna está encantada con él, lo ha acogido como uno más de sus hijos, aunque sé que Alexander sigue un poco reacio, pero todos sabemos que el Laird Mackencie hace todo por ver feliz a su esposa, y si Marcus la hace feliz, él lo acepta, aunque no por ello baja la guardia. A ese muchacho le va a costar mucho ganarse la confianza de mi cuñado.

—Es Marcus, tiene quince años. Según me contó Brianna está aquí porque quiere ser un guerrero Mackencie y Valentina se pasa todo el día correteando con él. Ella está muy feliz, la verdad —Me doy cuenta como Sebastien aprieta los puños y su mirada refleja odio, ganas de apartar a ese muchacho del lado de Valentina.

—Es demasiado grande para ella —sisea —No me da buena espina.

—Vaya, en algo estas de acuerdo con Alexander, pero tranquilo, Marcus adora a Valentina, no va a pasarle nada.

Se marcha furioso sin decirme nada más, puedo ver que se acerca a Valentina, quien ya no lo recibe tan alegre como hace un año. Creo que se cansó de recibir solo desprecios de parte de mi hijo, y ciertamente no la culpo.

Mi hermana se acerca a mí negando la cabeza, ya que ella también ha presenciado cómo Sebastien quería hablar con Valentina, pero esta lo ha dejado con la palabra en la boca. El chico se ha marchado hacia las caballerizas como hace siempre. No lo sigo, necesita tiempo a solas.

—Tu hijo y mi hija terminarán juntos —dice muy convencida.

—Parece que te gusta la idea —le digo algo aliviada.

—¿Por qué no? —pregunta sorprendida —Sebastien es un niño sorprendente, algo tosco, pero es natural por todo lo que ha pasado, pero te aseguro que Valentina es digna hija de su madre y dentro de unos años tendrá a tu hijo comiendo de la palma de su mano —bromea, yo tengo mis dudas, pero el destino creo que está escrito y puede ser que realmente esos niños estén destinados a estar juntos.

—Y Marian ha enamorado a mis dos hijos —señala donde los tres niños están jugando.

Es hermoso ver como ha terminado todo, somos una hermosa familia, unida y más feliz que nunca.

Nunca llegué a imaginar que algo así podría pasar, pero lo ha hecho y mi felicidad y la de mi hermana es absoluta, solo es empañada por la tristeza de tener a nuestras hermanas, sobrinos y a mi madre tan lejos, pero nuestros maridos han prometido que una vez al año viajaremos para visitarlas, y ellas son más que bienvenidas en Eilean Donan.

Se acercan a nosotras los dos hermanos Mackencie, nos contemplan como preguntando si sucede algo. La primera en acercarse a su esposo es Brianna. Se pone de puntillas y lo besa, mi cuñado es un hombre grande, más que James.

Mi esposo me abraza y me pregunta si todo está bien, asiento mirándolo con todo el amor que siento por él.

—Sebastien vendrá aquí dentro de unos años para comenzar el entrenamiento. Sé que te aflige eso Sarah, pero te aseguro que yo no permitiré que le ocurra nada. Debes ser consciente de que tu hijo ha nacido para ser un guerrero y lo ha demostrado en varias ocasiones —rompe el silencio mi cuñado.

—Alexander Mackencie —lo regaña mi hermana. —¿Debías sacar ese tema en un día como hoy? —pregunta cruzándose de brazos.

—En nada cambia el día en el que hablemos, es un hecho, tu hermana debe aceptarlo —dice serio.

—Hermano, dale tiempo a mi esposa para que lo asimile, aún quedan unos cuantos años —interfiere James. Así acaba esta incómoda conversación. Aún no consigo estar completamente tranquila en la presencia de Alexander Mackencie.

El silencio reina por fin...

Y los cuatro juntos admiramos a la familia que hemos creado.

Mis gemelos durmiendo custodiados por el mejor hermano mayor posible, mi hijo Sebastien, quien ya ha salido de su escondite, no deja a los pequeños mucho tiempo solos. Valentina, que se disputa el lugar de prima mayor.

Los gemelos correteando con el hijo de Ian y Marie, quien vuelve a estar embarazada, y Marian controlando a todos. Será una madre maravillosa, si Dios se lo permite.

Ian y Marie se nos unen y los seis contemplamos a nuestra gente, a los hijos que continuarán nuestro linaje

Todos hemos recorrido un camino muy largo, pero finalmente estamos con quien estaba predestinado para nosotros. Brianna y Alexander lucharon contra los prejuicios, el odio que existe desde hace siglos entre nuestros países, debieron luchar contra los celos y la maldad de una mala mujer, pero lo consiguieron.

Ian y Marie lucharon contra las mentiras, la envidia y las traiciones, les

costo años, pero lo lograron.

Y James y yo luchamos contra mis demonios, contra la maldad personificada, contra los fantasmas y aquí estamos, juntos al fin.

Doy las gracias a Dios todos los días por todo esto.

El amor nos salvó a todos.

FIN.